

Minna Gin

**¡No has
cambiado
nada!**



¡No has cambiado nada!

Una comedia romántica

Minna Gin



Derechos de autor © 2023 Minna Gin

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN: 9798853805163

A D, por el germen de la idea y muchas otras cosas.

I. LUCAS

La chica de detrás no hacía más que resoplar y chasquear la lengua. Me volví y le dije «¿Quieres parar de una vez que me estás atacando los nervios?». De acuerdo, no lo hice. En lugar de eso me enchufé un pódcast para pasar el rato y dejar de oírla. Yo también llevaba veinte minutos en esa cola y también tenía prisa, pero elegía no dar la turra a los demás.

—Perdona, ¿por qué va tan lento esto? —la oí preguntar a pesar de los auriculares. Apagué el pódcast porque no me estaba enterando de nada y porque quería saber qué pasaba.

—Hay goteras. Solo quedan dos probadores disponibles —contestó con desgana una de las dependientas. Ni siquiera se detuvo, siguió su camino cargada de perchas, e hizo bien porque estalló un murmullo de desaprobación. La chica de detrás soltó un gruñido.

El problema de las esperas es que, cuando has invertido media hora de tu vida y solo te quedan tres personas delante, aguantas por orgullo. Si te vas antes de tres minutos no has perdido el tiempo, pero a partir de ahí tienes que elegir entre sentirte idiota por marcharte o sentirte idiota por quedarte.

Dos personas.

Necesitaba al menos un par de trajes nuevos. El único que todavía podía abrocharme era uno azul marino de la boda de una prima, pero no iba a llevar cada día lo mismo en un trabajo nuevo que exigía ir siempre formal. Otra opción era abandonar la cola y olvidarme de la suspiritos de detrás. Pero y a había invertido demasiado tiempo. Además, aunque faltaban unas semanas para empezar, todavía tenía que encontrar un piso, adecentarlo y hacer la mudanza. Miré el reloj del teléfono; en dos horas había quedado para visitar tres apartamentos.

Una persona.

—Tú pruébatelo, ya verás que puesto queda bien. Hazme caso, cariño —le decía una mujer a su hija adolescente—. Pues te voy a buscar una talla más, no te preocupes. —Los reparos de la chica no valieron de nada y los de la gente de la cola tampoco (lamento decir que lancé un «joder, ¿en serio?») cuando la madre volvió abrazada a media docena de vestidos con estampados de flores o mariposas o peces o algo similar. Cuando por fin me tocó, la señora seguía atosigando a su hija.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que no pude reaccionar.

La quejica suspiradora gritó «¡vamos juntos!» y antes de darme cuenta la tenía en el vestidor conmigo. Ni siquiera me dio tiempo a colgar los trajes que quería probarme. Cerró la cortina con tanta decisión que me sorprendió que el roce de las anillas con la barra no hiciera saltar chispas.

—Pero, ¿qué haces? —protesté.

—Lo siento mucho. De verdad que normalmente no tengo tanto morro, pero es que... Perdona, ¿me puedes aguantar esto? —Me dio tres vestidos sin darme opción a negarme. Suerte que el probador no era de esos enanos en los que te chocas contra las paredes—. Mira, mi ex se casa hoy y necesito un vestido. No iba a ir, pero yo qué sé... Y nada de lo que tengo me vale. Un caos. El tren a Girona sale en media hora y no voy a ir así. —Extendió las manos para señalar el jersey de colorines y los tejanos que llevaba puestos. No era un atuendo de boda, desde luego. Tiró el bolso en el suelo, se descalzó y frenó su torbellino de actividad en seco—. ¿Puedes darte la vuelta?

Sé que tendría que haberme quejado y decirle que me daba igual su vida o la de su ex, pero en lugar de eso me volví y pregunté:

—¿Y por qué vas a su boda?

—Pues porque me ha invitado. Ha tenido los santos huevos de invitarme el muy, el muy...

—¿Cabrón? —Sabía por experiencia que eso era lo que una chica quería oír de su ex cuando sonaba enfadada y no había duda de que doña suspiritos lo estaba.

—Exacto. —Oí el frufrú de la ropa mientras se desnudaba y me pareció increíble que fuera tan desinhibida—. Vestido. Vestido —repitió.

Alargó el brazo y le di uno de los que me había encasquetado.

—¿Y qué más da que te haya invitado? Eso de quedar bien con un ex no lo entiendo. Si te ha dejado, pues adiós.

—¿Qué te parece?

Me dio un toque en la espalda y entendí que se refería al vestido, así que giré la cabeza para mirarla de reojo. Traté de no detenerme en los pechos para no parecer un perverso, aunque era ella la que se había metido en mi probador. El vestido le quedaba muy ceñido, tal vez porque al final resulta que no era tan desinhibida y se había dejado los pantalones puestos (las tachuelas y los botones se marcaban en la tela), pero todas mis observaciones eran terreno pantanoso, así que me encogí de hombros y dije: —Es azul.

En respuesta, ella puso los ojos en blanco y bufó. Hizo un gesto para que me volviera de nuevo y obedecí.

—¿Y por qué asumes que me ha dejado él a mí? —preguntó molesta—. Vestido.

Se lo alargué y respondí:

—Pues no sé... ¿Fue al revés?

Su silencio me indicó que mis suposiciones eran correctas.

—¿Y este qué tal? Y, por favor, ya sé que es granate.

—¿Podrás sentarte con eso puesto? —se me escapó sin pensar.

Lanzó un mugido de desesperación: —Me habría ido mejor con la madre de la adolescente esta de aquí al lado.

—Supongo que cuando te lo pongas sin los pantalones no quedará tan tirante. Quiero decir que está bien. Te queda bien.

Tenía los ojos azules. Al principio me habían parecido marrones porque eran oscuros, hasta que el fluorescente del probador los iluminó un segundo. Me habían llamado la atención antes, pero no era capaz de situarlos.

—Gracias, pero creo que me quedará con el primero.

—Todavía te queda uno por probar —dije de cara a la pared. Necesitaba unos minutos más, volver a mirarla para saber por qué me sonaba tanto.

—No tengo tiempo. Este dará el pego. —Agarró las prendas, el bolso y el jersey y mientras abría la cortina se despidió en un remolino de pelo y ropa—. Muchas gracias y de verdad que siento la invasión, pero me has salvado la vida. El karma te lo pagará.

Lo último lo dijo caminando hacia la salida y yo me quedé ahí, dándole vueltas a esos ojos de noche cerrada.

II. ASTRID

—Pues igual sí y el barbas del probador y tú tenéis razón, pero tengo que hacerlo, Maca.

—Aún no me creo que te hayas quedado en bolas frente a un desconocido. Estás fatal.

—No me he quedado en bolas, tía. Si ni siquiera me he quedado en bragas. Ha sido bastante majo, la verdad.

Y estas fueron las últimas palabras sensatas que dije aquel día.

Después de despedirme de Maca, me planté en Paseo de Gracia, me subí al tren y, al llegar a Girona, me engalané tanto como pude en los servicios de la estación, cosa que no recomiendo a nadie. Una señora se empeñó en darme una ristra de consejos no solicitados sobre cómo aplicar la sombra de ojos para no parecer una furcia.

Supongo que ir a una boda y que los novios se casen no pillaría a nadie por sorpresa. Lo contrario sí, que alguien grite «¡Yo objeto!» cuando el cura, el concejal o el amigo que se ha ordenado por internet dice lo de «Hable ahora o calle para siempre», eso sí que sería una anécdota mayúscula, de las que cualquiera contaría tantas veces como le dejaran.

Y, ojo, no es que sea rara; si aquella hubiera sido una boda normal, de un amigo o un pariente, habría aplaudido y gritado «que se besen» y todas esas chorradas. Pero después de colarme en las dependencias nupciales y de declararme a Rober —el novio y también mi ex— esperaba un momento de película, sí. Juro por mi vida que hasta el último segundo mantuve la convicción de que, en lugar de decir «Sí, quiero», se volvería y me soltaría una cursilada como una casa delante de todos los invitados. Y vaya si lo habría disfrutado. Si hasta me veía contándoselo a los nietos.

Cuando recibí la invitación a la boda, unos meses atrás, tuve un sueño en el que mi tía Dunia no hacía más que darme un plato de garbanzos tras otro y me daba pósits en lugar de una cuchara. Recuerdo que me indignaba y trataba de comer ahuecando varios papelitos a la vez, pero en cuanto quería llevarme el guiso a la boca se derramaba por el otro lado y se me escurría por la manga. Lo peor venía luego, cuando tenía que exponer algo sobre el ecosistema del Delta del Ebro delante de toda mi clase de tercero de primaria y me rugían las tripas de hambre mientras me goteaba el cocido por la manga de la bata. Al final me echaba a llorar. Fatal, vamos.

—Está clarísimo —me dijo Maca aquella mañana—. Te está diciendo que dejes a Roberto. ¿No lo ves?

Desde que murió justo el día de mi decimosexto cumpleaños, los sueños con mi tía solían ser premonitorios. Hasta predije el terremoto de Murcia de 2011. Bueno, yo no, mi tía Dunia. Maca y yo nos pasábamos horas sumergidas en las posibles interpretaciones y llevábamos un registro en un grupo de WhatsApp llamado muy imaginativamente «Sueños».

—¿Qué tendrá que ver Rober con los garbanzos?

—Pues que se va a casar con otra y tú te sigues enrollando con él. —Y señalando de un lado a otro, como si me mostrara dos cosas idénticas, siguió—: Por eso los garbanzos nunca llegan a tu boca.

Visto en perspectiva tal vez eso fuera lo que quería decir la tía Dunia.

—He hecho espaguetis.

Dos días después de la tragedia de la boda, seguía tapada con el edredón hasta las orejas. Los espaguetis son el mejor tipo de pasta, todo el mundo lo sabe, y Maca intentaba sacarme de la cama con una tentación acertada porque estaba famélica. Así que me asomé fuera del edredón y la miré.

—¡Jesús! —exclamó al verme los ojos. Entre los restos de maquillaje y que estaban rojos e hinchados parecía un mapache con conjuntivitis—. Haz el favor de lavarte la cara.

Salió disparada como si alguien le hubiera clavado un pincho en el culo y ojalá yo hubiera podido hacer lo mismo cuando me vi en el espejo. Lo suyo habría sido darme una buena ducha. Confieso que dudé mucho más de lo que he dudado nunca ante la idea. Ahora miro atrás y me siento imbécil perdida, ahí, de pie en medio del baño, mirando el grifo.

—Tía, ¿estás bien? —preguntó Maca dándole unos toques a la puerta.

Por suerte la interrupción desbloqueó mi pequeña crisis higiénica.

—Voy a ducharme —dije. Creo que esas fueron las primeras palabras que dije en todo el día.

—Genial —fue la escueta respuesta al otro lado de la puerta.

Oí que Maca se alejaba por el pasillo y entonces vi como mi brazo se acercaba a la manecilla del grifo y observé —muy atolondrada— cómo se me mojaba con el agua fría, templada, caliente, ardiendo. «¡Coño!», grité al quemarme y se me escapó una risa tonta.

Cuando encontré la temperatura perfecta y dejé que el agua me resbalara por el cuerpo sentí que volvía a habitar mi propia piel. Déjate de ir a Lourdes, todas las aguas son curativas.

En las últimas 48 horas solo había rememorado mi relación con Rober, de ahora en adelante, Roberto (porque los capullos no tienen derecho a diminutivos), y me había torturado con cada palabra que le dije en el cuartito de la preciosa masía medieval en la que se estaba cambiando. Que si te quiero con toda mi alma, que si estamos hechos el uno para el otro, que si tú a esa mujer no la quieres como me quieres a mí, que si déjalo todo y fuguémonos juntos y un interminable etcétera de topicazos horribles, pero que por desgracia sentía con una intensidad abrasadora. Estuvimos juntos tres años y estaba segura de que nos pertenecíamos, de que lo nuestro era un vínculo antiguo, que había recorrido la historia en numerosas vidas.

Obviamente estaba equivocada.

Incluso en aquella maravillosa ducha sanadora y con unos espaguetis en perspectiva, no pude evitar que la tristeza se mezclara con el agua caliente. Lo bueno de llorar cuando ya estás en remojo es que es como si lloraras menos. No sé si es porque la piel no distingue el agua salada del agua dulce o porque las lágrimas no se arrastran como babosas por toda la cara recordándote que estás hecha una mierda o yo qué sé, pero pierde intensidad, de eso sí estoy segura.

—No puedes *retocarte* en el barro, Astrid —dijo Gen enrollando la pasta en el tenedor. Era una antigua compañera de piso francesa que aún no controlaba del todo el idioma. Aunque su pronunciación no estaba tan llena de esas erres guturales, seguía confundiendo palabras y no había abandonado la tendencia a acabar cualquier frase como si fuera una pregunta. Era evidente que Maca le había pedido refuerzos para animarme.

—Revolcarte, Gen, revolcarte. Retocarte es lo que haces cuando te pones colorete o bótox.

—Bueno, digo que no lo piense tanto. —Gen hizo un ademán como molesta por la aclaración de Maca—. Que el mar está lleno de peces. ¿O no? —Y dejó su boquita francesa apiñonada de

esa manera tan suya.

Yo me sentía desconectada de la conversación, aunque los espaguetis eran un don del cielo y en otras circunstancias habría hablado por los codos. Hasta con la salsa más cutre son estupendos.

Maca y Gen no podían ser más distintas y no solo era una cuestión de *francesidad*, por decirlo de alguna manera. Maca era morena, con el pelo ondulado y negro, de muslos y caderas contundentes y cito textualmente: «un pechamen que ya quisieran muchas», aunque en realidad estaba ahorrando para hacerse una reducción y aliviar el dolor de espalda. Allí donde Maca era puro Mediterráneo —con el carácter a juego, además—, Gen era la heredera indiscutible de algún pueblo germano: ojos azul claro y un pelo rubio tostado que le caía lacio y fino hasta media espalda. Aunque no era mucho más alta que Maca o que yo, tenía unas piernas infinitas y era etérea como una elfa. Solía lamentarse de no tener apenas curvas, pero se notaba que lo decía por decir.

En cambio, si había una palabra para describirme a mí, esa era «normal». De mis amigas era fácil dar cuatro datos para que cualquiera se hiciera una idea de su aspecto, pero si me secuestraran y tuvieran que dar una descripción para rescatarme, se pasarían semanas identificando a la chica equivocada. Ni alta ni baja, ni gorda ni flaca. ¿Tetas? Ni mucho ni poco. Por supuesto, pelo castaño. Como medio mundo. Lo único algo destacable era que tenía los ojos de un azul oscuro del que nadie se percataba porque eran casi negros y la piel clara, herencia de mi abuela materna. La de veces que había oído eso de «Buf, estás blanquísima» en cuanto llegaba el verano. Pero vamos, tampoco nada que hiciera que la gente se volviera al cruzarse conmigo.

—Astrid, estás empanada.

Maca chasqueaba los dedos y Gen movía la cabeza de lado a lado con los labios apretados.

—Está fatal —dijo Gen mirando a Maca.

Las había dejado poniéndose de acuerdo en la cantidad de peces que había en el mar y discutiendo cuándo sería apropiado volver al ruedo, pero por su forma de mirarme comprendí que había pasado demasiado tiempo sin seguir la conversación, divagando sobre lo distintas que eran y lo increíble que me parecía que, a pesar de todo, fueran amigas. Como ninguna de ellas estaba en mi cabeza, no sabían que en realidad no estaba dándole vueltas a lo de Roberto, lo cual era todo un logro. Lo malo fue que en cuanto caí en ello, volví a pensar en él y me eché a llorar.

III. LUCAS

En cuanto salí de la tienda, cargado con los dos trajes que me había probado y otros cuatro idénticos, varias camisas, un pack de doce calcetines azules y doce negros, caí. Esos ojos, la forma de moverse y de hablar como si se hubiera tomado cuatro cafés uno detrás de otro... ¿Era Astrid? ¿*Mi* Astrid? ¿Mi mejor amiga durante lo que recordaba de párvulos y hasta tercero de primaria? ¿*Esa* Astrid?

Tal vez el fin de semana le preguntara a mi abuelo si guardaba las fotos de párvulos para asegurarme del todo. Nunca nos despedimos. Podría buscarla en redes sociales y explicarle que murió mi madre y que por eso tuvimos que marcharnos de un día para otro.

No pude quitármela de la cabeza en toda la semana. Mientras visitaba apartamentos ridículos con el inodoro en la cocina y pisos normales muy lejos de mi rango de precio, deseaba volver a verla. A ratos dudaba de si era ella, pero esos ojos oceánicos eran inconfundibles.

«Próxima estación: Zaragoza-Delicias», se anunció por el altavoz. Todavía faltaba un poco y no me levanté.

Cogí el 34 y en veinte minutos estaba haciendo cola para comprar un pollo asado. El aroma abría el apetito y de qué manera; estaba salivando desde mucho antes de que llegara mi turno. Ese era el menú de los domingos en casa de mi abuelo: un pollo bien tostado y patatas de churrería.

Qué tontería, me dije mientras esperaba, Astrid no se acordaría de mí. Hacía veinte años y éramos un par de mocosos. De niña, nunca sabía dónde había metido el sacapuntas cuando compartíamos pupitre y hacía cuatro días se había ido a la boda de su ex en el último minuto para demostrar no sé qué. Ya no teníamos nada que ver.

—Claro que estoy un poco nervioso, pero todavía falta. El martes voy a ver algunos pisos más, a ver si encuentro algo que no me vaya a costar el sueldo entero —dije tras un bostezo. Con el estómago lleno, los dos nos estábamos amodorrando.

—Necesitamos un café, hijo. —El abuelo arrastró la silla. Se apoyó en la mesa para levantarse y después de un par de segundos cogió carrerilla hasta la cocina—. ¿Con leche? —preguntó a medio camino.

—Sí, gracias. ¿Cuándo te ponen la rodilla nueva?

Fui con él para ayudarlo, pero con gestos amenazadores —como hacía siempre— me pidió que me sentara, cosa que no hice. Mientras preparaba la cafetera, yo recogí la mesa.

—En octubre. Tengo unas ganas de volver a correr como antes...

—A ver, que tampoco hacen milagros, eh. —Nos reímos. Desde que había aceptado el puesto en Barcelona, cada momento que compartía con mi abuelo estaba teñido de tristeza y de culpa—. ¿Crees que hago bien? No quiero dejarte solo.

—Yo también te echaré de menos, pero tienes que hacerlo. Después de lo de Eli y ese gorila... Es lo mejor, no le des más vueltas. Tengo a Charo para lo de casa y piensa que le prometí a tu abuela que me quedaría contigo hasta que estuvieras arreglado—. Sacó un par de tazas, la leche y la azucarera y lo dejó todo sobre la encimera—. Y tal como vas, tendré que vivir

por lo menos hasta los 150. Así que estaré perfectamente. Además, vendrás el fin de semana y entre medias haremos eso del *boom*.

—Zoom.

—Exacto. Todo irá bien.

Me dio un par de palmadas en el hombro y el silencio se llenó con el burbujeo del café acabando de subir. Vertió un poco en cada taza y me las pasó.

Eché la leche y sin darle importancia dije:

—Abuelo, ¿tienes a mano las fotos de cuando era pequeño?

La voz salió con una tensión inesperada y no entendía por qué, era simple curiosidad. Algo lógico, ¿no? Te encuentras con un amigo del colegio, cualquier amigo, hasta un compañero con el que apenas tuviste relación y, quieras o no, haces un viaje al pasado y eso... pues despierta cosas. Yo qué sé. Lo dicho: curiosidad.

Por supuesto, mi abuelo se dio cuenta enseguida. Soltó la cucharilla del azúcar y se volvió para prestarme toda su atención. Ni siquiera tuvo que preguntar nada. Lo que quería que fuera una pregunta casual que diera lugar a una conversación de pocos segundos, se convirtió en una ristra de explicaciones.

—La semana pasada me topé con una chica en... en una tienda. —Decidí obviar el asunto del probador—. No, no es nada de eso —aclaré al observar la sonrisa pilla que recibí como respuesta—. Es solo que me sonaba de algo y me dejó intrigado, no que haya pensado en ella a todas horas ni mucho menos. Estábamos en la cola y se dio la vuelta para... para preguntarme la hora y...—. La mirada de mi abuelo, aunque con los años se había vuelto acuosa, no había perdido vigor. Él solo me miraba sin decir nada y yo venga a hablar como un idiota—. Y no fue hasta que salí de la tienda que me acordé de qué la conocía. Era una compañera de clase, de antes de venirnos a vivir a Zaragoza.

No era una compañera, era una amiga, mi mejor amiga. Pero como mi abuelo estaba empeñado en que no descansaría hasta que encontrara pareja, no quise darle munición y que se hiciera ilusiones. O, mejor dicho, más munición, porque por su forma de observarme estaba claro que había dejado volar la imaginación.

—¿No sería...? ¿Cómo era? ¿Elisa? ¿Alicia? —murmuró pensativo.

—Astrid.

—¡Eso es! —Acompañó la exclamación con una risotada que retumbó por todo el salón y acabó en una tos—. Cómo penaste por esa niña —siguió cuando recuperó el resuello—. Creo que preguntabas tanto por tu pobre madre como por Astrid.

—Eso no es verdad. Todavía me acuerdo mucho de mamá. En Astrid hacía siglos que no pensaba. Si ni siquiera la reconocí. —Mi tono borboteó más duro de lo que pretendía y me arrepentí enseguida—. Lo siento, ha sonado enfadado.

—No, perdóname, hijo. No quiero decir que no quisieras a tu madre. Yo también me acuerdo mucho de ella y cuando te miro solo veo a mi niña. —A pesar de que hacía 21 años de su muerte, aun se le humedecían los ojos cuando alguien la mencionaba. Plantó la mano en mi mejilla y nos sonreímos con tristeza—. Dime que te afeitarás esa barba antes de empezar en el nuevo trabajo. —Cambié de tema por un momento y, después de que yo asintiera, volvió a la carga—. Así que te preguntó la hora.

Noté que se me encendía la cara, suerte que aún la tenía medio cubierta de pelo. «Sí, exacto», murmuré.

—¿No la podía mirar en el móvil?

—Igual no tenía batería, no sé. —Más y más colorado.

—Así que te preguntó la hora y tú se la diste.

Asentí.

—¿Y ya está? —me miró suspicaz.

Volví a asentir y le di un sorbo al café.

—¿Y ese encuentro te ha tenido pensando en ella?

—Qué va —negué escueto como si pensar en Astrid fuera peor que la peste. Cogí las dos tazas y me fui a la cocina.

—Ya veo —oí que decía con un aire de sospecha—. Los álbumes están en el armario de debajo de la tele y también hay una caja llena fotos sueltas, la azul.

Pasamos la tarde revolviendo entre las imágenes y nos faltó tiempo porque la mayoría iban seguidas de una anécdota, que llevaba a otra anécdota y a otra y otra y otra. En una estábamos Astrid y yo, con seis años. No quise poner demasiada atención en ella delante de mi abuelo, pero en cuanto se dio la vuelta para poner el telediario me la guardé en el bolsillo.

IV. ASTRID

Tardé unas semanas en volver a sentirme en forma. No con ganas de salir a darlo todo como me insistían Maca y Gen, pero sí para interiorizar la idea de que mi relación con Roberto se había acabado. Hasta pasé una fase en la tercera semana post-boda en la que solo lo insultaba y acordamos llamarlo El Innombrable o Voldemort, según nos viniera, porque solo de oír su nombre, aunque fuera para criticarlo, echaba espumarajos de rabia por haber perdido el tiempo con él.

En el fondo todavía le echaba de menos y aún lloraba de vez en cuando, pero cada vez me era más y más fácil fingir que estaba bien.

Tendría que haberlo comprendido hacía tiempo (como un año antes...) cuando me dijo que había empezado a pensar en otra, es decir, que se había acostado con ella, y me vi llamando a la puerta de Maca un jueves a las dos de la mañana con el moco colgando.

En mi descargo diré que él no me lo puso nada fácil, porque yo seguía mortalmente enamorada y, por mucha vergüenza que me dé ahora, él silbaba y yo corría con la lengua afuera a su lado. Lo hice durante todo aquel año en el que nosotros ya no éramos *nosotros* y me conformé con ser *la otra*, por mucha rabia que me diera y prometiera a todos los dioses existentes —varias veces— que iba a acabarse.

La mañana en que hacía justo un mes y dos días de la boda, estaba charlando con mi tía Dunia en la playa. Se había mostrado esquiva desde hacía casi seis meses, pero qué bien estábamos ese día, repantingadas en una tumbona a pleno sol. Me contaba cómo era mi padre de pequeño mirando hacia la nada con nostalgia mientras nos dábamos la vuelta para tostarnos del otro lado.

—Nos peleábamos día sí, día también —se reía—. Sabía que me daba un miedo tremendo quedarme calva como la abuela Antonieta y me tiraba del pelo el muy zopenco solo para fastidiar.

Un par de marionetas de dedo se daban palos la una a la otra frente a nosotras, aunque estábamos en una playa desierta con un par de cócteles y en el fondo yo sabía que aquello era la casa de mis abuelos.

Las olas empezaron a temblar en el aire y a hacer un ruido atronador y de repente era de noche, una fragata disparaba varias salvas y ya no había cóctel, ni tía Dunia ni nada más que el peor sonido del universo: el despertador.

En cuanto lo entendí, salté de la cama y fui a despertar a Maca. Ella se levantaba quince minutos más tarde porque decía que «nadie necesita peinarse para ir a trabajar un lunes». Entré sin llamar y me tiré en la cama.

—¿Qué pasa? —se sobresaltó.

—¡He soñado con mi tía!

Maca se desperezó de golpe, igual que había hecho yo unos segundos antes.

—¿De verdad? —Alargó la mano para ponerse las gafas y cogió el móvil—. ¿Y qué se cuenta? No te dejes nada. —Abrió nuestro grupo de WhatsApp «Sueños» y encendió la grabadora.

A la mayoría de la gente esto de las premoniciones le parecía una patochada y tuve que recibir varias miradas o bien reprobatorias o bien condescendientes para aprender a callarme.

Aparte de mi padre, Maca era la única persona que se lo tomaba en serio y además tenía un talento especial para interpretarlos, porque el asunto es más complejo de lo que parece. Al margen de descifrar el significado, también hay que saber distinguir los sueños corrientes de los que no lo son —yo es que desde siempre he soñado muchísimo— y para esto solo tengo mi propia intuición. Los premonitorios tienen un halo, una viveza, una fuerza que no tienen los demás.

No sabía si era porque hacía mucho del último sueño o por qué motivo, pero estaba segura de que aquel era de los buenos.

—¿Qué te parece? —pregunté al terminar mi relato.

—Que después de tanto tiempo sin decir ni pío, podría haberse estirado un poco más.

—Vale, pero céntrate. Yo creo que es bueno. Seguro que Rober se arrepiente —se me escapó.

La alarma de Maca me interrumpió y, antes de poder seguir, me soltó un capirotazo en toda la frente.

—¿No habíamos quedado que no se merecía un diminutivo? Anda, mueve el culo que al final vamos a llegar tarde.

—Me has dejado marca, tía. Eres una salvaje. —Me señalé la rojez de la frente en el espejo del baño.

—Necesitas terapia de choque —contestó sin ningún remordimiento y la boca llena de pasta de dientes.

Me vestí y me arreglé en cinco minutos, o al menos lo bastante como para no llamar la atención por la calle.

—Que te estoy dando la razón —se quejó Maca pasando el torniquete del metro—: es bueno, sí, pero sé que no trata del Innombrable. Y no te lo digo porque te haya tratado como una mierda. De verdad.

—Vale, vale.

—Volvamos a empezar.

—Lo de los cañonazos del final, fuera. Eso ha sido por el despertador. Solo queda el momento en la playa. Mmmm, se estaba tan bien al solecito —dije con una sonrisa plácida, aunque estrujada entre la gente, se me borró rápido.

—Y te hablaba de tu padre.

—Sí, de cuando eran pequeños. Igual luego me paso por el museo y se lo pregunto, porque no recuerdo que me contara lo del pelo. He visto fotos de la yaya Antonieta, pero en todas llevaba un pañuelo anudado a la cabeza.

—Ahora sabes que no era una opción de estilo.

—¿Y las marionetas?

Me encogí de hombros mientras hacía equilibrios.

—Porque... tu padre está bien, ¿no?

—Ay, calla. Que era un sueño bonito, positivo. No me seas agorera.

Nos apeamos en Diagonal con el resto de pasajeros. Algunos días miraba atrás para comprobar que quedaba alguien en el interior de los vagones y siempre me sorprendía que así

fuera. Hay que ver la cantidad de gente que va por el mundo a las ocho de la mañana.

—Pero a tu tía le podría hacer ilusión volver a encontrarse con su hermano, ¿no?

—Que no, que también era cálido y agradable para mí.

—Tú por si acaso dile que se haga un chequeo.

Puse los ojos en blanco porque sabía que el sueño no anunciaba nada triste.

—Esta tarde se lo comento —le dije para que no insistiera, aunque reconozco que mentalmente me apunté que lo haría—. ¿Adónde vas? —pregunté cuando vi que no se bajaba en la segunda planta.

—Que hoy es la presentación del nuevo jefe. Álvaro nos ha pedido a todos los directores de departamento que vayamos. Para hacer bulto será, porque ya me dirás a mí qué me importa I+D si soy de Contabilidad.

—Pero tú no le dices que no a Álvaro —y levanté las cejas un par de veces con una sonrisa boba, a lo que Maca respondió con un cachete en el brazo.

Con todo lo de Roberto, las semanas habían pasado en una nebulosa. No recordaba que Lola se había jubilado el viernes anterior. La fiesta de despedida había sido antes de la boda, porque aparte de antes y después de Cristo, ahora para mí existía antes y después de la boda. Así que todo lo ocurrido antes de la boda me era lejano, ignoto. Además, se suponía que el trabajo de Lola era supervisar los resultados de las pruebas finales de los productos, pero no daba un palo al agua desde hacía por lo menos dos años, que era el tiempo que yo llevaba en la empresa. Así que para nosotros entre que estuviera jubilada o en el despacho, no había ninguna diferencia.

—Tendrían que habértelo propuesto a ti —susurró Maca de camino a mi cubículo.

Dejamos los bolsos y los abrigos y fuimos a la cocina a por un café.

—No tengo bastante antigüedad y con que no se lo ofrezcan a Juanjo, me doy por contenta.

—Han cogido a uno nuevo. En lugar de promocionar a su gente, traen a un forastero. Pfff. Además, Lorenzo, de Compras, me ha dicho que quieren cortar unas cuantas cabezas.

Todo lo que pude hacer fue volverme con cara de pánico y vocalizar un «¿qué?», a lo que Maca respondió en un susurro: «Tú puedes estar tranquila».

La sala de reuniones 4 estaba llena cuando llegamos. Era la más grande que había en nuestra planta, la única en la que cabíamos los tres equipos de testeo de productos. También la llamábamos la sala de las broncas porque siempre que nos reunían a todos era para eso.

Maca y yo nos quedamos de pie en el fondo, junto a una de las ventanas, porque no quedaban asientos libres. El nuevo estaba de espaldas hablando con Álvaro. Era larguirucho, llevaba un traje azul marino y tenía el pelo castaño. Me dio la impresión de que era joven. No sé por qué esperaba a un señor de por lo menos cincuenta y por primera vez me dio una punzada de indignación que se hubieran ido fuera a buscar «talento», como ellos lo llamaban, y encima para echar a la mitad de la plantilla.

V. LUCAS

No me quedé para charlar. Más de uno debió de pensar que era un imbécil, el típico jefe prepotente. Pero en ese instante solo me rondaban tres palabras y un interrogante, bueno, dos interrogantes: «¿Qué hace aquí?».

No sé por qué me dio tanto apuro, aunque me apañé bastante bien con mi cara de póker. Eso sí, me confundí tres veces de despacho al salir, aunque por suerte estaban vacíos. Cuando abrí la cuarta puerta identifiqué mi abrigo en la silla del escritorio. Lo había tirado allí hacía media hora, cuando Álvaro me había dicho abriendo los brazos en abanico: «Este es tu fuerte. No hagas nada que yo no haría». La broma, si es que lo era, no tenía ningún gancho, pero con los nervios del primer día se me escapó una carcajada y Álvaro hizo lo mismo, aunque no sé cuál era su excusa.

—¡Con un par de cojones, claro que sí! —Álvaro entró sin llamar—. ¡Me encanta! El hombre de hielo —gritó riendo y me dio un puñetazo afectuoso en el hombro, lo que para un tío de metro noventa al que le gustaba el boxeo era como recibir el zarpazo juguetón de un tigre.

—¿Qué? —protesté frotándome el golpe.

Sin explicarse, fue hacia un extremo del despacho, hizo como que saludaba a un público ficticio y luego se escabulló hasta la salida esquivando varios obstáculos imaginarios y diciendo muy serio «Gracias, gracias».

Estaba claro que me imitaba, pero de una forma más que inexacta, porque yo había sonreído sin excepciones a todos los que me habían dado la bienvenida o la enhorabuena.

—Muy gracioso.

—Gracias —y me sacudió la mano—. Gracias —repitió ceñudo encajando otra mano invisible antes de salir del despacho, aunque se notaba que hacía un esfuerzo por no reírse.

Resoplé esperando a que regresara, cosa que hizo enseguida.

—Ha sido genial. Palabra. Los has dejado muertos.

—No ha sido para tanto. He sido amable. Yo siempre soy amable —recalqué con unos toques de la mano sobre el pecho. Su insistencia me estaba cabreando.

—Por eso me he quedado loco, macho. El señor tan-educado-que-parece-un-lord en plan borde. No pensé que fuera a vivir para ver algo así. Me juego lo que quieras a que las próximas semanas tu sección currará más que ninguna. La mejor entrada que he visto en la vida. Pero ¿cómo ha sido? ¿Lo traías pensado de casa o qué? Me lo podrías haber dicho.

Nos conocíamos desde el instituto y luego fuimos también a la universidad juntos. Fue él quien me enchufó en cuanto Lola anunció que se jubilaba. Una entrevista con los jefazos para la que me entrenó durante dos semanas y listo. Desde luego tenía mucho que agradecerle, pero con un amigo de hacía casi veinte años había demasiada confianza, así que le di un empujón y le señalé la puerta.

—Ahora vuelvo —dijo con una sonrisa—. Voy a buscar a tu asistente y te lo presento.

Al principio no la vi. Álvaro me presentaba de una forma exagerada, como siempre hace él. «El jefe de equipo más joven de la historia de Cosmética Natural Romero Vargas» (mi antigua empresa). «En solo tres años pasó de ser el *nuevo* a dirigir la división nordeste». «Con este hombre vamos a llevar a la compañía al siguiente nivel». Parecía que fuera un milagro que me

hubiera dignado a considerar la oferta de Marcus & Davidson, M&D, como si la mayor compañía alimentaria del mundo se pudiera comparar con una empresa nacional como Romero Vargas.

En sentido estricto, lo que decía Álvaro era verdad, pero se habían dado varias casualidades: una baja larga, dos jubilaciones, uno que se fue a vivir a París y después de seis meses en mi primer trabajo serio y con 23 años era el más antiguo del departamento. Reconozco que hacía un buen trabajo y estuve a la altura de los ascensos que vinieron, aunque siempre tuve la duda de si el hecho de que empezara a salir con Elia Romero al año siguiente (sí, la hija del dueño) había acelerado algunas promociones.

Cuando Álvaro volvió yo seguía plantado en el mismo sitio en el que me había dejado y di un respingo al verlo aparecer. Lo acompañaba un chico joven con un tupé de un palmo.

—Este es Samuel Aguirre, tu asistente.

—Sam —lo corrigió él y alargó la mano.

—Si necesitas lo que sea este es tu hombre. —Le guiñó un ojo y le dio una palmada en la espalda que casi lo tumba. Sam y yo nos miramos.

—Estaré en mi mesa —se despidió el chico.

—Deberías dejar de hacer eso. —Ante el gesto de incompreensión de Álvaro, aclaré—: Lo de los golpes.

—¿Qué gol...? ¿Te refieres a esto? —y me propinó un puñetazo en el hombro con su sonrisa de alborotador que no había cambiado desde los doce años.

Por suerte me aparté a tiempo para el segundo y se lo devolví. Luego lo rematé con una colleja.

—¡Ja! Tú eres más grande, pero yo soy más rápido.

Hicimos el tonto un rato, confirmando así que acercarse a los treinta no remediaba al par de adolescentes llenos de granos que seguíamos siendo.

—En serio, cualquier día te cae un puro.

—Bah, tonterías. Oye, un par de cosas y me voy —comentó más serio mientras se arreglaba el pelo.

Empezó con detalles sobre previsiones de otros departamentos. Traté de prestar atención, pero en cuanto me dijo que tenía el memorando en mi correo electrónico, volví a verla junto a la ventana de la sala de reuniones 4.

Al principio no me reconoció, pero no pude evitar quedarme con los ojos fijos en ella. Mientras la miraba, Álvaro aplaudía mis supuestas cualidades de liderazgo sobrehumanas. Cuando oí que decía algo sobre viajes espaciales volví a conectar. Mi cara de sorpresa solo sirvió para darle alas:

—Es demasiado modesto —dijo y me propinó la primera palmada del día.

Fue entonces cuando ella me reconoció, estoy seguro. Su mirada dejó de vagar —era obvio que mi presentación no le interesaba un pimiento— para quedarse clavada en mí. Su postura, hasta entonces relajada, se tensó de repente al tiempo que se le encendía la cara. Por desgracia a mí me ocurrió lo mismo. Durante el resto de la arenga de Álvaro eludimos el contacto visual, o lo intentamos, porque no podía evitar echarle un ojo de vez en cuando y viceversa: la pesqué más de una vez. O ella a mí.

—Tierra llamando a Lucas. —Mi amigo agitó la mano frente a mí—. Tío, estás empanado. Venga, un café y te despejas un poco.

—No. No necesito café. —Quise parecer tranquilo, pero el primer «no» se me escapó con un

tono más agudo de lo normal—. Estoy al cien por cien.

—¿Ah, sí? ¿De qué te he estado hablando?

—Costa Brava, magdalenas, fotos —dije algunas palabras sueltas que había oído mientras pensaba en Astrid—. Está controlado, de verdad.

—¿Magdalenas? No te has enterado de nada. Macarena, no magdalenas. Macarena Hernández es la jefa de Contabilidad y tenemos una reunión esta tarde.

—Sí, sí, claro. Ha sido un *lapsus*, me refería a Macarena.

—Si te pide que la llames Maca genial, pero si antes de que acabe la reunión no lo ha hecho, significa que tu departamento tendrá que apretarse el cinturón. Bueno, mírate el correo. Sam tiene tu agenda. ¿Nos vemos para comer?

Asentí y por fin se fue. Era mi amigo y lo quería como a un hermano, aunque como hijo único no estaba muy seguro de lo que significaba eso, pero necesitaba un poco de espacio. Espacio para cerrar los ojos y volver a verla.

Sentía que la había echado de menos todos aquellos años, pero qué absurdo si apenas habíamos compartido unos cuantos cursos cuando éramos unos críos. ¿Cómo podía añorarla si en realidad no nos conocíamos? Lo que sabía de ella, ahora, en el presente, era que tenía un exnovio por el que estaba dispuesta a meterse en probadores ajenos, pedir opinión sobre vestidos a un completo desconocido e irrumpir en una boda con el objetivo de llevarse al novio. Y que seguía hablando rápido, en eso sí que no había cambiado.

VI. ASTRID

—¿Qué haces? —preguntó Maca. Aunque todos se habían levantado y apenas se me veía entre el montón de cabezas y el barullo, me encogí tras ella.

—Vamos a la cuarta —le susurré en cuanto vi que el nuevo había salido.

Las oficinas de M&D en Barcelona eran una mole hipermoderna de catorce plantas en el centro de la ciudad. El edificio no pegaba ni con cola, pero al menos era cómodo en cuanto a transporte público. Durante la pandemia habían implementado inventos de tecnología punta para evitar contactos innecesarios y aglomeraciones, aunque era una medida de control más que de salud. Básicamente se reducía a que ya no era necesario fichar, porque en la entrada había un arco gigantesco que leía nuestras tarjetas identificativas. Nadie podía entrar o salir sin ser escaneado. Si por casualidad te olvidabas la dichosa tarjeta, la máquina detectaba un ente desconocido tratando de cruzar el umbral y sonaba una alarma. A efectos prácticos, significaba que fuera de las horas establecidas no podías salir a la calle a tomarte un descanso.

En la cuarta, donde estaba el departamento de robótica, habíamos encontrado un punto de encuentro intermedio, porque mi cubículo estaba en la séptima planta y Maca tenía su oficina en la segunda. Allí dimos con los mejores baños de la casa. En aquellos dos años nunca nos habíamos cruzado con la única empleada del departamento de la que teníamos constancia y más de una vez habíamos pensado en decorarlo. Pero como no queríamos poner en peligro nuestro refugio, solo teníamos un par de almohadones escondidos en el armario de suministros para sentarnos en el suelo sin congelarnos las posaderas.

—Maca —empecé muy seria, nada más entrar—, lo conozco.

—¿A quién? —Fue al armario y me lanzó mi almohada, pero me era imposible sentarme, así que di vueltas abrazada al cojín.

—Al nuevo.

—¿De qué?

—De párvulos. Sigue igual de escuchimizado.

—¿En serio? ¿Y te acuerdas?

—Me da que él también me ha reconocido.

—Yo no me acuerdo del parvulario.

—¿Me estás escuchando?

—Que sí, pero es que me sorprende, no sé ni con quién fui a la universidad. ¿Pero estás segura de que él también te ha reconocido?

—Segurísima. Se me ha quedado mirando varias veces con una cara rara, como flipando.

—No sé, a mí me ha parecido un chulo, aunque igual es la expresión que tiene ahora. —Lo imitó diciendo «Gracias, gracias» con cara de necesitar un palo para apartar a una multitud invisible—. Ni que fuera una estrella del *rock*, tú.

—Tienes razón, creo que por eso me ha dado corte. Me ardía la cara y todo cada vez que nos mirábamos. ¿Debería decírselo o paso?

—Puede que así no te despidan.

—¡Has dicho que no tenía de qué preocuparme!

—Ay, qué sé yo. Álvaro solo habla bien de ti, pero sabe que somos amigas y compartimos piso.

—¿Y por qué no sales con Álvaro de una vez? Eso también podría salvarme. Nada como encontrarte con el jefe de tu jefe en la cocina de casa a las ocho de la mañana. Y posiblemente en calzoncillos.

Maca suspiró: —Si le gustara, me lo habría pedido. ¿Has visto lo cachas que está? Seguro que solo queda con modelos.

—Menuda estupidez. Si se le cae la baba contigo.

—¡Qué va! —Agitó la mano en el aire, pero se puso colorada—. Entonces ¿qué vas a hacer? —cambió de tema—. ¿Le dirás que os conocéis?

—No sé, supongo que, si se da el momento, lo haré. Pero tienes razón en que parece que con los años se ha *acapullado* bastante. De niño era majo y simpático, no tenía esa cara de amargado.

—Ningún niño tiene cara de amargado.

—¡Ja! ¿Has visto a los hijos de Belén?

—¿Qué Belén?

—La de recepción.

—Ah... ¡Buf! Cierto, cierto.

Vaya día más tonto tuve. No es que evitara a Luc, porque era Luc, nada de Lucas, pero estaba tensa, atenta por si aparecía de repente detrás de una puerta o debajo de la mesa o dentro del microondas. Por suerte, la opinión de los dos grupos que vinieron a probar los bollos de canela y algas marinas supuestamente saludables fue unánime: narices arrugadas, labios fruncidos y onomatopeyas como *puaj* y cualquiera de sus variantes. No habría sabido gestionar diversidad de pareceres ese día y no sabía por qué. Qué más daba si habíamos coincidido durante algunos cursos hacía mil años. Era raro volver a verlo, pero no como para sentirse así de incómoda.

Bueno, no era exactamente que hubiéramos coincidido, había sido más que eso, fuimos muy amigos, mejores amigos, diría. Hasta que, en tercero de primaria, después de las vacaciones de Semana Santa, no volvió. Ni despedida ni nada. Solo una llamada a casa, un par de semanas después, mientras yo estaba en el extraescolar de básquet: su abuelo le dijo a mi padre que la madre de Luc había muerto y que se iba a quedar un tiempo en Zaragoza.

Con ocho años, la información me desconcertó y durante un tiempo estuve vigilando a mi madre muy de cerca para que no le pasara nada. Aquel verano pensé en escribirle una carta a Luc, de eso estoy segura, pero no sé si llegué a hacerlo. Y si lo hice, no debió de tener ninguna continuidad, porque no recordaba nada al respecto.

Después de convencer a Maca para comer en su despacho y pasarme la tarde encogida frente al escritorio para que mi cabeza no sobresaliera por encima del cubículo, me fui directa al MNAC a ver a mi padre. Llevaba veinticinco años allí restaurando obras de arte.

—¿Qué tal el bebote? ¿Os deja dormir? —le pregunté a Luís, el vigilante de la entrada para trabajadores.

Sus ojeras hablaban por sí mismas y solo murmuró: «cólicos».

Dejé el bolso y la chaqueta en la cinta para que lo radiografiara o lo que sea que hagan esos cacharros y pasé a través del detector de metales.

—Tú tranqui, que en nada lo tienes en la universidad —dije en un intento de sacarle una sonrisa, mientras recogía mis cosas.

Me di por satisfecha cuando se le escapó una mezcla entre resoplido y risa. Me entregó una chapa de visitante al tiempo que llamaba a mi padre. Aunque había ido un millón de veces y

conocía el camino de sobra, tuve que esperar un par de minutos a que se asomara por las escaleras y me hiciera una seña. Como siempre, entreabrió la puerta y sacó medio cuerpo fuera, como si el exterior estuviera hecho de lava. Agitó la mano tal como se lo había visto hacer desde que tuve edad para ir a verlo por mi cuenta y me sonrió.

—¿Todo bien? —Desde que había roto con Roberto, me lo preguntaba sin falta cada vez que nos veíamos. Solía inclinar la cabeza para ponerse a mi altura y, en aquella ocasión, las gafas de aumento que llevaba apoyadas en la cabeza se le cayeron sobre la nariz de una forma bastante cómica.

—Sí, sí, perfectamente —le aseguré sin contener la risa.

Enfilamos el pasillo que llevaba al taller de restauración en silencio. Fuimos hasta su espacio de trabajo donde nos recibió un enorme lienzo.

—Sigo con el Zurbarán. Esta es la segunda capa de barniz. Todavía queda, ¿ves? —Me señaló una esquina con la cata para que apreciara los colores originales. Remojó el hisopo de nuevo y retomó la tarea—. ¿Y a qué se debe el honor? —preguntó sin despegar la vista del cuadro.

—He soñado con la tía Dunia.

Se detuvo y se volvió hacia mí un segundo antes de volver al trabajo: —Hacía tiempo. ¿Bueno o malo?

—Creo que bueno. No, seguro. La sensación era positiva. Me habló de ti, de cuando erais pequeños.

Mi padre sonrió: —Siempre nos estábamos peleando. Como todos los hermanos, supongo.

—¿Es verdad que vuestra abuela Antonia estaba calva?

—Como una bola de billar —dijo muy despacio mientras presionaba el hisopo contra uno de los ángulos de la tela. Se irguió y tomó aire—. Ya está. Tenía que acabar esta capa. —Se desabrochó la bata y la dejó en el respaldo—. ¿Y de qué iba el sueño?

—Papá, tú... —No quería asustarlo, pero no se me ocurría cómo abordar el asunto sin que resultara alarmante—. Tú te cuidas, ¿verdad? ¿Cuándo te hiciste el último chequeo?

—¿Te ha dicho tu tía que me voy a morir? —preguntó con una mueca de espanto.

—No, no. Si era un sueño feliz, pero Maca dice...

—Pero, hija, tengo mucho que hacer todavía. Ni tu madre ni yo nos podemos ir ahora. ¿Qué pasará con tu hermano? ¿Sabes lo caras que son todas esas cremas para los granos? Tú no se las podrás pagar. Se quedará con la piel llena de marcas. Además, todavía falta para acabar el Zurbarán. No se puede quedar así. Qué calamidad.

—Que no, papá. Que no me ha dicho nada. Era un buen sueño, te lo prometo. Estábamos solo tomando algo en la playa y me hablaba de ti, de cuando erais niños. Por eso Maca ha pensado... —Me arrepentí de haberle dicho nada en cuanto vi que se sacaba el teléfono del bolsillo—. ¿A quién llamas? No le digas nada a mamá. Que era un buen sueño, va en serio.

Me hizo un gesto con la mano para que callara.

—Hola, buenas tardes. Quería pedir hora con el doctor Ochoa. Sí, es 489956235Z: Fernando Soler. No, no, es muy urgente. ¿No tiene un hueco esta tarde? ¿Mañana? Es que no me tengo en pie, me encuentro fatal. De verdad que llevo dos días que... Estupendo. Muchas gracias. Que su Dios se lo pague con una vida plena. De acuerdo, pues con una herencia jugosa. —Colgó muy ufano—. Bueno, ya está —me dijo con una sonrisa—. Tengo cita en una hora. Vamos.

—Papá, que no era nada de eso, estoy segura.

—Cariño, yo desde lo del terremoto de Murcia soy un creyente. Si tu tía dice que no estoy fino, pues es una oportunidad para coger a tiempo lo que sea.

—No será nada.

—Le diré a tu madre que vaya también, por si acaso.

—A mamá no, que se cree que estamos chalados.

—Venga, un poco de garbo que llegaré tarde.

Suspiré y me di por vencida.

—Muy bien, muy bien. Supongo que un chequeo no hace mal a nadie.

Bajamos a toda prisa. Le devolví a Luís la chapa de visitante, con mi padre apremiándome. «Venga, que mi tiempo se agota», no paraba de decir. En el coche le conté todo el sueño, incluida la tempestad inducida por el despertador. Por desgracia, después de haber sugerido que tal vez tenía que ir al médico, él ya no hacía más que ver señales por todas partes. A pesar de que estaba convencida de que no había malas noticias a la vista, sentí cierto alivio de que al menos se descartara esa posibilidad.

VII. LUCAS

Apenas la vi el resto de la semana. A ratos me dio por pensar que me evitaba, pero era absurdo. Aunque la escena del probador podría haberla cohibido, yo no iba a mencionarlo: era un caballero.

Quizás le estaba dando más vueltas de las necesarias y lo habitual era encontrarse solo en las reuniones de los lunes y otras citas debidamente agendadas. Al fin y al cabo, M&D no tenía nada que ver con Romero Vargas. Todavía no estaba seguro de cómo funcionaban algunos detalles en una multinacional gigantesca como aquella, aunque mi despacho estaba a solo unos metros de su mesa. Y de hecho ya conocía de sobra a uno de sus compañeros, Juanjo Valón, que se había presentado en mi despacho varias veces. Sin lugar a dudas era el pelota de la oficina.

La reunión de equipo era a las diez y estaba nervioso. Sería la primera en la que no iba a contar con la presencia de Álvaro, que me había hecho de cicerone en las innumerables presentaciones por todos los departamentos. Me dije que ese era el motivo de mi zozobra y me lo creí, porque en parte era cierto.

Llegué con antelación para prepararme sin interrupciones. Había un par de personas esperando el ascensor y una de ellas era Astrid, con un vaso de cartón humeante en la mano.

Creo que fue fruto de la inquietud por la reunión o por todo lo que había pasado en los últimos meses o yo qué sé, el caso es que me acerqué a ella y solté un «¡buh!». Reconozco que no fue el mejor acercamiento del mundo y me da vergüenza cada vez que lo pienso. Solíamos hacerlo en el patio del colegio y durante una temporada hasta tuvimos un *ranking* de los mejores sustos. Pero, claro, no teníamos seis años ni estábamos en el recreo.

Ella lanzó un alarido y se derramó el café en la mano. Lógicamente, lo soltó de golpe al quemarse y se esparció por todo el suelo salpicando a la otra persona que esperaba, a otra más que acababa de llegar, a Astrid y a mí mismo.

—Dios mío, ¡lo siento mucho! No quería asustarte —me disculpé con las mejillas encendidas.

—¿Y qué pensabas que pasaría acercándote a alguien por detrás y gritando «¡buh!»? —se quejó sacudiendo la mano. Hice ademán de cogérsela para ver si la quemadura era grave, pero ella se apartó con los ojos muy abiertos.

—Lo siento mucho. Era solo... Yo... Eeeh. —Tartamudeé como no lo había hecho en la vida. Llegó el ascensor: toda la gente que se había acumulado en los últimos segundos subió evitando el café del suelo. Astrid y yo nos quedamos solos. Ella me miraba con el ceño fruncido, esperando a que acabara la frase. En medio de la presión lo único que se me ocurrió fue preguntar: —¿Cómo fue la boda? —Al parecer no era tan caballeroso como pensaba.

La expresión le cambió de golpe y pestañeó unas cuantas veces más rápido de lo normal, aunque no tanto como para que pensara que le había dado una apoplejía. Vi cómo se ponía roja casi como en los dibujos animados, con una línea horizontal que ascendía cada vez más rápido. No es que me alegrara, pero mi cara también estaba ardiendo y me sentí un poco menos sofocado.

—¿Qué boda?

—La de tu ex —titubeé ante su mueca de horror. Pulsé el botón del ascensor repetidamente: era obvio que había patinado de nuevo. —Déjalo, perdona. No contestes. Siento lo del café y

todo lo demás. Llamaré para que te traigan otro y para que limpien esto —dije señalando el charco de color marrón—. ¿Qué tal la mano?

—Bien —murmuró, aún estupefacta. Me la mostró. Se veía enrojecida pero no parecía grave.

La campanita que anunciaba la apertura de las puertas sonó antes de que pudiera meter más la pata.

—Pues fue genial —exclamó de pronto con un tono algo repelente—. La boda, digo.

—Ah...

—Sí, de hecho, hemos vuelto juntos.

—¿Plantó a su novia en el altar? —Me volví hacia ella sorprendido y se me escapó un resoplido—. Qué cabrón.

Astrid levantó las cejas y me miró como una fiera. «Qué ojos», pensé. Vi a la niña que conocí en ese gesto y pensé en lo mucho que había cambiado. Ahora era una mujer que elegía a hombres que dejaban a su novia el día de la boda.

Lo sensato era tomar una distancia más profesional. Al fin y al cabo, por mucho que no me diera esa sensación, no la conocía. «Es una subordinada de la que no sabes nada», me repetí un par de veces.

—Lo siento, no es asunto mío —dije.

—Exacto, no es asunto tuyo —concluyó con un respingo.

—¿Pero no te parece que...? Perdón, perdón, ya me callo.

—Si mantuvieras la boca cerrada no tendrías que disculparte tanto.

En eso tenía razón.

—¿Y a qué ha venido lo del «¡buh!»? Solo porque me pillaste de casualidad en un momento, digamos que difícil, no significa que puedas tomarte esas libertades —me recriminó a toda velocidad—. Ha sido raro.

No esperaba que fuera tan directa y noté que se me subían de nuevo los colores. Dios, cómo echaba de menos la barba. No tenía una respuesta para eso. Había sido como si la parte más estúpida e infantil de mí hubiera tomado el control por un segundo. Y de nuevo ella tenía razón, había sido raro. Incluso daba un poco de repelús, visto desde fuera. Habían pasado más de veinte años. «¡Espabila, tío!».

Por suerte para mí, volvió a sonar la campanilla que anunciaba la llegada a destino; había sido el viaje en ascensor más largo de la historia.

Por algún motivo, todos los empleados del departamento con los que me crucé estaban alborotados, pero no era el momento de preguntar. Astrid fue hacia su mesa sin mirarme y yo me dirigí a mi despacho. Sam no había llegado todavía, así que me senté a oscuras unos minutos.

El timbre del móvil me sobresaltó. Era Charo. Limpiaba en casa de mi abuelo y le hacía compañía, pero solía perder las llaves.

—Hola, Charo.

—No te asustes porque está bien.

Me había preparado para contestar: «No pasa nada, dejé un par de copias más en el mueble de la entrada» y a punto estuve de decirlo en voz alta.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

—No es nada. No te preocupes.

—¿Un infarto?

—Que no. Déjame hablar, hombre. Ha sido el tipo ese.

—¿El de Eli?

—Sí. Preguntaba por ti y se ve que lo ha empujado y se ha caído al suelo. Le van a hacer

unas radiografías por si acaso, pero dudo mucho que haya nada roto. Ese hombre es de acero, te lo digo yo.

—Voy para allá.

—Que no hace falta, te digo que está sanísimo.

—Voy.

Y colgué.

VIII. ASTRID

En cuanto el culo me rozó la silla saqué el teléfono:

—Se acabó eso de estar enferma.

—Claro, cómo no lo había pensado antes. ¡Puf! Ya no tengo fiebre —respondió Maca con voz nasal.

—Como no estabas, pues ha ocurrido algo espantoso.

—¿Has matado a alguien?

—No, pero he tenido que hablar con Luc. Lucas. El jefe.

—Ya sé de quién hablas. ¿Y sabes qué? —Se notaba que se había erguido para sonar más autoritaria—. Que me alegro. La manía esta que te ha pillado con él no la entiendo. En la reunión que tuvimos la semana pasada me pareció bien majo.

—Pero si me dijiste que había sido un rancio que apenas había abierto la boca.

—Yo no dije eso. Estaba súper atento, que es muy distinto a estar simplemente callado.

—Dijiste eso y lo sabes.

—Pues he cambiado de opinión. Soy más vieja que hace una semana y además estoy al borde de la muerte. Eso te da perspectiva.

—Anda, no te pongas dramas, que solo es un resfriado.

—Bueno, ¿y qué ha pasado? ¿Te ha dicho hola y a ti te ha dado un ataque?

—Ha dicho «¡buh!».

—¿Buh?

—En plan susto.

—¿Por qué?

—Ni idea. Habrá tenido un derrame cerebral o vete a saber. Por su culpa me he echado el café encima. Pero espera, que lo mejor no es eso. —Hice una pausa para coger aire—. Es el barbas del probador. —Ante el silencio al otro lado de la línea, aclaré—: El del día de la boda.

—¿Lucas? ¿Lucas Perego, tu actual jefe, es el tío del probador? —Se le escapó una carcajada que culminó en un breve episodio de ahogo totalmente merecido.

—Eso te pasa por reírte.

—¿O sea que te acuerdas del Lucas de seis años sin problema —habló todavía entre toses— y no reconoces a un tío frente al que te desnudaste hace un mes? Igual tu padre no es el que tiene que ir al médico.

—Tía, que no me desnudé. Solo me quité la camiseta un segundo de nada y él estaba de cara a la pared.

—Pero, ¿cómo ha ido? ¿Ha intentado darte un susto y luego te ha dicho que te vio medio desnuda?

—No ha ido tan a saco, loca. Me ha preguntado cómo había ido la boda.

—¿Así, tal cual?

—Tal cual. Me he quedado tiesa, porque hasta entonces no había caído en que era el del probador. ¡El del probador! Además, he entendido que el día de la reunión no me reconoció como la niña con la que jugaba en el patio, sino como la chalada que se coló en su vestidor. —Juanjo pasó por delante de mi mesa y me miró con cara de «¿llamadas personales?» y lo imaginé chasqueando la lengua en señal de desaprobación—. Buenos días, Juanjo. —Saqué mi sonrisa

más falsa y me volví—. Pues lo que te decía, que me ha dado un corte tremendo—susurré arrebujiándome frente al ordenador.

—Es que ya es mala suerte. Anda que no hay hombres en el mundo que no te los encuentras jamás.

—¡Exacto! Yo estoy súper dispuesta a encontrarme por casualidad con Jamie Dornan, pero nada, tú. —Al otro lado de la línea oí como Maca bostezaba y retomé el tema antes de que se durmiera con el teléfono en la mano—. Total, que no sé por qué le he dicho que había vuelto con Roberto el día de la boda —dije muy rápido apretando los dientes.

—¿Qué? Pero, ¿por qué?

—Y encima ha tenido los huevos de decirme que era un cabrón —seguí intentando disimular—. ¿Alucinas o alucinas?

—Estás fatal. Él también, pero tú más.

—Te dejo, que su secre acaba de hacer contacto visual —susurré. Antes de colgar pude oír como Maca gritaba «¡Ven a comer a casa y seguimos!» y luego le entraba la tos de nuevo.

Cada vez había menos duda de que Sam se acercaba a mí. Lo habían trasladado de otro departamento, así que no tenía ni idea de si era de fiar. Solo lo conocía de haberlo visto toda la semana pegado a Luc. Lucas, Lucas. No podía seguir llamándolo Luc en mi cabeza. Ya no era ese niño de piernas como palillos con el que jugaba al pillar-pillar en el patio: «Es el tío del probador», me repetí varias veces. O peor, una mezcla extraña entre ese niño, el barbudo al que me había encontrado en el punto más patético de mi vida y mi jefe. Lo mirara como lo mirara no pintaba bien.

—Hola —me saludó Sam con una sonrisa llena de dientes blanquísimos.

—Hola —contesté escondiendo el móvil.

—¿Cómo le gusta el café?

—¿Perdón?

—El señor Perego me ha pedido que le traiga su café favorito. Ha dicho que no aceptara una negativa.

Respiré hondo y me dejé caer en el respaldo de la silla. Tras pensarlo un segundo, se me escapó una media sonrisa.

—Me temo que, para traerme mi café favorito, el señor Perego tendrá que prescindir de ti un buen rato.

—Ha tenido que marcharse, no hay problema.

—¿Y la reunión?

Se encogió de hombros:

—Irà el señor Fábregas —dijo refiriéndose a Álvaro.

—Ah, de acuerdo.

Esperaba que en el futuro se relajara un poco más, con tanto señor este, señor aquel apenas sabía de quién me hablaba.

—Volviendo al café. Supongo que paga él. —El chico asintió—. Bien, pues resulta que me encanta el de un sitio gourmet que está en Gracia: *Les caféiculteurs*. Te sugiero que cojas un taxi: no hay nada peor que un café frío.

—Estupendo —y volvió a mostrar aquella sonrisa literalmente deslumbrante.

En realidad, solo conocía el sitio por un artículo que había leído el fin de semana y que lo ponía en el séptimo cielo de la *cafeteridad*. Y qué mejor momento para darle una oportunidad que cuando tu jefe te invita porque te ha echado un vaso ardiendo encima.

Disfruté aún más de lo esperado cuando con el primer sorbo leí en el tablón de anuncios que

a la división de Barcelona nos había tocado la mejor actividad de *team building* del mundo: dos días en el hotel que M&D acababa de adquirir en la Costa Brava a finales de junio. Después de años de *escape rooms* y sesiones de terapia grupal disfrazadas de juegos, era un cambio más que agradable.

Le eché un vistazo a la página del hotel. Iban a inaugurarlo con nosotros, así que éramos sus conejillos de indias. Ya me extrañaba que se pusieran tan dadivosos, aunque con un *spa* de cinco estrellas a la vista y una salida directa a la playa, aceptaba el precio. De pequeña estaba loca con *La Sirenita*. Hacía años que no jugaba a hacer de sirena ni buceaba con unas gafas de piscina, pero nada me entusiasmaba más que pasarme los veranos en remojo.

Iba a llamar a Maca para darle la noticia, pero al coger el teléfono sentí el horrible impulso de enviarle un mensaje a Rober para contárselo. Es decir, Roberto. Roberto... No, El Innombrable. Eso. Me di una colleja mental. Lo mío con los nombres era de traca. Aunque lo peor de todo era que en el fondo seguía siendo Rober. Bertito. Titus. Robbie-Rob. Y sí, toneladas de cursilerías que ni me atrevo a mentar. Echaba tanto de menos su calidez, sus besos, todos los mimos que pertenecían a un futuro nebuloso en el que seguía imaginándome con él. Y no se me habían olvidado los meses en los que había jugado a dos bandas, pero sentía que nuestra historia no había terminado.

Cuando recordaba el calorcito del sueño de la tía Dunia, solo podía pensar, aunque jamás lo compartiría con Maca, que hablaba de Rober y de mí en ese destino inevitable que nos esperaba. De acuerdo, eran conclusiones pilladas por los pelos, pero hablaba de familia y Rober y yo éramos o habíamos sido o tendríamos que ser una familia.

Noté un escozor en los ojos cuando rememoré la primera cita. Nuestros inicios no tuvieron ningún glamur, la verdad. Nos conocimos a través de una aplicación de citas, como la mayoría de parejas. Recuerdo que en las fotos parecía castaño, pero nada más verlo me llamó la atención que fuera de un rojo muy oscuro. Cuando le daba el sol de lado, parecía que tuviera la cabeza en llamas.

—Eres pelirrojo —fue lo primero que le dije.

—Lo sé —respondió él con una sonrisa—. ¿Ahora puedo darte dos besos y saludarte?

En medio de la cita abrió su mochila y sacó un bote de cristal con pepinos en vinagre que había preparado él mismo. Estaba claro que llevaba rato pensando en si dármelos o no y fue torpe, aunque de una manera encantadora.

—Como me dijiste que te encantaban los encurtidos —se explicó—. Es raro para una primera cita, ¿verdad? Mi primo me dijo que te ahuyentaría.

—Hombre, no es lo habitual, está claro. —Se me escapó la risa ante su franqueza—. Pero, no sé, unas flores se compran en unos minutos, en cambio tú has invertido días en elaborar esto.

Lo abrí y saqué una rodaja para probar. Los de la cafetería nos llamaron la atención por consumir productos de fuera. Intentamos explicarles que era casero, pero les dio igual. Toda la escena se convirtió en una broma interna desde entonces.

Desbloqueé el móvil y busqué su contacto. Lo había archivado en lugar de hacer lo sensato, que era borrarlo. Y lo sabía. Vi que había cambiado su foto de perfil por una de la boda. Un par de lágrimas se estrellaron sobre la pantalla. La había elegido a ella y tenía que aceptarlo, pero joder si era difícil.

IX. LUCAS

Había cogido el AVE Barcelona-Zaragoza en incontables ocasiones, pero nunca se me hizo más largo el trayecto que ese día.

Llamé a Eli varias veces por el camino, pero su teléfono, al menos el que yo tenía, estaba apagado. Puede que se lo hubiera cambiado o tal vez solo estaba en modo avión. Le escribí varios mensajes que no sabía si llegarían a destino y el correo que le envié me rebotó.

Sabía que ella no tenía la culpa de haberse colgado por un zopenco que la había tomado conmigo porque continuáramos viéndonos de vez en cuando después de romper, pero estaba furioso y necesitaba desfogarme. Estaba harto de ir vigilando al volver cada esquina cuando estaba en Zaragoza. Me había echado de mi ciudad, ¿y ahora iba a por mi abuelo?

Cuando llegué al hospital, sabía que no se había roto nada. Charo me mantuvo informado durante el camino: el médico se acercaría sobre las seis para decidir si tenía que pasar la noche en observación o no, pero todo apuntaba a que podría dormir en casa. También se habían presentado dos policías, habían tomado nota del incidente y se habían marchado. Solo teníamos que acercarnos a la comisaría para firmar la denuncia.

Me indicaron el box en el que estaba y lo vi hablando tan tranquilo con Charo.

—Charo, necesito que vayas a casa y empieces a empaquetarlo todo. —Me salió la voz autoritaria de jefe, que jamás había sacado fuera del trabajo (apenas si la sacaba allí)—. Abuelo, tú te vienes a Barcelona conmigo. —Él iba a protestar, pero levanté la mano—: No hay nada que discutir. Te secuestraré si hace falta. Eres la única familia que me queda.

—¿Y tu padre?

—Ah, sí. Bueno, dudo mucho que alguien de aquí sepa que se ha mudado a León. Total, no hace ni dos meses.

—Pero, hijo, mi vida está aquí. Mírame, estoy bien, ¿verdad, Charo?

—Hágale caso, señor Justo, que ese muchacho es muy grandote. De la próxima acaba con la cadera rota. Y de ahí no se sale, eh —advirtió con el índice en alto—, que es la primera palada del hoyo.

—Hace un rato decías que estoy blindado. —Ella se acercó y le dio un beso en la frente. Cogió su bolso y antes de irse me sonrió al tiempo que asentía—. En Barcelona no conozco a nadie —siguió protestando. Noté que la poca resistencia que ofrecía iba a ceder. Los ojos se me llenaron de rabia cuando comprendí que estaba más asustado de lo que aparentaba—. Probaremos unas semanas —dijo al fin. Posó su mano en la mía y yo dejé caer la cabeza para que no viera las lágrimas—. Pero lo hago por ti, para que no te quedes calvo antes de tiempo.

Solo acerté a murmurar un «Lo sé, gracias».

Después de una noche llena de pesadillas y una mañana ocupados con el equipaje, aún me quedaban un par de horas antes de ir a la estación. Me acerqué a Romero Vargas y fui con paso firme al despacho de dirección.

—¡Lucas! —me sonrió efusiva Helena, la secretaria—. ¿Has cambiado de opinión? Te echamos de menos.

—Qué va. Necesito hablar con Romero.

—Le acabo de pasar una llamada.

—Es urgente.

—Bueno, dame un segundo. —Arrugó la nariz sin dejar de sonreír y se levantó. Le dio un par de toques a la puerta del despacho y entró sin cerrar del todo.

Aunque solo habían pasado tres meses todo seguía igual que el día en el que esperé allí mismo, de pie, con mi carta de renuncia entre las manos sudadas.

Me quedé muy quieto para oír la conversación, pero debió de ser entre susurros porque solo alcancé a escuchar el final.

—Que pase, que pase —gruñó el señor Romero. Por mucho que hubiera sido mi suegro algunos años, me seguía impresionando—. Hermida, te llamo luego —le dijo a su interlocutor antes de colgar.

—Carlos, ¿cómo estás? —pregunté muy formal alargando la mano. Él la encajó con fuerza.

—Bien, bien. Cuéntame, qué pasa. ¿Quieres volver? Te has arrepentido, ¿eh?

—No es eso. ¿Cómo está Eli?

La expresión se le ensombreció.

—¿Qué quieres decir?

—Pues quiero decir que el energúmeno ese de su ex atacó ayer a mi abuelo. Eso quiero decir.

—¿A Justo? —preguntó sorprendido—. ¿Pero está bien?

—Sí. Solo unos golpes. —Me di cuenta por su reacción de que se estaba imaginando algo peor que un empujón y no quise sacarlo de su error.

—¿Habrá juicio? ¿Se está moviendo algo?

—Es complicado. Ya sabes quién es su padre, no es fácil denunciar al hijo de un ministro sin pruebas.

—¿Sin pruebas? Te di la grabación: decía que nos iba a matar a mí y a Eli. A tu hija.

—Eli está bien. Está fuera. El chaval se calmará. Encontrará a otra y se olvidará de vosotros. Hazme caso, es cuestión de paciencia.

—Y la tomará con esa otra desgraciada. Pues qué padrazo estás hecho.

—Yo protejo a mi familia —gritó—. Te habría protegido a ti si me hubieras dejado.

—Bueno —dije con un claro tono de despedida—, solo quería que lo supieras. Que mientras dejabas que esto se arreglara solo, mi abuelo ha acabado en el hospital.

Antes de que me marchara habíamos tenido una discusión similar, pero de la misma manera que seguía pareciendo un cangrejo gigante y moviéndose como un cangrejo gigante, seguía empecinado en que el mastodonte ese estaba en una fase que se pasaría en cualquier momento.

Salí sin dar opción a terminar la conversación sin resquemor. Helena me hizo un gesto con la mano, pero era evidente que nos había oído y se la notaba incómoda.

Me marché furioso.

X. ASTRID

Luc volvió el miércoles. Lo supe a primera hora, cuando nos encontramos de nuevo frente al ascensor. Maca seguía enferma, así que estábamos solos, aunque hubiera más gente esperando. Su codo estaba tentadoramente doblado en un ángulo de noventa grados, con lo que era muy posible que sostuviera una bebida caliente. Me acerqué un poco más. ¡Bingo! Pensé muy en serio en devolverle el golpe y darle un buen susto, hasta que le vi la mandíbula tensa y un mohín de enfado entre las cejas.

—Buenos días —dije a secas.

Pensé que no me había oído porque tardó unos segundos en reaccionar. Diría que murmuró un saludo, pero apenas hubo más que un gesto de asentimiento por su parte. Era el mismo tío rancio de la reunión del primer día. Así que él podía permitirse confianzas, pero yo no. Y que conste que no soy de esas personas que se levantan por la mañana enfurruñadas, al contrario, hasta cuando tengo sueño o he pasado una noche regular arranco con energía. Pero aquello me echó un nubarrón de mala leche encima.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó en cuanto llegó el ascensor.

—Es miércoles. —Al ver que él no reaccionaba, seguí—: Nos vimos el lunes. Me echaste el café encima.

—Cierto. —Sonrió y se frotó los ojos.

Me pareció que iba a seguir hablando, justo cuando Álvaro se coló de refilón, antes de que se cerraran las puertas. Vio a Lucas y le dio una palmada en el hombro que sacudió la cabina del ascensor. Lo miré con una mueca de dolor y él puso cara de circunstancias.

—¿Qué tal tu abuelo? —le preguntó Álvaro.

Así que su abuelo se había puesto malo y por eso había tenido que marcharse el lunes a toda prisa.

—Bueno, no está contento con el traslado —contestó rotando el hombro—. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

—Se acostumbrará. —Hizo un ademán quitándole importancia y se volvió hacia mí—. ¿Maca sigue enferma?

Ni un «qué tal» ni un «buenos días», solo Maca, Maca, Maca; para que luego dijera que no perdía el culo por ella.

—Sí —dije escueta—, todavía tiene mucha fiebre. —No era cierto, pero preferí ser prudente. Desde el lunes no había pasado de 37, pero Álvaro no dejaba de ser su jefe y en M&D o te estabas muriendo o empezaban a rellenar la carta de despido. Estuve a punto de añadir «podrías llevarle una sopita», pero Maca no me lo habría perdonado—. Le diré que has preguntado —me contuve. Luc y yo nos apeamos en la séptima y antes de ir cada uno a lo suyo, me volví—: Gracias por el café. El del otro día.

Me miró con una sonrisa espléndida y se la devolví. Estuve a punto de decirle que era la misma que tenía con ocho años, pero no tenía sentido sacar el tema si él ni siquiera se acordaba. No podía culparlo, seguramente el cerebro le había bloqueado los recuerdos de su época en Barcelona porque estarían ligados a la muerte de su madre. Sabía que era solo una niña, pero sentí que lo había abandonado en el peor momento de su vida. Qué pena y qué soledad debió de sentir el Lucas de ocho años, con su sonrisa tierna y las piernecitas de alambre.

—¿Tienes las cifras? —Juanjo irrumpió en mis pensamientos con esa voz estridente tan suya.

—Buenos días a ti también —dije con la nariz encogida de desagrado.

Él se rio y, tras una respiración, volvió a empezar: —Buenos días, Astrid. ¿Tienes las cifras?

—¿Qué cifras? —pregunté con las cejas muy levantadas.

—Ya lo sabes —se quejó. Sí, lo sabía, pero no me apetecía colaborar en aquellos términos—.

Las de la tableta *dorayaki* —aclaró con los ojos en blanco—. Creo que podría ser el producto del año. De la década.

—Es que como estoy en otros dos grupos de pruebas, no sabía de qué me hablabas. —Todo mentira, claro, pero me gustó ver su cara de «¿por qué tú estás en más proyectos que yo?»—. Pues no tengo nada. Todavía me quedan *testers* que ver.

—Ah. Bueno, pues a trabajar.

Me miró de reojo al marcharse. Sonreí para mí en cuanto se volvió. Había pocos placeres como aquel en M&D.

Pasé el resto del día más animada de lo que era habitual desde hacía meses y me sorprendí al darme cuenta mientras preparaba los formularios para el resto de pruebas de la tableta rellena de *dorayaki*. No sentía aquel tedio que se había vuelto tan familiar. El fino bizcocho, que se deshacía en la boca, relleno de *anko* y recubierto por una capa de chocolate lo bastante gruesa como para mantener la forma, pero no tanto como para dominar el conjunto, era sencillamente espectacular. Me apetecía ver las caras de la gente al probar lo que era sin duda el producto del año, en eso tenía que estar de acuerdo con Juanjo, aunque me fastidiara un poco.

Hasta a mi madre le llamó la atención mi nueva energía cuando fui a comer el domingo.

—Ay, hija, me alegra ver que no traes esa cara de muerta —fue su bienvenida—. Aunque menuda nos has dejado con lo de tu tía... —me reprochó al tiempo que me daba dos besos—. Tu padre lleva días de médicos y médicos y más médicos.

—Pero me dijo que todo estaba bien. —Seguía pensando que no tenía nada que ver con mi padre, aunque siempre quedaba la inquietud de esperar los resultados de lo que fuera.

—Tiene el colesterol de un chaval. Pero ha conseguido que le pidan no sé cuántas resonancias, ecografías y yo qué sé qué más. Va a pasar más rato en el hospital que en casa.

—¿Por qué? ¿Han visto algo raro?

—Qué va. Se pasó dos días buscando síntomas de un montón de cosas para recitarlas en varios especialistas porque si no dice que no le hacen caso. Me tiene frita con tanto dolor imaginario. La próxima vez que sueñes con tu tía, no se lo cuentes.

No pude evitar que se me escapara la risa.

Martín, mi hermano, salió del baño y cabeceó a modo de saludo. Yo hice lo propio. Vi que tenía varias rojeces en la cara, prueba inequívoca de que se había reventado unos cuantos granos.

—Así te quedará cicatriz —le advertí.

—Prefiero una cicatriz a una bola de pus —respondió.

—Qué vas a preferir una cicatriz. —Le di una colleja—. Eso es para siempre. El pus se va en unos días. Te lo digo yo, que no hace tanto estaba llena de granos. ¿Verdad, mamá?

—Anda que no dabas la murga con el medicamento ese.

—Y nunca me dejaste tomarlo. Ahora tendría una piel de melocotón divina.

—¿Con pelusas? —se burló Martín.

—Está claro que no te has leído el prospecto —comentó mi madre de camino a la cocina.

—Prefiere hijos llenos de marcas —me dijo Martín con sorna.

—Has vuelto a crecer. —Le di un repaso. Aunque nos llevábamos once años, hacía unos cuantos que tenía que mirar hacia arriba cuando le hablaba.

—1,85 —sonrió orgulloso.

—A poner la mesa los dos —gritó mi madre.

—¿Y papá?

—Ha bajado a por el pan, porque alguien —acusó a Martín con la mirada— se ha comido la barra entera para desayunar.

—Estoy creciendo, mamá. ¡Tengo hambre!

Poco después estábamos en la mesa. Aunque éramos cuatro, hacíamos el ruido de una docena. Mi padre me contaba satisfecho cómo sus artimañas estaban dando frutos en forma de peticiones médicas, mientras mi madre y mi hermano discutían por el móvil en la mesa.

—Ves, mira a tu hermana. Lo tiene bien guardado. Toma ejemplo.

En cuanto mi madre se distrajo para llenarse el vaso de agua, yo le saqué la lengua a Martín y levanté la servilleta, bajo la que estaba el móvil. Él me señaló con cara de acusica y le di un pisotón. Vi que la luz de mensajes parpadeaba, pero en medio del barullo no lo había oído.

—Y le digo —se reía mi padre— es que trato con muchos químicos en el trabajo. Estos últimos dos meses se me ha caído mucho el pelo.

—Déjalo ya, Fernando. Menuda lección les estás dando a tus hijos.

—Les enseño a ser más listos que el sistema, cariño, que son mayores.

Mientras mi padre traía la fuente con la ensalada y mi madre nos llenaba el plato de carrilleras al vino tinto, eché un vistazo a los mensajes. Tenía un audio de Roberto.

XI. LUCAS

Hacía días que no nos encontrábamos frente al ascensor, pero esa mañana no iba sola. Macarena Hernández, la de Contabilidad, estaba con ella. No era que me importase si iba acompañada o no. Sí que noté cierta decepción. Pequeña, pero ahí estaba. No brotaba de ninguna motivación romántica, aunque sonreí para mí al recordar la vez que nos casamos en el recreo. Mi interés por Astrid era más sencillo que todo eso: sentía curiosidad por la que fue mi amiga. Una curiosidad legítima, en mi opinión. Por mucho que yo solo fuera el chico del probador para ella, nuestros años juntos seguían siendo importantes para mí. Formaban parte de la época más feliz de mi vida: antes de que mi madre muriera, mi padre se quedara catatónico y tuviéramos que mudarnos a Zaragoza. Ojalá ella se acordara.

Lo malo era que, al margen de un par de conversaciones entre el vestíbulo y la oficina (la primera de ellas bochornosamente fallida), no habíamos tenido la oportunidad de charlar en un contexto más distendido que el de reuniones y consultas de pasillo. Además, no sé por qué, cuando entraba en modo trabajo, me salía un tono muy seco al hablar. Y lo peor era que en cuanto me daba cuenta de que había sonado un poco borde e intentaba bromear para arreglarlo parecía imbécil. Nunca había tenido estos problemas en Romero Vargas. Había tenido otros peores, pero se concentraron en los últimos meses, cuando Eli empezó a salir con ese troglodita. El resto de mi etapa allí fue bastante fluida.

—Buenos días. —Ambas se volvieron y repitieron el saludo. Se hizo un silencio que al parecer nadie pensaba romper—. ¿Estás mejor? —le pregunté a Macarena.

—Sí, mucho mejor. Gracias. —Otro silencio—. ¿Y qué tal te adaptas? ¿Todo bien? Si necesitas algo de Contabilidad, ya sabes —sonrió.

—Te tomo la palabra —dije con amabilidad entrando en el ascensor.

Astrid había permanecido callada aquel rato. Pulsó los botones de la segunda y la séptima. Otras cinco personas llenaron el cuadro de mandos de paradas intermedias y posteriores. Macarena fue la primera en bajar. Se despidió con un cabeceo en nuestra dirección y le dijo a Astrid: «A la una y media», a lo que ella respondió «Que sí», como si se lo hubiera repetido muchas veces.

—¿Qué tal tu abuelo? —me preguntó de repente en la cuarta planta.

—Bien, más o menos —respondí confuso.

—Os oí la semana pasada con Álvaro —aclaró como si me hubiera leído el pensamiento—. Por eso tuviste que irte, ¿no?

—Sí. Tuvo un pequeño accidente y no quiero que esté solo. Se quedará conmigo una temporada.

—El cambio habrá sido difícil para él. ¿Tienes hermanos?

—Hijo único.

—Vaya, así que no tienes a nadie con quién compartir la responsabilidad.

—No me importa. No es ninguna carga.

—No me refería a eso.

Me había salido el tono seco y ella se quedó callada. Estábamos entre la sexta y la séptima. No podía dejarlo así, pero no se me ocurría qué decir. Preguntar por el novio que abandonaba a novias en el altar era un tema delicado, así que no podía empezar una conversación casual sobre

el fin de semana porque seguro que lo habían pasado juntos. Rápido. Piensa. Piensa.

—¿Ves mucho a tus abuelos? —solté con el cling de la apertura de puertas.

—La verdad es que no me queda ninguno vivo.

—Ah. Lo siento.

—Bueno, hace tiempo ya. —Tras un segundo de silencio que no supe llenar, se despidió—: Nos vemos en la reunión.

—Claro, hasta ahora.

Habría sido mejor hablar del tiempo o sencillamente no decir nada. Fui hasta el despacho para olvidar la última parte de la conversación y preparar la reunión. Me lamenté por lo primero unos minutos, hasta que Sam me interrumpió para preguntarme si necesitaba algo antes de la reunión.

Aquella sería la primera en la que podría marcar mi estilo de liderazgo sin tener a Álvaro al lado. Era un tío genial, pero avasallaba y, acostumbrado como estaba a mandar, le costaba ceder el control.

Quería ser accesible, pero que se me percibiera con autoridad. Repasé las estadísticas por centésima vez y releí los informes del último año. Sinceramente: soporífero. Me detuve con especial interés en la lectura de los informes de Astrid, pero la verdad es que eran tan escuetos e imprecisos como los demás. Imaginé que serían las pautas de Lola, la anterior directora del departamento, pero no me gustaban. Eso sería lo primero que cambiaría. Anoté este y otros puntos para el orden del día y envié a Sam a por un café para acabar de despejarme.

—Buenos días, jefe —me saludó Juanjo con su tono pelotero. No soportaba a ese tío.

—¿Qué tal? —Tendría que haber respondido con otro «Buenos días» porque sin pretenderlo, le di pie a que me contara su vida.

—...entonces decidí ir al súper a hacer un pequeño estudio de campo. No hay apenas tabletas de chocolate que no sean eso: chocolate, sin más. —Me dio un toque en el antebrazo que me repelió. Además, a cada frase se acercaba más y más—. Sí, unas tienen más cacao que otras y esas cosas y es verdad que hay algunas marcas que se arriesgan con rellenos, pero siguen siendo de galleta, caramelo o como mucho mermeladas. Un aburrimiento. Y pensé...

—Ahora nos lo cuentas, Juanjo —lo interrumpí. Hice un gesto con la mano para indicarle que se sentara y me volví para pedirle a Sam que me trajera un agua. No tenía sed, pero tenía que parecer ocupado para que Juanjo, que por supuesto se había sentado en primera fila, no empezara con su rollo otra vez.

La reunión fue más o menos bien. Solo hubo un momento de tensión.

—Siempre se ha hecho así —protestó Astrid—. Presentamos solo un informe. El definitivo. Cuando hemos acabado toda la ronda de pruebas. Lola nunca nos pidió informes parciales para los lunes.

Algunos compañeros la secundaron. Juanjo parecía disfrutar de verla en aquella situación y eso me dio rabia.

—Lo único que digo —aclaré con mi tono más suave— es que a partir de ahora se vendrá a las reuniones de los lunes con un resumen de los datos obtenidos hasta la fecha. ¿De acuerdo?

Hubo un leve murmullo en la sala. Sin duda eran quejas.

—Hay proyectos que se alargan semanas —me impuse sobre los cuchicheos. Reconozco que me salió un aire de regañina involuntario—. Si hay que reconducir algo o incluso cancelarlo, necesito datos. No podemos encontrarnos con que los bollos de algas nos explotan en la cara al final del camino, que es lo que ha ocurrido. Pensad que cuánto mejores sean nuestros resultados, más presupuesto tendremos.

Decidí dejar para un memorando vía correo electrónico los puntos que desde ese día tendrían que tener los informes definitivos. Serían bastante más largos, pero era un tiempo asumible dentro de la jornada laboral, dado que hasta entonces habían vivido muy bien.

Quise terminar con una nota positiva para que no me pusieran velas negras:

—Antes de acabar, por si no lo habéis visto todavía, que lo dudo, en unas semanas tenemos la actividad de *team building*. Es en un hotel en la playa, os llegarán las señas al correo electrónico. Es algo especial que abarcará el viernes 16 y el sábado 17. Sé que es difícil conciliar estos dos días según sea vuestra situación familiar. Si tenéis algún problema, decídmelo porque tenemos opciones para ayudaros. —Busqué un contacto visual amable con Astrid, pero hacía rato que no levantaba la vista de la mesa—. Muy bien, pues eso es todo por hoy. Gracias.

—¿Un día duro? —me preguntó mi abuelo al llegar a casa.

La semana que llevábamos de convivencia no había sido fácil. A mi abuelo le estaba costando acomodarse al cambio. Tampoco es que en Zaragoza tuviera una vida muy activa, pero lo vendía como si estuviera todo el día arriba y abajo. Además, yo hacía años que estaba acostumbrado a vivir por mi cuenta y me saturaba que nada más cruzar el umbral me cosiera a preguntas. La intención era buena, pero me pillaba en ese punto del día en el que solo deseaba un rato de tranquilidad.

Sin embargo, aquella tarde fue la primera que agradecí de veras la compañía. Para empezar, se olía el cocido desde el rellano; tener un abuelo cocinillas era sin duda una gran ventaja. Pero el colmo fue encontrarlo de tan buen humor.

—Huele a paraíso, abuelo. —Fui hacia la cocina aún con las llaves en la mano—. ¿Es la receta de la abuela?

—Sí —respondió él con el pecho henchido—, pero aún le falta media hora. —Y con un brillo en los ojos, añadió—: Creo que he hecho un amigo.

—Anda. ¿Y cómo ha ido? Espera, que dejo esto y me cuentas.

Fui al recibidor para echar las llaves en el cenicero de la entrada y colgar la chaqueta. Pensé incluso en darme una ducha rápida y ponerme el chándal de andar por casa. Pero en lugar de esperarme sentado en el sofá o haciendo otra cosa, me siguió y empezó a hablar:

—Hoy he decidido bajar al bar de la esquina a desayunar —dijo categórico sacudiendo la mano—. Al salir me he encontrado con un vecino tuyo en el ascensor. Luego los dos hemos cogido la misma dirección y como andamos a una velocidad parecida, hemos ido todo el camino juntos y cuando los dos nos hemos parado frente a la puerta del bar, nos ha entrado la risa. —Al recordarlo se echó a reír otra vez—. Vive en el cuarto. El pobre se llama Marciano, pero no le digas que te lo he dicho, eh, que me lo ha contado en confianza. Normalmente, a la gente le dice que se llama Marc

—Marc, entonces.

Me pareció tan tierno, que toda la tensión del día se esfumó de repente. Parecía un crío que ha encontrado a su mejor amigo el primer día de colegio.

—También es viudo y tiene un grupo de butifarra. No se refiere a la comida, es un juego de cartas. Me tiene que explicar cómo va, pero dice que les vengo de perlas porque se acaba de morir su compañero. Es de estos juegos que van por parejas, como el mus.

—Vaya, a rey muerto, rey puesto.

Mi abuelo le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Bah, solo habían echado un par de partidas. Era un conocido. Se ve que el de antes sí que

era de hacía años y los apenó mucho a todos. Le dio un derrame a media partida.

—Casi parece una maldición. No sé si deberías unirte a este grupito de jugadores apocalípticos.

—Tonterías, hijo. Como mínimo, tengo de tiempo hasta que tú te hayas arreglado.

—Y por el camino que vas... —dijimos al unísono. Yo me reí y él me dio un cachete en el brazo.

—Así que un *bromance* a primera vista, por lo que veo —dije retomando a Marciano. Ante su mueca de incompreensión le expliqué lo que significaba.

—Menuda tontería tenéis los jóvenes con el inglés —negó con la cabeza—. ¿No se puede decir amigo y ya está?

No quise corregir el matiz, así que sonreí y dejé que me contara la historia a su manera.

XII. ASTRID

—Tía, te aseguro que había *feeling* —le dijo Maca a Gen al tiempo que servía el agua.

Gen había estado unos días visitando a sus padres en París y habíamos quedado para comer a su vuelta.

—Qué *feeling* ni qué porras —despotriqué—. Pero si es un imbécil. No veas cómo me habló en la reunión del lunes.

—Te has puesto *goja* —me interrumpió Gen. Había vuelto con el acento subido, como siempre que pasaba unos días en Francia, y al menos una de cada tres erres le salía gutural. Se llevó un pedazo de pollo rebozado a la boca mientras se reía y casi se atraganta.

—Él la miró varias veces, como si hubiera pasado algo y no pudieran hablar de ello —le dijo Maca a Gen—. Se lo veía súper incómodo. Y tú —me señaló— no le diste ni esto. —Juntó el índice y el pulgar y se rio como una gallina. Yo me limité a poner los ojos en blanco y no dar más bola a esa tontería.

Cuando nos sirvieron el postre Maca no había soltado el tema y Gen no hacía más que animarla. Solo se calló cuando fue al baño después de pagar la cuenta, momento que aproveché para soltarle a Gen de corrido algo que me tenía obsesionada: el audio de Rober. Roberto.

—Goberto otra vez. —Se llevó la mano a la frente y resopló.

—Cállate, que Maca volverá en nada y quiero que lo escuches.

Le di a reproducir y se lo acerqué al oído: *Hola —empezaba vacilante—, ¿cómo estás? —Aquí daba un suspiro profundo—. No sé si querrás saber de mí o si no debería enviarte nada o si estoy enfadado o apenado o qué. No sé. Sé que tengo parte de culpa, eso sí, porque alargamos lo nuestro más de lo debido. —Había una pausa tan larga que Gen me miró interrogante. Hice un ademán para que mantuviera la oreja pegada al teléfono—. El problema es que sigo queriéndote —siguió unos segundos después—. No como antes. No de esa manera. O sí, no sé. —Gen abrió mucho los ojos—. Pero no es algo que pueda seguir. Lo entiendes, ¿verdad? Porque estoy en mi luna de miel y no tendría ni que pensar en ti. Pero me preocupa... Ya te he dicho que te sigo queriendo y por eso estoy aquí, en las Seychelles, grabando esto mientras mi mujer está en la ducha. Mi mujer, Astrid, mi mujer. Y aun así... Dime que estás bien para que deje de preocuparme y pueda disfrutar de la siguiente etapa de mi vida. Solo necesito saber eso, que estás bien.*

A mitad de la última frase vi que Maca volvía del baño y le arranqué el teléfono de los dedos a Gen.

—¡Au! —se quejó—. Me has *agancado* media cabeza.

—Perdón —me disculpé al ver que tenía un par de pelos rubios en la mano.

—¿Nos vamos, chicas? —dijo Maca.

—Un momento, yo también voy al servicio. —Gen se levantó aún frotándose la cabeza enfurruñada.

—¡Te acompaño! —grité con demasiado entusiasmo. Maca me miró extrañada y Gen negó con desesperación.

—Os espero fuera —murmuró Maca con los ojos entrecerrados.

Gen ya estaba a medio camino del baño y di unos cuantos pasos rápidos para alcanzarla.

—Tía, espera.

—¿Por qué no le has enseñado el mensaje a Maca? ¿Estás molesta con ella? —preguntó arrugando el morro.

—No, si la adoro, pero me daría la chapa una semana. Ya sabes cómo se pone con lo de Rober.

Apretó los labios y se metió en el baño.

—¿Qué te ha parecido el mensaje? —pregunté a través de la puerta.

—Déjame hacer pipí *tganquila*.

Esperé a que saliera y me pegué a ella en busca de apoyo y respuestas.

—Bueno, dime qué piensas.

Formó una u con la boquita, más francesa imposible, y se lo pensó antes de hablar: —*Chéri*, olvídale de una vez. Ese mensaje es una despedida, no una carta de amor.

—No, dice que me quiere. ¿No lo has oído? Espera. —Saqué el móvil del bolsillo para que lo escuchara de nuevo con un temblor incipiente en la voz, pero me detuvo.

—Lo que he oído es que no te quiere como tú deseas. —Me miró con sus ojos azul claro llenos de una compasión indeseada—. Te diré lo que es este tío: un *desgaciado*. Que te deje en paz de una vez. ¿Y un mensaje a su ex en plena luna de miel? —Oír la palabra ex me dolió especialmente—. *Quel enculé*. ¿Quieres un hombre así en tu vida? —Mis ojos solo relampaguearon en respuesta y ella añadió: —¿Te he dicho algo que no sepas?

Me frotó los hombros para consolarme y me pasó un par de toallas de papel. Yo solo suspiré y me sequé las lágrimas. Hacía días que no lloraba. Estaba segura de haberlo dejado atrás y ahí estaba de nuevo: en la humillante casilla de salida.

—Elimínalo —dijo Gen con un asentimiento enérgico, como si eso fuera a solventarlo todo de golpe.

—Espera, se lo enseñaré a Maca.

Ella frunció los labios.

—Hace un momento decías que no. —Torció la cabeza y levantó las cejas para mostrar su disconformidad.

—Pero bueno. —Maca abrió la puerta de los servicios levantando una corriente de aire y dándonos un susto de muerte a las dos—. ¿Qué hacéis tanto rato? —Me miró y al verme los ojos llorosos le cambió la voz—. ¿Qué ha pasado? Ay, Dios, ¡tu padre! ¿Está bien?

Asentí y con un vaivén de la mano descarté que se tratara de nada familiar.

Maca se apartó para dejar entrar a una chica.

—El *Innombgable* —gruñó Gen, la muy chivata.

El tono de Maca volvió a cambiar y soltó un resoplido. Mientras Gen la ponía al día, me quitaba el móvil, ponía mi dedo en el botón de desbloqueo para que escuchara el mensaje y le daba su opinión, yo escondí la cara entre las manos. No sé si es que las lágrimas se acumulan o qué y necesitaba sacar lo que no había llorado en días, pero habría podido inundar el mundo entero. Varios mundos, de hecho.

Sabía que era absurdo albergar ninguna esperanza en esa dirección. Roberto había elegido hacía mucho tiempo. Y yo ahí como una idiota. Ni aun en el supuesto mejor de los casos, que era que abandonara a su mujer y viniera corriendo a rogar mi perdón, Gen tenía razón: ¿quería un hombre así en mi vida? Si me planteaba esa misma situación con ella o Maca o cualquiera, la respuesta era evidente. Si es que ni para amigo a secas servía.

—Lo maldigo —gritó Maca de repente—. Maldigo a su estirpe. —De vez en cuando le salía un ramalazo lorquiano de lo más sentido. Y lo decía tan seria que, lejos de resultar cómica, le ponía la piel de gallina a cualquiera—. Qué cabronazo hijo de puta. Y en plena luna de miel. Es

para decírselo a la mujer, eh. —Chasqueó la lengua y miró a Gen, que la secundó—. Bórralo. Bórralo todo.

—Y bloquéalo —añadió Gen.

—Eso.

La chica que había entrado después de Maca salió al fin del baño. Se me había olvidado que estaba ahí y sospecho que se quedó para escuchar el resumen de Gen, porque se unió a la conversación:

—Perdona que me meta —dijo mientras se lavaba las manos—, pero haz caso a tus amigas porque ellas sí que te quieren y ese tío se ha portado fatal.

Al principio me pareció un poco raro que se inmiscuyera, pero cuando lloras como una descosida en unos baños públicos resulta incluso agradable recibir el apoyo de una extraña. Además, tenía razón. Todas la tenían. Me soné los mocos, respiré hondo y no lo borré.

—Trae —dijo Maca cogiendo el teléfono.

—No, tiene que hacerlo ella para que sea *tegapéutico*.

Gen me lo devolvió y una lágrima gorda como una paloma cayó sobre la pantalla.

—Venga, tía, tú puedes —me animó Maca—. Piensa en cómo te ha tratado.

El segundo intento fue el bueno: chat borrado. Luego lo más difícil, bloquear el contacto. Respiré hondo, me soné los mocos y confirmé la orden. Ya no recibiría más mensajes, ni llamadas del Innombrable. No me sentí tan aliviada como deseaba, a pesar de los vítores de Maca, Gen y mi nueva amiga de baño, que se despidió animándome: «Lo has hecho genial, ese capullo no te merece». Supongo que en el fondo había estado esperando que hubiera algún tipo de comunicación, aunque fuera para ignorarla o enfadarme o, como había sido el caso, echarme a llorar como una tonta. Lo último, en realidad, no lo había previsto; en todas mis fantasías era la entereza personificada. Llevaba una pamelita enorme y gafas de sol y muy digna junto a mi piscina borde horizonte lo rechazaba una y otra vez. Cuando el mayordomo se me acercaba con el teléfono en la mano, yo respondía cosas como «¿Roberto? ¿Quién...? Ah, sí, ese Roberto. Bueno, Ambrosio, dile que no estoy».

Me daba rabia, pero lo echaba de menos. Tampoco creo que hubiera podido volver con él, no en la vida real, porque lo que quería era una máquina del tiempo. Vivir de nuevo la mejor etapa de la relación, cuando me sentía querida y deseada y pensaba que así serían el resto de mis días. Pero había llegado el momento de dejarlo atrás, esta vez en serio, porque yo no estaba hecha de letras en una novela de ciencia ficción y esa época no volvería jamás.



Cuando entramos en la oficina, todavía era visible el rastro de las lágrimas en mi cara hinchada, pero podía pasar por una alergia o un resfriado leve.

El remate de la jornada fue toparme con Lucas, cuando iba con mucha prisa a recibir a los últimos *testers* de la tableta *dorayaki*.

—¿Estás bien? —Se agachó un poco para mirarme de frente.

Estaba muy cerca y se me olvidó que estaba enfadada por cómo me había hablado en la reunión. Olisqueé el aire a su alrededor. Tenía esta peligrosa costumbre desde niña: cuando alguien pasaba a mi lado aspiraba la breve corriente que dejaba a su paso (y más de un disgusto me había llevado). También lo hacía cuando se me acercaban mucho. Roberto siempre olía a madera recién talada, era como vivir junto a un aserradero. Hice un esfuerzo por hacer desaparecer su recuerdo y me concentré en Lucas, que seguía con los ojos clavados en mí. Él no llevaba ningún perfume o si se había echado un *flis* a primera hora ya no era perceptible. Me

imaginé pegando la nariz a su cuello e inspirando sin ninguna discreción e inmediatamente noté que las mejillas me ardían.

—Alergia —murmuré. Con las palabras recuperé el sentido y recordé que estaba molesta con él y con motivo. Di un paso atrás y él pareció aterrizar también en la realidad. Carraspeó y se apartó como si de repente se diera cuenta de que estábamos en medio del pasillo en la oficina.

—Tienes una prueba ahora, ¿verdad?

Afirmé con un gesto de la cabeza.

—¿Podrás hacerla?

—Claro. —Me erguí altiva—. El lunes tendrás el informe.

Reconozco que las palabras «lunes» e «informe» salieron de mi boca con un retintín que no fue intencionado. Lejos de responder con un tono similar, agradecí que empezara a balbucear con un deje de disculpa.

—Tengo que irme —lo corté tratando de ser más afable.

Las pruebas se realizaban en la planta baja. Por suerte lo había dejado todo en su sitio antes de salir a comer, porque cuando llegué me esperaban mis doce *testers* acompañados por cuatro becarios. Me costaba aprenderme sus nombres; siempre eran más o menos nuevos y, al margen de algunas reuniones y testeos, teníamos poco contacto. Estaba casi segura de que el chico se llamaba Álex o puede que fuera Toni... Tal vez Toni era el del mes anterior. Las tres chicas eran Marta, Clara y Leidy, pero no tenía ni idea de qué nombre correspondía a qué chica.

Miré la hora: aunque solo pasaban cinco minutos, no era un buen comienzo y necesitaba a los *testers* de buen humor.

—Disculpen por la espera —dije alzando la voz—, después de salvar a la Tierra de un meteorito tipo apocalipsis, voy y me encuentro con una parturienta en el ascensor. ¡Buf! —Lo redondeé con un gesto algo histriónico. Hasta los becarios se rieron—. Ha sido niña —rematé con mi mejor sonrisa.

—Supongo que le pondrán tu nombre —soltó un abuelo. Nunca venía mal un colaborador espontáneo.

—Por supuesto, ahora hay una Astrid más en el mundo. Vamos, por aquí.

Los invité a seguirme con un cabeceo y los dirigí hasta las taquillas para que dejaran bolsos, chaquetas y cualquier dispositivo móvil. Un hombre de unos treinta y pico estaba poniéndole pegas al becario con un montón de explicaciones que cambiaban a cada minuto. «El típico *youtuber* que se cree que puede grabar las pruebas», pensé. Le di una versión diplomática de «o guardas tus cosas o te largas» y accedí.

Entramos en la sala. En una mesa larga habíamos dispuesto servilletas y platos de papel, toallitas para que se pudieran limpiar los dedos de chocolate, un vaso y varias jarras con agua y diferentes tipos de leche. La mesa estaba rodeada de otras mesas individuales en las que hacíamos algunas de las preguntas en privado para que no se dejaran llevar por la presión del grupo.

Di la charla inicial sobre protección de datos, seguridad alimentaria y demás y les pasé el formulario para que lo firmaran, aunque en teoría, antes de citarlos, les habían cantado la perorata con las condiciones.

Las pruebas empezaron con normalidad. En las últimas semanas, doscientas personas habían respondido con entusiasmo ante las tabletas de chocolate rellenas de *dorayaki*. A la mayoría los pillaba por sorpresa el interior de *anko*, con la textura propia de las alubias, con un lejano regusto a legumbre, pero en dulce. Otros ya conocían el típico pastelito japonés desde que Doraemon lo devorase con fruición en las teles del mundo entero y encontraban placer en el reconocimiento,

además de en el sabor. Por supuesto les dábamos a probar varias chocolatinas rellenas para que las opiniones fueran lo más imparciales posible. Luego les pasábamos un cuestionario y les hacíamos varias preguntas, tanto individuales como en grupo.

No tenía mucho secreto, se trataba de seguir un protocolo que venía de la central de Nueva York, con algunas adaptaciones para el público local. Era la parte más dinámica del trabajo y me gustaba ver cómo pasaban de la extrañeza ante un sabor exótico a las ganas de probar un poco más.

Todo iba bien hasta que Marta, Clara o Leidy se acercó a mí alarmada.

—Le está dando un ataque —bramó.

Me llevó junto al *youtuber* que se había resistido a guardar sus cosas en la taquilla. Sin duda estaba sufriendo una reacción alérgica. Una de sus mejillas había doblado su volumen y la mitad del labio superior era una ampolla gigantesca. El hombre gemía desesperado y el pánico se desató por la sala como una enfermedad contagiosa.

Procuré tranquilizarlo ignorando al resto, mientras llamaba a emergencias.

—No se preocupe, enseguida estará mejor. La ambulancia llega en un minuto —le dije—. Está muy hinchado, ¿qué hago? —comenté por lo bajo con la doctora que se había puesto al teléfono—. ¿Lleva una jeringa de adrenalina? —le pregunté por indicación de la doctora. Entre toses que no sonaban nada bien asintió enérgico y señaló la puerta. Entendí enseguida que se refería a la taquilla y al mismo tiempo empecé a sospechar acerca de lo ocurrido. Me tendió la llave y salí corriendo.

—Esa señora dice que se encuentra mal —me paró Álex, o puede que Toni.

—Y ese chico cree que le está saliendo un sarpullido —farfulló con urgencia otra de las chicas.

—Llevadlos a todos a la sala de espera —mascullé al borde del pánico mientras corría hacia la taquilla número 17. Volví a toda prisa con el contenido, vacié la mochila en el suelo y allí estaba la inyección. El hombre me la quitó de las manos y se pinchó en la pierna con un alivio evidente. Al cabo de unos segundos dejó de toser.

—¡Se os va a caer el pelo! —me gritó cuando la ambulancia se lo llevaba.

XIII. LUCAS

—Pensé que era un *youtuber* que quería grabar las pruebas —se justificó Astrid—. ¡Qué trastornado se envenena para sacar una indemnización?

—Pues nos tiene pillados por las pelotas —ladró Álvaro—. Dice que nadie le ha dicho que siendo alérgico a los cacahuets no podía participar en el estudio y que no le hemos dado tiempo a leer lo que tenía que firmar.

Ella gruñó llevándose las manos a las sienes.

—Se lo dijeron al citarlo: si tiene alergias no puede participar. Todo eso se graba, ¿no? Se puede comprobar —resaltó con un movimiento enérgico de los brazos—. También lo he dicho yo antes que nada y he preguntado si alguien tenía alergias. Siempre nos aseguramos. ¡Siempre! Y no ha dicho nada. —El volumen de su voz y la velocidad de su discurso estaban llegando a niveles de insubordinación, pero veía en la inclinación de su cuerpo que no iba a frenar—. ¡Es un estafador! ¿No lo ves?

Estaba seguro de que Álvaro gritaría todavía más en el siguiente *round*, así que intervine:

—Espera, volvamos a repasarlo todo —los interrumpí, colocándome entre los dos. Me había mantenido callado, a excepción de algunas preguntas y traté de que mi voz reflejara calma, a pesar de que era cierto que nos tenía pillados. Los invité a sentarse en los butacones del despacho y yo me quedé de pie frente a ellos—. Recoges al grupo en la recepción —dije mirando las notas que había tomado—, les muestras dónde deben dejar sus pertenencias y les explicas que durante la prueba no deben tener ningún teléfono ni otros aparatos electrónicos.

Astrid asintió.

—Ramón Salcedo se resiste —continué—. Primero dice que necesita la mochila porque lleva un jersey por si acaso hace frío durante las pruebas. También que espera la llamada de un posible trabajo y luego añade que tiene una tía enferma. Le explicas que son las normas, pero que el jersey puede llevarlo puesto y que tú puedes guardar su teléfono y si suena puede salir a atender la llamada.

—Así es —confirmó más calmada.

Álvaro también había relajado la postura.

—Según Lorena, Ramón Salcedo pide permiso para ir al servicio poco antes de la reacción alérgica. Ella le da indicaciones y sale al cabo de un rato.

—¿Lorena?

—La becaria.

Pareció confundida un momento, pero luego hizo un ademán para que siguiera con el relato.

—Justo entonces empieza a tener los primeros síntomas. Lorena te avisa y llamas a una ambulancia. Él confirma que tiene una jeringa de adrenalina, la traes, se la das y él mismo se la inyecta. ¿Ha sido así?

—Pareces un detective de la tele, macho. —Álvaro dio un bufido amargo y se frotó la cara con las dos manos.

—Totalmente —lo secundó Astrid.

—Pues voy a ir al hospital a hablar con el timador ese —concluí.

—No —saltó Álvaro—, de esto se ocuparán los abogados. Le pagarán lo que le tengan que pagar para que se calle y se acabó. Los americanos no quieren escándalos de estos, ya lo sabes.

—Si nos hubiéramos liado a tiros, ningún problema, pero a un mangante cualquiera se le pone la alfombra roja —replicó Astrid.

—Solo hablaremos. Te prometo que no cerraré nada sin decírtelo.

Álvaro chasqueó la lengua en respuesta.

—Venga, hombre, estoy seguro de que no es la primera vez que lo hace. Lo tenía todo preparado. Lo único que ha alterado sus planes ha sido tener que dejarlo todo en una taquilla fuera de la sala, con lo que no tenía la adrenalina a mano. Ha ido al baño a comerse unos cuantos cacahuets para agravar la alergia y se la ha jugado con la jeringa. He hablado con tres de los *testers* y han confirmado la versión de Astrid. Estoy seguro de que con eso y las grabaciones podría disuadirlo.

—Sí, claro. Y le sacas hasta una disculpa —se burló Álvaro—. Mira, ve si quieres. Inténtalo, por qué no. Pero si sale mal y los de arriba preguntan qué ha pasado, lo negaremos hasta la muerte. ¿Estamos?

Astrid y yo asentimos.

Conseguí que me dejaran pasar diciendo que era su hermano. Por suerte no me pidieron ninguna documentación, aunque me había preparado mentalmente para decir que con el susto me había olvidado la cartera. Hasta pensé que si me pellizcaba muy fuerte podía conseguir cierto brillo en los ojos.

No tenía ni idea de por qué me había lanzado a una cruzada que en realidad tenían que arreglar los abogados de la empresa. Lo más probable es que no hubiera consecuencias más allá de un tirón de orejas en el peor de los casos. Pero ahí estaba, lleno de energía, caminando con la barbilla en alto por el pasillo del hospital. Encendí la grabadora del móvil, por si acaso, y me acerqué a Ramón Salcedo, que trasteaba con el teléfono recostado en una camilla. No lo había visto durante la reacción alérgica, pero su aspecto parecía normal.

—Buenas tardes, ¿cómo se encuentra?

—Mejor. —Arrugó la nariz al mirarme y aparcó el móvil a un lado. Me alegró comprobar que no pensaba tomar las mismas precauciones que yo—. Supongo que viene a ofrecerme algo, ¿no?

—Pues sí. Vengo a ofrecerle que firme este documento de exención de responsabilidad.

Me arrancó el papel de los dedos, lo leyó por encima y escupió una risotada incrédula.

—¿Qué coño es esto? No pienso firmarlo. Os voy a denunciar porque por vuestra culpa casi me muero —dijo con más tranquilidad de la esperable en «alguien que casi había muerto».

—Sabemos que no es la primera vez que lo hace. ¿Así es como se saca un extra? ¿Jugándose el cuello? —Me salió una voz distante, como de espía de James Bond, aunque el tipo ese me repugnaba—. En fin, lo que creo que no entiende, señor Salcedo, es que quien tiene aquí la sartén por el mango somos nosotros. Usted no tiene los recursos necesarios, como es evidente por su forma de ganarse la vida, así que déjelo estar ahora y no habrá consecuencias.

—¡Ja! —se rio y a continuación mudó la expresión de una forma sorprendente—. Lo único que quería era la tarjeta de 20€ para comprarle un regalo a mi hijo por su cumpleaños —dijo con un lloriqueo en la voz—. Su madre está enferma y será el último que pasen juntos. —Se tapó la cara con las manos y la descubrió con una sonrisa de chalado—. De aquí me voy a Twitter, a grabar un vídeo para YouTube y a cualquier periódico online a contar mi experiencia cercana a la muerte provocada por una gran corporación y verás si tengo recursos.

—Tiene hasta mañana para firmar.

Dejé el documento de exención sobre la cama y di media vuelta sin ninguna esperanza. Antes de cruzar la cortina del box oí cómo lo arrugaba y noté que la bola de papel me daba en la

espalda.

—Cuando vuelvas, trae un buen cheque.

Sí, había hecho el imbécil. Era evidente que ese personaje no se asustaba con facilidad y no iba a ceder ante amenazas de ser descubierto. Para una vez que la gran corporación no era la culpable, sino la víctima, y tendríamos que comernos el marrón.

Volví cabizbajo a la oficina. Avergonzado, en realidad. Hacía dos horas estaba seguro de que cedería. Estaba listo para recibir elogios y agradecimientos. Me veía diciendo cosas como «no ha sido nada» o «enseguida ha visto que no nos podría sacar un céntimo» y Astrid volvería a mirarme sin asperezas.

Volví a dar vueltas sobre lo que me tenía ofuscado desde la reunión del lunes. ¿Qué culpa tenía yo de que antes de mi llegada los informes fueran deficientes y las reuniones de equipo a medio gas? No se trataba de que quisiera hacer las cosas a mi manera porque sí. Y lo que pedía tampoco era para tanto: algunos datos más, estadísticas, impresiones. Lo mismo que funcionaba bien en Romero Vargas y había hecho crecer la empresa exponencialmente en la última década. No me adjudicaba el mérito, porque era un sistema que me había encontrado en funcionamiento, aunque sí implementé algunas mejoras que el señor Romero había aplaudido con entusiasmo, incluso cuando ya no salía con Eli.

—Nada, ¿no? —me recibió Álvaro.

Astrid entró a media explicación y vi como sus esperanzas se esfumaban en cuanto me miró.

—No te preocupes —le dijo Álvaro—. Legal está en ello. Tienen las grabaciones y los papeles que ha firmado ese Salcedo y lo incluirán en el informe. Aun así, intenta mantener un perfil bajo los próximos meses.

—Si yo lo he hecho todo bien —se lamentó en respuesta—. Le podría haber tocado a cualquiera.

—Pero te ha tocado a ti y es lo que hay. —Se acercó a ella, le puso la mano en el hombro y agachó un poco la cabeza. El gesto se me hizo raro, demasiado íntimo. No pensé que se tuvieran aquella familiaridad. Sabía que estaba muy interesado en Macarena, la de Contabilidad, pero no me había dicho nada de Astrid—. Te lo digo en confianza, ¿entiendes? A otro lo habría mandado a casa con un «ha sido mala suerte. Lo arreglaremos. Vete tranquilo» y ya está. Pero este año podrían rodar cabezas y tenemos que ser invisibles, a no ser que sea por algo bueno. Y con bueno, quiero decir que dé mucha pasta. Rezad —y nos señaló a ambos— para que las tabletas *dorayaki* sean un exitazo —concluyó.

XIV. ASTRID

Así que eran ciertos los rumores y el incidente con ese loco me había puesto en la picota. No pude fijarme en la reacción de Lucas cuando Álvaro pronunció las palabras «rodar cabezas», pero cuando nuestras miradas se cruzaron pocos segundos después parecía desconcertado. Por tanto, los rumores solo eran medio ciertos porque Luc no tenía ni idea.

Eran más de las ocho. Nos habíamos quedado solos en la oficina. Era extraño ver todas las mesas vacías y que la única iluminación proviniera de las luces de emergencia. Aunque la imagen pudiera ser idéntica a la de una mañana cualquiera a primera hora, tenía un tinte como de peli de terror impensable durante el día.

—¿Sabes cómo irá Maca hasta el hotel? —preguntó Álvaro—. Tengo hueco en el coche.

Me costó entender de qué me hablaba. El fin de semana de *team building* se había quedado en un rincón aislado de mi mente y hasta que no me lo aclaró no recuperé la información:

—No sé, se lo diré —fue todo lo que pude articular en una especie de susurro atónito por el drástico cambio de tema y de tono general de la conversación. Hacía un minuto recibía advertencias de posible despido y en un parpadeo me hablaba de cómo iba a ir Maca hasta el hotel. Me enfadé de repente y le solté: —O pregúntaselo tú, que estoy harta de hacer de mensajera.

Vi que Lucas se tapaba la boca para soterrar una sonrisa que se cortó cuando Álvaro le soltó un manotazo en el hombro antes de marcharse.

—Bueno, ya le preguntaré —dijo tan pancho.

—Tienes que dejar de hacer eso —se quejó Lucas.

Álvaro se rio como diciendo «qué cosas tienes» y se alejó por el pasillo.

—Tiene que dejar de hacerlo, ¿verdad?

—Verdad. Creo que a Sven, de Mantenimiento, le dislocó el hombro una vez. —El silencio cayó entre nosotros y no sé por qué, me dio corte mirarlo a la cara.

—Bueno, eh, deberíamos irnos. —Me tranquilizó ver que él también estaba incómodo.

—Sí —contesté aún con la vista fija en el horizonte de mesas vacías—. Tengo que ir a por el bolso.

—Ah, claro. —Me dio un repaso rápido como para comprobar que, efectivamente, no llevaba nada—. Nos vemos mañana entonces.

Lo dejé esperando el ascensor y aceleré el paso con disimulo hasta llegar a mi mesa. Recogí el jersey y agarré el bolso como si hubiera sonado una alarma de incendios. Se me cayó y tuve que buscar a tientas lo que se había rodado por el suelo. Volví a toda prisa y cuando me acercaba a la salida recuperé un andar pausado y elegante, a pesar de que me faltaba el aliento. Ahí seguía Luc, Lucas, esperando. Sonreí para mí con alivio. No es que tuviera ningún interés especial en estar un rato más con él, pero no le había dado las gracias por tratar de salvarme el culo y en casa me educaron para ser agradecida.

—Muchas gracias —dije y respiré hondo. Él me miró confuso—. Por ir al hospital y eso.

—No ha dado muy buen resultado —respondió con una mueca.

—Lo has intentado.

El mensaje de Roberto se abrió paso entre mis recuerdos como un yunque de dibujos

animados y me di cuenta de que hacía solo unas horas estaba destrozada por un hombre que ahora me era ajeno, casi repulsivo. Todavía tenía los ojos irritados, incluso algo hinchados. Y, sin embargo, me dio la sensación de que había sido algo de otra vida, de otra Astrid que no tenía nada que ver conmigo.

El ding del ascensor nos sobresaltó a ambos. Nos sonreímos y los dos nos acercamos al cuadro de mandos para pulsar el botón de la planta baja. Al roce casual y apenas perceptible de las manos lo siguió otra risilla tonta.

—Dudo que te despidan —comentó en el quinto piso—. Álvaro es muy bruto diciendo las cosas.

—No es un hombre de matices, eso es obvio. ¿Qué tal tu hombro?

—Pues a punto para alegar una enfermedad profesional. —Se sacudió y negó con un resoplido—. ¿Tú también irás en el coche con Macarena y Álvaro?

—En realidad a mí no me ha invitado. ¿Tú irás con él?

—Lo daba por descontado, pero ahora que lo dices, tampoco me lo ha ofrecido.

—Pues habrá que ir en tren, como el resto de mortales.

—La empresa pone dos autocares.

Me imaginé pasando más tiempo del deseable con Juanjo y arrugué la nariz. Antes iría andando.

—¿Coges el metro?

—Sí. ¿Y tú?

Él asintió.

Imaginé en su mirada cálida cierto agrado ante la idea de compartir el trayecto conmigo. Iba a corresponder con una sonrisa cuando un pitido nos frenó.

—¿Identificación? —preguntó el de seguridad. Era del turno de noche y no lo conocía. Rebusqué en el bolso y me di cuenta de que, con las prisas por recoger, el monedero se habría quedado por ahí escondido.

—Subo a buscarla en un momento —concluí con resignación—. Ve tirando, nos vemos mañana —le dije a Luc.

—No, tranquila. Te espero.

—Es tarde.

Consultó la hora y se lo pensó un momento: —Tal vez sí que debería ir tirando. Mi abuelo estará preocupado.

El ascensor no se había movido, así que enseguida estaba en la séptima otra vez. Corrí hasta mi mesa, me agaché para mirar debajo; ahí estaba, se había colado entre los cables del ordenador.

Estaba acalorada cuando pulsé frenética el botón del cierre de puertas. Me toqué las mejillas con el dorso de la mano y las noté calientes. Comprobé con la cámara del teléfono que parecía que hubiera corrido una maratón.

¿A qué venía tanta prisa?, me pregunté mientras me alisaba la camisa y me deshacía de una capa de polvo inexistente en hombros y mangas. ¿De dónde salían esas ganas de estar con él? Sentía una extraña proximidad, a pesar de que no tenía sentido; apenas nos conocíamos y para él yo solo era la chica del probador.

Quería volver a conocer a mi amigo, supongo que eso era todo. El problema era que hasta ese momento había dominado una ambivalencia constante en su actitud: un día hacía cosas raras como lo de darme un susto, al otro se mostraba distante y malhumorado, luego arriesgaba su puesto para salvar el mío. Sin duda eso último había jugado un papel fundamental en mi interés por él que, recalco, era completamente inocente. Nadie había fantaseado con besos interminables

de los que se tragan el mundo entero.

Me decepcionó ver que no me había esperado. Sí, sabía que habíamos quedado así, pero fue un bajón de todas formas.

No me llamó la atención el traqueteo de las maletas, propio del centro de la ciudad; sí en cambio unos gritos. Al otro lado de la calle había dos borrachos iniciando una pelea. Eché otro vistazo y comprendí que al menos uno de los dos no era un borracho: era Lucas. El otro también parecía estar en sus cabales, excepto porque sacudía a mi amigo de la infancia por la solapa de la americana. Me acordé del día en el que Chema Portas le rompió un diente en el patio y yo no llegué a tiempo para defenderlo.

Visto fríamente, no era el tipo de persona a la que uno quería enfrentarse: le sacaba un palmo a Lucas en cualquier dirección, pero por cómo iba vestido no me habría sorprendido que se llamara Borja. Como poco era una mezcla peculiar.

Aunque me quedé paralizada por la sorpresa durante un segundo, enseguida crucé la calle dispuesta a darle un mamporrazo con el bolso. Entre la botella de agua y el monedero lleno de calderilla, podía ser un arma bastante contundente.

Lucas lo empujó para quitárselo de encima justo cuando yo me acercaba decidida a arrearle.

—¡Déjanos en paz! —le gritó Lucas—. Como vuelva a verte, estás muerto.

El otro se fue sin decir nada, pero lo señaló con el dedo, con una especie de advertencia en la mirada que decía a las claras que sus amenazas no significaban nada.

Tenía el cuello rojo y la camisa arrugada y medio abierta. Había perdido dos botones y asomaba un poco de vello castaño. No me miró al principio, solo respiraba agitado sin perder al tarado ese de vista. Yo repartía mi atención entre los dos, echándole un vistazo a Luc y otro a Borjadzilla, que fue como lo bauticé unos minutos después.

Con cautela posé la mano sobre su hombro. Clavó los ojos en mí con un sobresalto, pero poco a poco se desinfló hasta que hizo una respiración profunda.

—¿Quién era ese? —le pregunté cuando me pareció que se calmaba.

Se sentó en un escalón frente a una tienda de ropa. Relajó la cabeza entre los hombros y murmuró:

—No sé, un loco.

—Parecía que os conocíais.

No respondió y yo tampoco formulé ninguna de las miles de preguntas que se agolpaban en mi cerebro. ¿Tenía problemas? Era obvio que sí. ¿Debía dinero? ¿Se drogaba? ¿Era ese el aspecto que tenía un matón de la zona alta?

Mensaje de voz para Maca, 20:37:

«Tía. Flipa. Ha pasado algo... Bueno, es que me he quedado loca. Lucas se ha peleado en la calle con un pijazo de dos metros. Flipas, ¿no? Y lo más raro... Bueno, espera, que estoy llegando. Ahora te cuento.»

—Será posible —me recibió Maca en la puerta—. ¡Para enviarme eso no envíes nada! Espérate a estar en casa, por Dios Santo. —Sin darme tiempo a replicar, siguió de corrido—: Pero ¿qué ha pasado? ¿Está bien? ¿Intentaban atracarlo o qué? ¡Ah! Y cómo ha ido lo del *tester*, que me tienes desinformada.

Cerré la puerta del piso y colgué el bolso en el perchero.

—Cállate y te cuento. —Tuve que alzar la voz para hacerme oír entre su interminable verborrea.

Fuimos a mi cuarto mientras le explicaba cómo se había ofrecido a ir al hospital para que la denuncia no llegara a oídos de los jefazos. Ella no hacía más que apremiarme mientras me ponía el chándal.

—Ojalá hubiera un dispositivo que traspasara toda la información que tienes en la cabezota en medio segundo.

—Lo hay, es mi boquita hablando, así que chitón.

Me tiré en la cama y seguí.

—Qué majo ha sido Lucas —concluyó Maca con un fastidioso deje de insinuación en su tono.

—No es un jefe tan horrible como pensaba.

—Jefe... Sí, a eso me refería. —Se rio como una loca y tuve que incorporarme para atizarle una colleja—. ¡Ay! —se quejó—. ¿Pero cuál es el problema? Yo creo que le gustas. Lo del probador lo dejó tocado y hablo en serio. —No resultaba muy convincente cuando aún se le escapaba la risa.

—Pero si apenas hemos hablado —dije de camino a la cocina—. Casi todo son conversaciones de ascensor, literalmente, además.

—Bueno, da igual. Continúa. Te has dado cuenta de que habías perdido el monedero y...

Le di un táper con brócoli y arroz y busqué unos restos de estofado que me había llevado de casa de mis padres el domingo.

—He subido a buscarlo, he salido corriendo...

—¿Por qué corriendo? —Ahí estaba otra vez el tonito y la risa—. Esperabas pillarlo, ¿a que sí?

—Calla, que nunca llegaremos a la pelea.

—Ay, sí, sí, la pelea. —Hizo un gesto de cremallera y distribuyó el brócoli en dos platos.

—Nada más poner un pie en la calle, he oído unos gritos. Primero he pensado que eran unos guiris borrachos, pero cuando me he dado la vuelta, ahí estaban Lucas y el Borjadzilla ese. —Saqué el estofado del microondas y lo repartí—. Lo más raro es que parecía que se conocían.

—¿Pero has oído algo? —Maca cogió los platos y yo vasos y cubiertos y fuimos al salón.

—Solo a Luc. «Déjanos en paz o te mato», le ha dicho. «Déjanos en paz» —repetí poniendo énfasis en el plural. Di un bocado y me tapé la boca para seguir hablando—. Pero cuando le he preguntado —tragué—, me ha dicho que no sabía quién era.

—Miente, está claro. ¿A quiénes se referiría? Acaba de llegar. ¿Tendrá novia?

Me encogí de hombros.

—Cuando Borjadzilla se ha ido, estaba temblando, no iba a acosarlo con más preguntas. Por un segundo hasta he pensado que iba a vomitar o a echarse a llorar. Tenía los ojos brillantes y eso. Fatal.

—Vaya situación. Aunque tampoco ha sido una pelea, pelea, ¿no? Un par de empujones y ya.

—No en plan peliculero, con puñetazos y sangre, pero ha sido chungo. Es que no has visto a ese tío. —Solté el tenedor para abarcar todo el espacio que daban de sí mis brazos—. Daba miedo. Los dos daban miedo, en realidad, con esa cara de rabia.

—¿Y después no te ha dicho nada más?

—Qué va. Se ha arreglado un poco la camisa y ha dicho: «Vamos». Aparte de eso y un «hasta mañana» súper mustio al bajarse, nada de nada. El trayecto ha sido bastante incómodo.

Discutimos los posibles motivos hasta medianoche, aunque por supuesto no llegamos a ninguna conclusión. Nos faltaban datos. Nos dejamos llevar pensando en varios planes para obtener información sin interrogar a Luc: desde clonar su teléfono (para lo que nos tragamos dos

tutoriales de YouTube) a seguirlo por turnos durante varios días.

XV. LUCAS

Dormí a saltos. Los pocos ratos en los que conseguía conciliar el sueño, se repetía la escena una y otra vez. Y en cuanto me despertaba veía la cara de Astrid, con la preocupación reflejada en la mirada. El contacto de su mano en mi hombro me había devuelto al presente, pero en este viaje de retorno a la realidad también entendí que no me iba a quitar de encima jamás al ex de Eli.

En mitad de la noche, la llamé. Tenía que decirle que estaba harto; harto de ser comprensivo con ella y con el muerto que me había colgado, de que me hubiera abandonado a mi suerte sin ningún remordimiento, de ser el pringado, el bueno, el tonto. «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento» fue la respuesta que obtuve.

A las seis de la mañana me había desvelado del todo. Leí por millonésima vez la denuncia de la noche anterior, que se sumaba a las otras dos que había interpuesto en Zaragoza, una antes de marcharme yo y la otra antes de arrastrar a mi abuelo hasta Barcelona. Al principio confiaba en que Romero lo solucionaría a base de contactos o que, como él afirmaba, el chico pronto se cansaría. Pero ni la justicia ni Romero hacían su trabajo.

Encendí el ordenador y busqué mi nombre en internet. Enseguida supe cómo me había encontrado. M&D tenía un blog donde publicaban novedades y artículos relacionados con lo bueno que era consumir cualquiera de sus productos y ahí estaba mi nombre, en un *post* en el que daban la bienvenida a las nuevas incorporaciones.

—¿Te dije o no te dije que mi nombre no podía aparecer en ningún sitio que fuera *googleable*?

—¿Qué pasa? —respondió Álvaro ronco—. ¿Estás bien?

—Más o menos.

—¿Y tu abuelo?

—Sí.

—Entonces cuelgo —rezongó entre dos enormes bostezos—. Uno solo llama a estas horas cuando ha pasado algo horrible.

—¿Que te encuentre tu acosador es lo bastante malo?

—¿En serio?

—Sí.

—¿Está en tu casa? ¿Has llamado a la policía? Voy para allá y le partimos la crisma. —Se notaba que, aunque se acabara de despertar, se había llenado de adrenalina con la última afirmación.

—No, no está aquí —lo calmé—. Se me echó encima ayer por la tarde al salir de la oficina.

—Pero, ¿cómo es posible? Si llevas aquí tres semanas.

—Pues el listillo del blog me ha citado en «Las bienvenidas del mes».

—Hostia, ¿qué dices?

—Fue patético. Y encima Astrid nos vio. Ahora tendré que contarle toda la historia y no me apetece. Joder, pensaba que lo había dejado atrás, que ya estaba.

—Te aseguro que el becario de Recursos Humanos se arrepentirá de haber publicado tu nombre.

—Álvaro, no quiero irme.

—No te preocupes. Tú no te vas a ninguna parte. Hablaré con los de legal a ver qué más se puede hacer. Deja que me encargue.

Permití que se embarcara en uno de sus discursos acerca de cómo debería ser el mundo mientras a mí me entraba el sueño. ¿Y qué pasó nada más cerrar los ojos? Que sonó el despertador, por supuesto.

No me propuse evitar a Astrid durante el día, pero ocurrió así. Era raro porque quería hablar con ella, avanzar, en cierto sentido, pero también me daba pereza explicarle lo sucedido el día anterior, así que sencillamente dejé que pasaran el viernes y luego el lunes y el martes y antes de que me diera cuenta llevábamos casi dos semanas sin más que saludos y sonrisas de compromiso.

El ex de Eli no había aparecido de nuevo, cosa que me tranquilizaba y me mantenía en tensión al mismo tiempo. Tal vez le había quedado claro de una vez que no sabía dónde estaba ni tenía ninguna relación con ella o quizás sabía que pendían sobre su cabeza tres denuncias. No era verosímil que hubiera entrado en razón, pero no tenía más explicaciones.

—¿Qué te pasa, niño? —dijo Marciano en cuanto me tiré en el sofá.

Mi abuelo y su grupito de amigos octogenarios jugaban sus partidas de butifarra en casa semana sí semana no. Me alegraba que yo no fuera todo su mundo y me caían bien, así que de vez en cuando era genial tener el piso abarrotado de exclamaciones de victoria y acusaciones de hacer trampa. Lo que no me entusiasmaba tanto, era lo que les gustaba a esa panda de cotillas solucionarme la vida.

—Es la chica, que no le habla —contestó mi abuelo antes de tirar.

—¿Está enfermo? —preguntó Ventura, que no andaba fino del oído.

—Tienes que cambiarle las pilas, Ventu —le gritó Marciano señalando el audífono.

—¿Hemos venido a jugar o a tomar el té? —renegó Isidoro, con esa voz ronca de haber fumado durante cuarenta años. Al dejarlo, se enganchó al regaliz y desde entonces siempre andaba con una rama en la comisura izquierda de la boca.

—Claro que me habla. No hemos discutido ni nada. Solo que está todo raro desde el día de las pruebas. —No le había contado a mi abuelo lo del ex de Eli y para justificar el estado de nervios en el que llegué a casa aquel día, había exagerado un poco todo el asunto del *tester*. La versión oficial era que se trataba de un tipo violento que nos había amenazado con un machete, aunque afortunadamente ya estaba detenido y en tratamiento psiquiátrico.

—Hay tensión con la muchacha —vociferó Marciano en dirección a Ventura.

—Hijo, hazme caso —intervino mi abuelo—. Tienes que hablar con ella o pronto no habrá vuelta atrás.

—Es que nunca la veo a solas. Siempre está con su amiga de Contabilidad y el resto del tiempo nos vemos en reuniones.

—A ver, chaval —se metió Isidoro. Dejó las cartas sobre la mesa, imitando al resto—, ¿tú qué quieres? Sé sincero.

—Que seamos amigos otra vez.

—¡Ja! Amigos, dice. No, lo que quieres lo sabemos todos, tú también.

Hasta Ventura asintió. Estuve a punto de marcharme ofendido, pero sentía que estaba en la cuerda floja en mi relación con Astrid y no tenía ni idea de cómo arreglarla. Hacía días que estaba dispuesto a contarle todo lo de Eli y su ex y el por qué volví a Barcelona, pero era como si el hueco para esa conversación se hubiera cerrado, junto con cualquier posibilidad de acercarme

a ella.

—Está enamorado —dijo Ventura con voz temblorosa.

—No estoy enamorado. La echo de menos.

—No os habéis visto en veinte años, pero vale. A mí me da igual, llámalo como quieras. El caso es quieres verla fuera del trabajo, ¿sí o no?

—Bueno, no sé...

—Sí —confirmó mi abuelo sin darme tiempo a acabar la frase y como en el fondo estaba de acuerdo no lo contradije.

—Pues tienes que ser sincero. Pídele salir.

—Que no están en el instituto, Marc. Aquí hace falta estrategia, señores. Esa es la clave. Haznos un plano de la oficina —me ordenó—. Tenemos que ver cómo y cuando pillarla a solas. —Isidoro estaba sacando a relucir su pasado militar y cuando mi abuelo sugirió que simplemente la hiciera llamar a mi oficina, que era privada, sacudió la mano descartándolo—. Obviedades que no los llevaran al huerto, Justo. —Cogió la rama de regaliz como si fuera un puro y me apremió —: Venga, que somos viejos, no tenemos todo el día.

Las siguientes dos horas fueron un batiburrillo de consejos cada vez más imaginativos y discusiones sobre mi capacidad para elaborar un plano en condiciones. Cuando me fui a la cama todavía me retumbaban las frases más repetidas: «date prisa» y «esto se nos ha *desmadrao*».

XVI. ASTRID

Me extrañó que el sol no estuviera hecho de pintura amarilla en la esquina de una hoja, aunque lo visualizaba con claridad frente a mí, con sus rayitas dispuestas como una corona de luz. No, ese día era una bola de fuego amenazante. Incluso acerqué las manos, incrédula, y me quemé. Comprobé también que no me cabía entre los dedos. «El sol es inabarcable, tonta», me dijo mi tía Dunia. «Ni siquiera lo podemos mirar fijamente», me quejé. Cuando me volví ya no estaba. Pero convivían ambas ideas, un sol ficticio hecho de pigmento y un sol llameante al que no debía acercarme.

Aquella había sido la tónica habitual de todos los sueños de las últimas semanas, donde todo era y no era.

La escena seguía en casa de mis padres, navegando por el espacio. No es que su piso flotara en medio de la nada, sino que era al mismo tiempo una nave y el lugar en el que había crecido. Si miraba por la ventana distinguía una oscuridad tintada de millones de destellos, pero *sabía* que era el mismo interior de manzana que se veía desde mi cuarto.

Mi tía Dunia llamó a la puerta y mi padre la recibió con un abrazo.

—No me muero, Duni, eres una exagerada.

—Yo no me la juego, hermanito, siempre bebo chocolate caliente —respondía ella. La taza que sujetaba entre las manos estaba rebosante, pero no de cacao, sino de arena. Aun así, se la bebió y le dejó un bigote de chocolate.

En cuanto se apagó la melodía sesentera que había acompañado la imagen de la taza, mi tía corrió hasta el puesto de mandos. Las instrucciones para su manejo estaban junto al sofá, anotadas en una libreta, y requería de complejas operaciones matemáticas que yo era incapaz de realizar.

—Piénsalo, ¿quién llegará antes? Solo tú sabes la respuesta.

Releí el enunciado: dos pastores alemanes cogen un tren a la misma hora. Uno sale de Sídney y circula a una velocidad de 270 Km/h y el otro sale de Vladivostok a 523 Km/h. ¿Quién llega antes a Matadepera?

—Vamos a estrellarnos, Astrid. ¡Rápido!

Quería decir algo, lo que fuera, soltar un número al azar para intentar salvarnos, pero estaba paralizada. Ni siquiera era capaz de gritar fuera de mi cabeza y cuando el piso de mis padres se estrelló, me incorporé de golpe con una inspiración profunda y rápida.

Me destapé, acalorada, aunque hacía días que había guardado la colcha.

El sueño había sido intenso, como todos en los que aparecía mi tía. Mientras dormía fue aterrador y la taquicardia tardó unos segundos en remitir. Cuando recuperé el resuello, se me escapó una sonrisa al recordar el problema de los pastores alemanes. Era una broma que teníamos cuando era pequeña, porque me chocaba la idea de que las palabras «pastor alemán» pudieran describir dos cosas distintas, aunque relacionadas: una raza de perro, que era el significado habitual, y una persona de origen alemán que ejerce ese trabajo. Mi tía me tomaba el pelo con cualquier juego de palabras que se le ocurriera.

Fui al baño y bebí un poco de agua. Todavía eran las seis y no quería despertar a Maca, así que en cuanto me metí de nuevo en la cama grabé todo lo que recordaba del sueño en nuestro

chat de WhatsApp.

De camino al trabajo especulamos acerca del significado sin llegar a ninguna conclusión.

—Puede que sea de los que no predicen nada, así de sencillo —opinó Maca.

—¿Y algo relacionado con el *team building*? Solo faltan dos semanas y vamos a la playa.

—He reservado tres tratamientos de *spa* —sonrió Maca.

—Para todo tu equipo, espero —respondí con fingida severidad—. Ya sabes que esos dos días no puede haber jerarquías.

—Pues claro, pueden venir a regalarme los oídos mientras me dan masajes y me ponen mascarillas de barro.

—Creo que no has entendido el concepto —anoté mientras pasaba el torniquete de acceso al metro—. Ay, tía, tengo unas ganas de bucear que me muero.

—Pero si solo vais a hacer *snorkeling*. Lo has hecho mil veces en la playa.

—Primero, no va a ser en la playa, será mar adentro o en alguna cala o en algún sitio chulísimo. Y segundo, nunca lo he hecho con un equipo profesional. ¡Ah, ya sé! Este finde podríamos hacer un maratón de sirenas—se me ocurrió de repente—: *Ondine*, 1, 2, 3 ¡*Splash!* y, por supuesto, *La Sirenita*.

—Vale —accedió Maca a regañadientes.

—¿Al final irás con Álvaro?

—Claro. Y tú también. Nos vendrán a buscar a las nueve.

—¿Vendrán?

—Álvaro y... Lucas. —Me miró de soslayo y añadió suplicante—: Venga, no me dejes sola con esos dos. Veré todas las pelis de sirenas que te dé la gana. Porfi, porfi, porfi —remató con cara de pena—. Piensa que será una forma de reconciliarte con él.

—¿Reconciliarme? —Una sacudida del tren hizo que sonara más molesta de lo que quería—. Para eso tendría que haber una relación y no la hay.

—Bueno, usted perdone. Pues el sinónimo que te parezca aceptable.

Por toda respuesta recibió unos ojos en blanco.

—En las reuniones ni siquiera me mira cuando hablo. Va a ser súper raro.

—Intentó arreglar lo del *tester* ese. No puede ser que te odie. Igual le da vergüenza que lo vieras llorar en la calle después del encuentro con Borjadzilla.

—Nunca he dicho que me odie y solo tenía los ojos llorosos ese día. Hay que ver cómo tergiversas, tía. —Antes de que pudiera replicar, la interrumpí—. Pero da lo mismo, en realidad. Por el motivo que sea, las cosas están como están. Y ¿sabes qué? Que no me lo merezco. Echo de menos a Lola, era una vaga redomada, pero al menos no me daba estos problemas.

XVII. LUCAS

No quise decírselo a Álvaro, pero estaba nervioso. Todos mis intentos de acercarme a Astrid habían fracasado. Hasta me apetecía contarle lo de Eli y por qué me fui de Zaragoza y en las últimas dos semanas estuve a punto de pillarla a solas ocho veces y en todas y cada una alguien se interpuso. Más de la mitad de las interrupciones estuvieron patrocinadas por Juanjo, al que empezaba a coger una manía considerable.

Había pensado en llamarla a mi despacho y cerrar la puerta, pero cuando estaba a punto de coger el teléfono y marcar su extensión, algo me frenaba. Supongo que no todo era culpa de Juanjo. Trataba de mantener una fachada cordial y agradable en las reuniones, pero me desesperaba ver que se alejaba cada día un poco más.

—Oye, los de legal han conseguido unas grabaciones del día que te atacó el hijo del ministro —me dijo Álvaro de camino a casa de Maca y Astrid—. Me han dicho que se ve claramente cómo te increpa y que llegado el juicio lo podrías usar para que al menos te den una orden de alejamiento.

—Muchas gracias.

—¿No has vuelto a tener ninguna visita sorpresa?

—No. ¿Tú crees que habrá desistido?

Álvaro se encogió de hombros. Cada día se me olvidaba durante más rato que ese individuo existía y la sensación de amenaza se había disipado al pasar las semanas.

En un par de calles llegamos al punto de encuentro y no tuve tiempo para más especulaciones. Mientras estábamos parados en el semáforo anterior las vi: Macarena llevaba un sombrero que no estaba seguro de que cupiera en el coche y Astrid le pegaba manotazos al ala cada vez que le daba en la cara. La escena me hizo más gracia de lo esperado y se me escapó la risa.

—¿Qué pasa? —preguntó Álvaro contagiándose de mi risa.

—Menudo armatoste lleva Macarena en la cabeza.

—Es una pamela, tío.

Lo miré con la risa paralizada.

—¿Pamela? ¿De verdad?

—Que sí —confirmó muy serio al tiempo que arrancaba el coche—. Y deja de llamarla Macarena o se va a cabrear, que este último mes he oído cómo te decía tres veces que la llames Maca.

—Los diminutivos me cuestan. Tendría que haberse presentado como Maca desde el principio.

—Bueno, hazlo y ya —murmuró a toda prisa antes de bajar y saludar a las chicas. Yo también salí y agité la mano en el aire de una forma rara que incomodó al resto. Astrid no me miró o si lo hizo fue un vistazo imperceptible a través de las gafas de sol.

—¿Qué actividad le ha tocado a tu departamento, Maca? —pregunté. Álvaro sonrió y asintió con discreción ante mi esfuerzo por usar el diminutivo.

El fin de semana, aunque en realidad eran viernes y sábado, se había dividido en dos actividades: una por departamento y otra en la que nos mezclaban a todos en grupos creados al azar.

—El catamarán —dijo sin prestar mucha atención—. Voy a acabar con unas agujetas de aquí te espero, aunque al menos cogeré un poco de color.

—La vuestra es la mejor —comentó Álvaro—. Una gincana bajo el agua.

—Siempre he querido probar el *snorkeling* —añadí yo. Esperaba que Astrid lo confirmara y empezar así una conversación más distendida, pero solo dijo: «Está bien».

Me había costado un mes de sueldo cambiarle al departamento de robótica lo que nos había tocado, que era fabricar una balsa para luego hacernos a la mar. De pequeña, Astrid estaba obsesionada con *La Sirenita*. Así que mientras le entregaba el cheque al jefe de robótica a cambio de la actividad y su silencio, estaba convencido de que se mostraría entusiasmada. Incluso me la imaginaba haciendo el tonto bajo el agua, bailando y riéndose. Más aún, hasta me había visualizado a mí mismo participando de alguna manera. Qué vergüenza. Por supuesto, la apatía de su reacción me hizo sentir idiota y lo peor es que tampoco podía culparla de un rollo que me había montado solo.

En cuanto lo pensé un poco, aunque seguía cabreado conmigo mismo, me pareció lógico: ya no tenía siete años, así que era muy probable que la película le pareciera una tontería. Tal vez ni siquiera las canciones le despertaran simpatías o un no sé qué nostálgico. O quién sabe, puede que hubiera buceado un millón de veces a gran profundidad y el *snorkeling* fuera poca cosa para ella, sobre todo —y ahí le daba la razón— si tenía que compartirlo con Juanjo. En resumen, que había hecho una estupidez de campeonato.

Álvaro y Maca charlaron gran parte del viaje ajenos a los nubarrones de mi cabeza y tanto Astrid como yo permanecimos en silencio salvo alguna intervención poco destacable.

El almuerzo de bienvenida era a la una. Llegamos unos minutos tarde, con lo que tuvimos que dejar el equipaje en la recepción del hotel, porque solo nos dio tiempo a registrarnos.

Álvaro se indignó cuando le dijeron que tenía que compartir la habitación.

—Forma parte de la experiencia, señor. Se trata de...

—Tuve que dormir con mis hermanos hasta los 14 años —lo interrumpió él—, así que esa experiencia la puedes tachar de mi lista.

—Déjalo, solo será una noche —le dije, aunque a mí tampoco me hacía especial ilusión dormir con un desconocido.

Entre Maca y yo conseguimos arrastrarlo hasta el salón de fiestas B, que era donde se celebraba la comida y la presentación de los dos días de actividades.

En cuanto Álvaro puso un pie en el salón, se encaramó a una silla y gritó—: A ver, ¡atención! —El murmullo general se apagó de pronto—. ¿Quién tiene la habitación 712? —Se agachó y me miró—: ¿Cuál es tu habitación?

Saqué la tarjeta con el número para comprobarlo y me la arrancó de la mano.

—¿Y la 523?

Raúl, de Cartería, y Xavi, de Compras, se acercaron dudosos. Imaginaban, como todo el mundo por el tono de Álvaro, que les iba a caer la bronca de su vida.

—Toma. —Le entregó su llave a Xavi—. Ahora este es tu compañero de habitación. —Señaló en dirección a Raúl y le pidió su llave para dármela a mí—. Ahora comparto contigo, que al menos sé que no te huelen los pies.

—A mí no me huelen los pies. —Las quejas de Xavi quedaron ahogadas por la reacción que generó la escena: en menos de un segundo todo el mundo intercambiaba llaves.

Veinte minutos después, iba por mi tercera ración de queso y Álvaro por la centésima tapa de pulpo. Parecía que no hubiéramos comido en un mes. Croquetas, empanada, tortilla de patata y cebolla, pinchos de chistorra... Una sucesión infinita de platos fríos o templados. Como siempre he odiado cualquier bicho del mar, pasé del pulpo, la ensalada de marisco y los calamares a la romana y me volví a la cola del jamón.

De vez en cuando aún se acercaba gente preguntando por el número de habitación. La locura reorganizativa se alargó todo el almuerzo. Ni siquiera se frenó, solo moderó el volumen, cuando uno de los organizadores subió al escenario que ocupaba el fondo de la sala y llamó nuestra atención con unos golpes en el micro.

Las actividades iban a empezar a las cuatro, con lo que tendríamos un par de horas largas para acomodarnos y, al menos en mi caso, echar una cabezada. Repasó el horario de los dos días, aunque teníamos copias del itinerario en las habitaciones.

La primera actividad sería la de toda la división: la explicación sobre cómo iba el juego de pistas fue soporífera. Álvaro y yo nos miramos varias veces con la boca llena de *foie* con almendras y un gesto de incompreensión.

—Antes de irme, os voy a presentar a vuestros instructores de mañana. Empezaremos por el Departamento de Contabilidad: Mario os guiará en el catamarán para que lleguéis vivos a puerto. —Soltó una risa que pretendía ser simpática y buscar la complicidad con el grupo sin conseguirlo—. Seguidlo, por favor.

Un chico moreno, con unos hombros descomunales, levantó la mano y la ondeó para llamar su atención mientras gritaba: «¡Contabilidad!». Maca le sonrió a Astrid y se fue. A mi lado, Álvaro se revolvió y murmuró:

—Yo soy mucho más alto.

El organizador continuó cantando los nombres uno a uno junto con la actividad, de modo que el salón quedó pronto dividido en unos veinte grupos.

Las instrucciones fueron sencillas: teníamos que estar a las ocho en punto en el puerto. Nos dio un mapa con la señalización exacta.

—Recordad que, mientras dure vuestra estancia, no habrá jerarquías de ninguna clase. —Fabio, el monitor, leyó de un folleto con un leve acento italiano. Inclino la cabeza a un lado y se corrigió—. A ver, durante la actividad sí hay un jefe, que soy yo. El mar es peligroso. Muere gente. Si digo que hay que irse, nos vamos. ¿Entendido? —Todos asentimos—. Antes de venir nada de crema solar en la cara o se empañarán las gafas. Cuando salgáis del agua ya os embadurnáis lo que os dé la gana. Llevad también bañador y toalla. Os daremos un neopreno para que nadie pase frío. —Miró su lista de nuevo, apartándose la melena de la cara, y se despidió con la misma desidia con que había explicado el resto—: Bienvenidos y espero que disfrutéis de esta emocionante caza del tesoro bajo el agua. Nos vemos mañana.

XVIII. ASTRID

—No —dijo Maca al otro lado de la puerta del baño—, tú vete, solo diles que algo me ha... —Oí el gorgjeo repugnante de los vómitos y me alejé.

—No puedo dejarte así —grité cuando hubo varios segundos de silencio—. ¿Maca? Voy a llamar a Álvaro.

Salió del baño y junto con ella el hedor agrio de lo que fuera que hubiera pillado.

—¿Estás mejor? —pregunté con cautela, respirando por la boca.

—Ni se te ocurra llamar a Álvaro —me amenazó con el dedo—. Y ahora vete. Mientras tú te diviertes, yo me moriré y es así como quiero que ocurra.

—Has puesto el modo *drama queen* a toda potencia.

—Tendría que haberme llenado de pan, como tú, que fuiste a lo seguro. Jamás he oído a nadie decir que le ha sentado mal una tonelada de pan.

—Estaba hambrienta después de dar vueltas por el hotel y la playa buscando pistas. Además, el cóctel de gambas ese con kimchi no me llamó nada. Tenía un color rarísimo, como radiactivo. El bacalao en cambio estaba espectacular.

—Ay, no hablemos más de comida, por favor.

Se echó en la cama, pálida, con una mueca de asco en la cara.

—Mira, voy a bajar ahora, que todavía tengo tiempo. En estos hoteles grandes a veces tienen médico y si no que traigan uno de fuera.

—Vale. Pero luego te irás a cantar bajo el agua. *Bajo el mar, bajo el mar...*

—Deliras.

—Espera —me frenó Maca justo antes de salir—. Acércame la papelería antes de irte.

Al parecer solo unos pocos nos habíamos librado de la intoxicación y, tal como habíamos deducido Maca y yo, éramos los que no habíamos probado el cóctel de gambas la noche anterior.

—Vegetarianos, alérgicos al marisco y luego está usted —me dijo el de la recepción, que era todo un charlatán— y otro caballero que ha venido antes a avisar de que su compañero de cuarto se había puesto malo. Supongo que irá saliendo más gente en los próximos minutos.

Miré el móvil: todavía tenía media hora. Subí para poner al día a Maca y avisarla de que habían llamado a un médico que iría pasando por las habitaciones. Aunque tenía mejor color, dudé bastante antes de marcharme. Hasta que no la vi con ánimos para cantarme de nuevo su versión chapucera de *Bajo el mar*, no me convencí de que estaba bien para quedarse sola. Además, confieso que me hacía una ilusión tremenda eso de bucear, aunque fuera solo en superficie, así que estaba dispuesta a dejarme persuadir.

A los siete años, en el apogeo de mi obsesión con *La Sirenita*, que teníamos en VHS, mis tardes después del cole se resumían en rebobinar-*play*-rebobinar-*play*. «Hija, un no parar con la película de los truenos. Hasta tu padre y yo nos la sabíamos de memoria», decía mi madre. Por supuesto tenía un disfraz con una cola de sirena que me llevé a la piscina todos los días del verano de 2001.

Me vi reflejada en el ascensor y no pude evitar sonreírme: por fin podría nadar en mar abierto, como una criatura mitológica, mitad humana, mitad pez. Me daba igual estar rodeada de los compañeros que hubieran sobrevivido a la catástrofe de las gambas; sería maravilloso.

Seguí el mapa sin problema y cuando llegué no vi a nadie. Aún faltaban quince minutos, así que me senté en un banco frente al mar. El sol empezaba a subir la temperatura, pero la brisa aliviaba el calor.

—Hola.

Di un bote y me volví. Era Lucas. Por supuesto que no se había intoxicado, ya de niño odiaba cualquier «bicho del mar», como solía llamarlos.

No estaba segura de cómo tratar con él. Desde lo del *tester* me había evitado y, cuando coincidíamos por obligación, ninguno de los dos sabía cómo estar junto al otro. Sonreí para devolverle el saludo, pero fue una sonrisa poco sentida. Me consideraba atea, pero traicioné mis principios y recé por que alguien más se hubiera librado de la gastroenteritis.

—¿Qué tal?

—Bien.

Silencio.

—¿Qué te pareció la actividad de ayer?

—Confusa, pero bien.

Silencio de nuevo. ¿Dónde estaban el resto de supervivientes?

—Todo el mundo está enfermo —dijo.

—Sí, hemos tenido suerte. No tenía muy buena pinta el cóctel de gambas ese.

—Demasiado fosforescente —asintió—. Yo nunca he podido soportar el pescado.

—Lo recuerdo —se me escapó sin pensar. No era una metedura de pata en realidad, pero después del ambiente incómodo de las últimas semanas, no me apetecía explicarle que, veinte años atrás, quien se comía sus varitas de merluza en el comedor del colegio era yo.

—¿Cómo que lo recuerdas?

Me quedé paralizada un segundo.

—Bueno, no te acordarás, pero...

—Claro que me acuerdo. Pensaba que tú no te acordabas.

—¿Y por qué iba a olvidarme? Estás igual, pero con un par de estirones.

—Yo qué sé. No me habías dicho nada.

—Ni tú a mí.

Nos miramos con el mismo gesto de incompreensión grabado en la cara y poco a poco fue mutando hasta transformarse en una sonrisa.

Con la misma intensidad con la que hacía dos minutos rezaba para que llegara alguien y me librara de estar con Luc a solas, deseé entonces que todos mis compañeros estuvieran vomitando sin control en sus habitaciones. Tenía la misma sonrisa que a los siete años, solo que con todos los dientes. Y volvía a ser Luc. Por fin.

Pasado el momento, nos atiborramos a preguntas que empezaban por «¿Te acuerdas de...?». En cinco segundos estábamos sumergidos en nuestra propia burbuja. La irrupción del monitor, acompañado por otros dos que no conocíamos, nos pilló desprevenidos, como si estuviéramos a las ocho de la mañana cerca del puerto de un pueblo de la Costa Brava por casualidad.

—Supongo que os habréis enterado, pero está todo el mundo malísimo —dijo Fabio ignorando nuestro sobresalto—. La actividad no tiene ningún sentido ahora, porque solo sois dos y está pensada para trabajar en equipos y un rollo que no os voy a contar. Os propongo tres alternativas. Uno —y levantó el pulgar—: anularla. Dos —y añadió el índice—, como tenéis el barco reservado, podemos hacer *snorkel* igual, aunque si no se nos une ningún grupo, cogeremos otro más pequeño. Tres —y además de sumar el dedo corazón a la serie, también levantó mucho

las cejas y se retiró el pelo de la cara con una sacudida de la cabeza— hacer un poco de submarinismo.

A mí se me escapó un grito que traté de contener tapándome la boca con las manos. Mi cuerpo se elevó y se quedó suspendido en el aire a causa del éxtasis místico.

—Buena elección.

Los gastos extra por el equipo los pagaba el hotel en compensación por el desastre de las gambas, pero lo habría pagado de mi bolsillo. Al fin, el bautismo que siempre había deseado.

—Tampoco os creáis que vais a andar por ahí solos el tiempo que os dé la gana. Esto no es una cita. Vamos a bajar hasta máximo seis metros de la manita. Quince minutos y ya. ¿Vale?

—Recibido —respondí yo con una sonrisa que no me cabía en la cara.

—A la orden —me secundó Luc.

XIX. LUCAS

Me sentía algo culpable por estar tan contento, pero es que no podría haber salido mejor ni planeado. Aunque jamás urdiría maquinaciones tan poco elegantes, eso que quede claro.

El camino hacia el barco, cargados con el neopreno, el lastre y las aletas bajo el brazo fue una carcajada que iba y venía, pero no se disipaba del todo. El instructor nos hizo señas un par de veces para que nos diéramos prisa, pero tratar de correr con el equipo a cuestas solo provocó que nos riéramos todavía más.

La embarcación que había contratado la empresa estaba pensada para llevar a todo el departamento, así que cogimos un barco más pequeño. En cuanto llegamos, nos presentó a los otros dos buceadores que nos acompañarían y al patrón. Mientras ultimaban los detalles de la salida, Fabio intentaba explicarnos lo básico, pero se me hacía difícil seguir el discurso. Astrid estaba tan cerca que podía oler el champú con el que se había lavado la cabeza. No había usado los *amenities* del hotel porque yo, que sí lo había hecho, despedía un aroma diferente. Me pregunté si ella estaría olisqueándome a mí también.

—¿Me estáis escuchando? —preguntó Fabio con un deje de enfado.

Yo asentí automáticamente, pero no me había enterado de nada.

—Esto es importante, ¿sí? —insistió con su acento de italiano enfadado.

Afirmé de nuevo como un idiota.

—Perdona —intervino Astrid, con una nota de disculpa en la voz—, la verdad es que me he distraído un momentín y me he perdido lo último.

—¿Dónde te has quedado?

—Cuando hablabas de la respiración continua.

—Eso es lo primero que he dicho.

«Gracias a Dios —pensé—, puede que ahora sobreviva.»

Antes de volver a empezar, miró la hora con un suspiro y nos amenazó con dejarnos sin excursión si no estábamos atentos. Con esfuerzo, conseguí mantenerme centrado y me tranquilizó que no pareciera tan complicado, al menos sobre el papel.

Salimos del puerto en medio del trivial final para comprobar si lo habíamos pillado todo.

—Ahora poneos el neopreno y disfrutad del paseo. Cuando lleguemos, daremos un último repaso y practicaremos cómo respirar en el agua —concluyó Fabio, antes de irse a la popa, con el patrón y los otros dos buceadores.

Embutirnos en el neopreno no fue nada fácil. Los estrafalarios ruiditos del material, los gruñidos del esfuerzo y una risa floja descontrolada tiñó el proceso de preparación.

—Madre mía —me señaló en medio de una carcajada mientras yo tiraba de las perneras sin ninguna dignidad—, pareces un pingüino.

La repasé de arriba abajo. Lagrimeaba de la risa, con la cara roja como si hubiera corrido una maratón, el pelo que parecía electrocutado y encorvada intentando meter los dos brazos en el neopreno.

—Y tú qué. No tienes pinta de ir a la ópera que digamos.

Entre risotadas histriónicas nos ayudamos a vestirnos. Eran poco más de las ocho y media y, gracias al aire de la travesía, no se notaba tanto el calor. Aun así, neopreno era como tener una

sauna pegada al cuerpo.

Aunque Fabio y los demás estaban a cuatro metros de nosotros charlaban de algo que no nos concernía. Estábamos solos.

—Oye —dudé un momento antes de seguir—, quería contarte algo.

—Sabía que me empujaste ese día en el columpio. ¡Lo sabía!

—No es eso.

—Pero fuiste tú, ¿a que sí?

No pude evitar que se me dibujara una sonrisa. Estaba pletórica. La luz del sol nos daba casi de frente y destacaba el azul profundo de sus ojos. Bajo el agua se convertiría en un todo con el fondo. Sería un iris fractal. No sé por qué, de repente recordé que esos ojos tenían novio. ¿Lo tenían? No me había hablado del tío de la boda desde aquel día en el ascensor. Tal vez habían roto de nuevo. Aunque apenas habíamos cruzado cuatro frases desde entonces que no tuvieran que ver con trabajo, así que cualquiera de las opciones podría ser la buena.

—¿Te aprieta el neopreno? —Me llamó la atención agitando la mano delante de mi cara.

—Calla, que no me dejas concentrar.

—Pues dispara, que estás empanado. ¿Tan grave es?

—No, qué va. Es solo que quería explicarte lo que pasó aquel día, cuando después de lo del *tester*...

—Con Borjadzilla, ¿dices? —Le dirigí una mueca interrogativa para que se explicara—. El tío ese enorme que te sacudía en la calle.

—Se llama José Núñez del Oso.

—Me gusta más Borjadzilla, aunque lo de Oso le pega. —Se quedó pensativa un instante—. Anda, se apellida como el ministro. ¿Son familia?

—Es su hijo.

—¿Y por qué te pegaba?

—No me pegaba. —Antes de que pudiera objetar, añadí—: Tampoco me sacudía. Fue su forma de rogarme que le dijera dónde estaba su ex.

—¿Y por qué ibas a saber tú...? Ah, entiendo. Es tu pareja, ¿no?

Puede que hablar de decepción en su voz fuera demasiado imaginar, pero su registro, antes cantarín y alegre, se había serenado de pronto. Quizás fuera porque el tema era serio, sin más, pero me complació la idea. Sí, casi seguro que lo había dejado con el de la boda.

—No es mi pareja. —A continuación, mi boca siguió moviéndose y emitiendo sonidos y, sin ningún control sobre ello, solté—: Es solo una amiga de Zaragoza, la hija del jefe de mi trabajo anterior, pero nada más. —Y encima hice un gesto que daba a entender que no era mi tipo para nada. ¿Qué más daba que hubiéramos salido juntos? Había acabado hacía mucho tiempo y no tenía que dar explicaciones—. El loco ese, Borjadzilla —le concedí a Astrid con un asentimiento, a lo que ella sonrió—, está obsesionado con que hay algo entre nosotros y que la estoy escondiendo.

—¿Así que por eso volviste a Barcelona?

—Sí. Y pensé que estaría tranquilo por fin, pero un inútil de Recursos Humanos publicó en el blog de la empresa que ahora trabajo en M&D y me encontró. En realidad, no fue tan violento como pudo parecer desde fuera. Lo que hacía era pedirme que le diera un mensaje a Eli, a la ex —aclaré—. Que solo quiere pedirle perdón y no sé qué milongas.

—Pues para no ser «tan violento» —me citó— tenía pinta de querer partirme el cuello. ¿Y no lo puedes denunciar?

Se me escapó una risa amarga—: Lo he hecho, pero nada. Supongo que ser el hijo de un

ministro tiene sus ventajas.

Le conté toda la historia: cómo empezó a acosarme mucho antes de que Eli lo dejara y cómo descontroló en cuanto ella desapareció, primero me asaltaba al salir de trabajar, después esperándome en el portal de casa, con ruegos que pronto se convertían en amenazas y luego en súplicas de nuevo. Y el colmo, cuando atacó a mi abuelo. Condensé los peores meses de mi vida adulta en unos minutos, obviando cualquier detalle tocante a mi relación con Eli.

—Gracias por contármelo.

Nos sonreímos y esta vez el silencio que siguió no fue incómodo.

—Ahora que lo pienso, te has dejado algo súper importante —saltó de repente. Me entró el pánico al pensar que iba a insistir en el tipo de vínculo que me unía a Eli—. Has olvidado mi gran intervención. Casi le di con el bolso aquel día. ¿No te acuerdas?

—Ah, ¿sí? Pues no te vi. Sabes, yo el otro día casi gano la lotería y aquí me tienes, en un barco yendo a bucear. —Ella me golpeó en el hombro como respuesta—. Y espera que hay más —continué con el mismo tono socarrón—. El lunes casi mato a Juanjo y el martes casi me atropella un autobús. El karma, claro. Lo que ves no soy yo, es una proyección astral. En realidad, ahora mismo te hablo desde el hospital de la cárcel.

—¡Sabes que lo habría hecho! Lo habría machacado. Como aquel día en el patio cuando...

—Chema Portas —dijimos los dos a la vez.

—Sí, me acuerdo. Mira —le señalé uno de los dientes de abajo—, todavía se nota que falta la esquina del incisivo. ¿Ves?

Nos volvimos con la tos de Fabio. Lo acompañaba otro de los instructores. Ambos nos miraban con una expresión a medio camino entre la risa y la extrañeza. Supongo que el cuadro debía de resultar peculiar: yo, con la mandíbula inferior adelantada para mostrar mi diente partido y Astrid demasiado cerca de mi boca diciendo: «Es verdad. ¿Qué se habrá hecho de Chemita? Seguro que él sí está en la cárcel».

—¿Preparados? —preguntó Jon, el otro buceador.

XX. ASTRID

Diría que oí «mero», puede que «pulpo» y estoy casi segura de que Fabio o el otro chico o tal vez el patrón dijo las palabras «caballito de mar». Estaba callada y escuchando, de verdad que sí, pero las explicaciones acerca de todo lo que podríamos ver simplemente me traspasaban. Sentía que lo comprendía a la perfección, y, sin embargo, habría sido incapaz de repetirlo.

La respiración con la máscara no era fácil ni cómoda, pero se me daba mejor que a Luc. Admito que mis burlas nerviosas no ayudaban. Él también estaba inquieto, era evidente por su forma atropellada de hablar y de reírse, igual que hacía cuando le tocaba leer el primer párrafo en clase de castellano.

Antes de tirarnos al agua para practicar la respiración sobre el terreno, Luc me miró muy serio. Los instructores comprobaban el equipo por última vez.

—Tengo que decirte algo.

—Como me digas que me van a despedir, te mato. No me estropees este momento, Luc.

—No es eso. —Tomó aire—. No quería ser yo quién te reventara el globo, pero es mejor que lo sepas. —El tono era tan lúgubre que ni siquiera pestañeé. Me puso la mano en el hombro y recé para que no se notara el ardor que se me había subido a las mejillas—. Cuando estés ahí abajo, los peces no harán coreografías, ni cantarán. ¿De acuerdo?

Me quedé en silencio un segundo, paralizada por que recordara mi obsesión por *La Sirenita* y el giro que había tomado la conversación.

—¡Serás imbécil! —Le di varios manotazos seguidos, uno por cada palabra—. Vaya susto me has dado.

Levantó los brazos para defenderse.

—Que va en serio —decía entre carcajadas—. Sé que es duro aceptarlo, pero te lo digo por tu bien. Los cangrejos no hablan, Astrid.

Me agarró de la muñeca para frenar el ataque y las risas se apagaron poco a poco.

El neopreno no era precisamente favorecedor, pero el contacto entre las miradas, fijas en los ojos del otro, desató una chispa en mis tripas.

—Vamos allá —nos cortó el que no era Fabio, que, al vernos tan callados, preguntó—: ¿Nerviosos?

Paz. Asombro. Conmoción. La mezcla de sensaciones bajo el agua resultó inesperada y muy intensa.

Al principio solo vi oscuridad, el entorno era uniforme, estático, hasta que de la nada apareció una gamba. Nadaba bailando con sus patitas de la forma más ridícula. Era como un señor todo peripuesto que llegaba tarde a una reunión. Se me escaparon un montón de burbujas al reírme. Miré a Luc y señalé el crustáceo que se alejaba de nosotros. Él me devolvió una sonrisa, o lo que yo interpreté como tal, porque con la máscara era difícil saberlo.

Luego nos cruzamos con un banco de pececitos plateados que, vistos de uno en uno, no impresionaban demasiado, pero el movimiento del grupo era sobrecogedor. Cuando nos acercamos a una zona rocosa, me asustó una morena que abría y cerraba la boca con un ritmo

maquinal, como si no estuviéramos ahí. Fabio me indicó por señas que no me acercara, aunque no tenía pensado hacerlo.

Luc no paraba de señalarme peces por todas partes y lo más raro que vimos fue lo que luego supe que se llamaban nudibranquios. Parecían sacados de una película de ciencia ficción con esos colores neón tan chillones.

Me di cuenta de que la penumbra impenetrable que había visto al inicio no tenía nada que ver con la realidad y que el fondo del mar era un hervidero de actividad.

La experiencia fue muy distinta de lo que había imaginado, que, vale, sí, tenía mucho que ver con nadar con las piernas juntas en plan sirena. Aunque por supuesto no fantaseaba con coreografías submarinas. No en serio, al menos.

En el momento me habría costado definirlo con una palabra, pero creo que fue mucho más espiritual de lo esperado. Por un lado, el silencio intemporal, interrumpido solo por el burbujeo constante de nuestra presencia. Y luego el bullicio continuo del mundo subacuático.

—¿Has visto el mero? Ahí, con la calma, pasando de todo —me decía Luc ya en la superficie—. ¿Y ese grande plateado y azul? Era enorme, ¿a que sí? ¿Y las babosas? He flipado con esos bichos, ¿tú no? ¿Qué es lo que más te ha gustado? Para mí el pulpo, sin duda. ¿Estás bien?

Asentí y me acerqué al barco para poder subir. Si hubiera dicho una palabra, en lugar de sonidos habría salido un llanto imparable. Lo que quería era sumergirme de nuevo, volver al sosiego y a la vida del fondo. Había sido demasiado corto, demasiado bello.

Luc buscó mi mirada enrojecida con preocupación.

—¿No te ha gustado?

—Ha sido tan... tan...—y se derramaron algunas lágrimas por mis mejillas.

¿Cuál era la palabra para una emoción que me sobrepasaba? ¿Bonito? ¿Increíble? Cualquier cosa que pudiera decir se quedaba corta. Habría querido buscar consuelo en sus brazos, pero fue Fabio quien se adelantó. Me pasó el brazo por encima de los hombros y los estrechó sin llegar a abrazarme.

—Es normal —dijo—. La primera vez pueden pasar tres cosas: que no puedas callarte —y señaló a Luc—, que te agobies y lo odies —y se encogió de hombros con incompreensión— o que te emociones. —Me sacudió un par de veces antes de soltarme.

—Las lágrimas solo indican una cosa: tienes que volver —puntualizó el otro instructor— y pronto.

XXI. LUCAS

No era la reacción que esperaba, por mucho que el sobón de Fabio dijera que era algo habitual. Yo solo tenía ganas de hablar, que al parecer tampoco era sorprendente.

—¿Seguro que estás bien? —pregunté.

Ella asintió. Por lo menos ya no lloraba.

—Quiero vivir en el agua —dijo unos minutos después.

Me atreví a acariciarle la parte superior del brazo y volví a sentir el mismo calor que cuando había bromeado con *La Sirenita*.

—A ver, no creo que sea una solución, pero podemos alquilar unas gafas y un tubo de esos de *snorkel* y alargar un poco más la experiencia. —Mi voz se fue apagando mientras hablaba, arrepentido de mi propuesta por atrevida. Al fin y al cabo, éramos jefe y subordinada. ¿Qué estaba haciendo?—. Sé que no es lo mismo, pero...

—Sí —gritó ella, sin dejarme acabar.

Fabio sonrió y me guiñó un ojo. Por suerte Astrid no lo había visto; podría haber malinterpretado mi sugerencia. Yo solo quería verla contenta y pasarlo bien, pero aquel guiño me atribuía intenciones ocultas, un plan... ¿de conquista?... detrás de mis acciones. Sí, quería recuperar a mi amiga, a la que había echado de menos. Y ya está. Aunque, de acuerdo, confieso que en la reunión de hacía dos lunes pensé que el vestido que llevaba le sentaba bien y me había fijado en la curva de la cadera y en lo ajustado que le quedaba en la zona del pecho. Aparte de eso y de que me había pasado el día imaginándola con mucha menos ropa, nada más.

Así como a la ida habíamos hablado sin parar, incluso pisándonos las frases a ratos, la vuelta se sucedió en completo silencio. La única actividad fue desabrocharnos el neopreno porque hacía calor. El riego sanguíneo se me fue bastante al sur cuando se lo bajó de golpe hasta la cintura, pero se me pasó cuando me dio un codazo intentando sacar los brazos.

—Tengo un hambre que me muero. Podríamos comer algo antes de volver a mi medio natural —sugirió Astrid en cuanto vislumbramos el puerto.

—Buena idea.

Mis tripas llevaban media hora exigiendo comida. Por suerte entre el viento silbándonos en el oído y el ruido del motor, no se había notado. Me sorprendió lo dispuesto que estaba a quedarme con hambre, con tal de no arriesgar nuestra salida improvisada.

No quería separarme de ella tan pronto. Las últimas dos horas habían pasado demasiado rápido y de repente pensé en el lunes y en la oficina y en que no quería volver a Barcelona. Necesitábamos más tiempo. Seguiríamos siendo amigos en la ciudad. Estaba seguro de que no habría más malentendidos ni impedimentos de ninguna clase, pero no quería volver a nuestras charlas de ascensor y que el resto fuera solo trabajo, trabajo y más trabajo.

Lo cierto era —y, aunque parezca increíble, me iluminé en ese momento preciso— que quería besarla. Besarla y hacer el amor y vivir en el mar. El resto de la vida eran solo detalles sin importancia.

Devolvimos el equipo de buceo y alquilamos la máscara de *snorkel* para el resto del día. Compré también una carcasa especial para poder hacer fotos bajo el agua y coleccionar algunos recuerdos.

Mientras Astrid estaba en el baño, Fabio me enseñaba adónde podíamos ir.

—Esta cala es muy íntima —dijo en tono de confidencia y volvió a guiñarme un ojo. Cómo acertaba el melenudo italiano con sus guiños y qué rabia también—. Aquí suelen verse escorpenas y erizos de mar, así que id con cuidado con dónde ponéis los pies. También hay sargos en esta zona y un montón de peces que si te los digo no te acordarás, pero son preciosos.

Me miró con una sonrisa de tunante, como si en lugar de señalar puntos estratégicos en un mapa con el propósito de observar el mundo marino, me estuviera dando una receta para la cita perfecta. Y fue muy obvio cuando lo remató con un «irresistible, ya verás».

Astrid salió antes de que pudiera defender el honor de mis intenciones, aunque era pura fachada porque Fabio me había calado desde el principio, incluso antes que yo mismo. Con lo seco que había sido de entrada y, no sé cómo, en pocas horas se había convertido en mi cómplice.

—Necesito agua —dijo ella, y no se referiría al agua de beber sino a lo que ella misma había convenido en llamar «su medio natural», de modo que no nos entretuvimos en una cafetería, sino que compramos una bolsa de patatas fritas y un par de refrescos para el camino.

—¿No deberíamos esperar un rato antes de meternos en el agua?

—¿Dos horas? —se burló ella. Echó la toalla en la arena y se tumbó.

—¿Todavía tienes el disfraz de sirena? —pregunté para distraerla.

—¡Qué va! Además, ahora no me cabría ni una pierna. —La risa se perdió en el vaivén de las olas y cerró los ojos—. Yo también he crecido, ¿sabes?

La repasé sin ningún pudor. El bikini amarillo neón se transparentaba y se apreciaban claramente los límites de la tela. Tenía que dejar de pensar en ella desnuda o la cosa se iba a descontrolar. Desvié la vista hacia el horizonte y traté de concentrarme en los presupuestos para la campaña de verano. Apenas afectaban a mi departamento, pero fue lo único que se me ocurrió.

—Es extraño lo bien que ha salido todo —rompió el silencio y me miró haciendo pantalla con la mano.

—Dudo mucho que los trescientos y pico que están vomitando en el hotel opinen lo mismo.

—Ya me entiendes. —Me dio un manotazo suave en el brazo. Le había cogido gusto a pegarme con suavidad cada vez que bromeaba. ¿No es así como coquetean las chicas?—. Quiero decir que hemos tenido la oportunidad de hablar. Bah, es igual, vamos al agua.

Me fijé en que se había sonrojado y en que la prisa por ponerse la máscara de *snorkel* solo buscaba escapar del contacto visual. En su apremio por esconder el rubor, que no hacía más que escalar en el Pantone de los rojos, se había dejado la camiseta puesta, con lo que tuvo que quitarse la máscara para desvestirse y luego volver a ponérsela. Todo ese baile de quita y pon, similar a un ataque de timidez adolescente, fue de lo más tierno.

XXII. ASTRID

A excepción de un grupo de amigas de esas que se dan la vuelta a la vez, la cala que nos había recomendado Fabio estaba desierta. Mientras intentaba prepararme para el baño de la forma más torpe posible, él solo me miraba y hacía un esfuerzo muy pobre por aguantarse la risa.

El impacto que me había causado el mundo submarino seguía ahí y era intenso, pero se quedó en segundo plano, como si hubiera sucedido hacía días y no media hora. Mi atención se había desviado hacia Luc. Tenía la misma mirada risueña y amable de cuando éramos niños y estar junto a él era como estar en casa, si mi casa tuviera la calefacción a tope, claro.

Al contrario de lo que había imaginado al verlo vestido, la clavícula marcaba una curva suave del pecho al hombro. Me sorprendió que el hueso no sobresaliera puntiagudo y anguloso por el otro lado como le pasaba a Roberto. Tuve que contener las ganas de acariciar aquella ondulación. Incluso me imaginé apoyando la cabeza justo ahí y dejando que el vello me hiciera cosquillas.

El sol castigaba con intensidad cerca del mediodía y entre eso y los calores que me entraron de golpe, corrí para buscar alivio en el contacto con el agua fría. Nunca había veraneado en la Costa Brava y no estaba acostumbrada a lo abrupto de su orografía, así que perdí pie cuando la playa acabó de repente en una especie de escalón. El agua me llegaba a la pantorrilla y sin más me hundí hasta la cintura y resbalé.

—No tan rápido —dijo agarrándome del brazo. Me apoyé en su hombro para incorporarme y movió la mano hasta la cintura. Fue un gesto automático, pero al mismo tiempo sentí que cruzábamos un límite.

¿Estábamos coqueteando? Tal vez llevábamos toda la mañana haciéndolo y no me había enterado. No sería la primera vez. En primero de carrera quedé con un compañero para hablar de un trabajo. No fue hasta que me vi a mí misma pestañeando como una posesa mientras le tanteaba el bíceps y decía «pues es verdad, estás más fuerte de lo que parece» o algo igual de embarazoso, que entendí que habíamos estado flirteando toda la tarde.

Una ola nos barrió y esta vez fue él quien se cayó. Cuando intenté sostenerlo, yo también me hundí y casi pierdo la máscara de *snorkel*. Nos explotó en la boca una risa desmesurada, que mezclaba lo extraño del silencio que había precedido a la ola y lo cómico de la situación.

Era guapo, tenía que reconocerlo. Y más cuando sonreía. Ojalá me hubiera besado antes de la ola o hubiera tenido el valor de lanzarme yo primero, pero el momento había pasado.

Me coloqué bien la máscara y hundí la cara en el agua. Noté su chapuzón justo detrás de mí.

Incluso antes de llegar a las rocas se veían peces. Eran pequeños y plateados, similares a los que habíamos observado hacía un par de horas. Tenía que fijarme bien para verlos entre los reflejos dorados y azules y si estaba quieta se me pegaban a las piernas y me hacían cosquillas. Me volví para buscar la mirada de Luc y nos sonreímos con complicidad.

Seguimos buceando hasta las rocas. El oleaje perdió intensidad en cuanto nos alejamos de la playa. No había demasiadas algas, pero me entretuve observando cómo se mecían al ritmo tranquilo de la corriente. Estaba segura de que después de haber buceado de verdad, el *snorkel* me parecería un rollo. Al fin y al cabo, había buceado a mi aire muchas veces, sobre todo de niña, pero me invadió la misma sensación de pertenencia, de belleza infinita.

Un toque de Luc me sacó de la burbuja. Señalaba en dirección a las rocas: un pulpo enorme había salido de paseo. Solté una exclamación sin caer en que él no me oía, pero por su expresión supe que me había entendido. Una escorpena nos asustó al moverse y espantamos al pulpo y a varios de esos pececillos plateados y a otros rojizos.

—¡Pensaba que no habría casi nada! —exclamé eufórica cuando sacamos la cabeza del agua—. ¿Has visto ese que era azul y verde y naranja? Y amarillo. También era amarillo, ¿verdad?

—¿Y el pulpo qué? Para mí sigue siendo el número uno. Estoy pensando en adoptar uno.

—No creo que le molara vivir en tu bañera.

—Pues a mí me encantaría vivir en mi bañera. No le veo inconvenientes. —Levantó el índice y entre movimientos espasmódicos, dijo—: Espera. —Comprendí que luchaba con la cremallera del bolsillo de su bañador, cuando unos segundos después me mostró victorioso su teléfono enfundado en una carcasa especial para el agua que había comprado en la tienda de buceo—. ¿Un *souvenir*?

—¿Seguro que aguantará?

—Fabio me ha dicho que él tiene la misma y le va bien. Además, lleva todo este rato en mi bolsillo, así que —y se encogió de hombros.

—Vale, toma. —Le di la máscara—. Con eso puesto quedará raro.

Él sonrió: —¿Quieres «sirenear»?

Fingí que no sabía a qué se refería, pero sí, era eso exactamente lo que buscaba, el maldito me conocía bien a pesar de los años. Quería fotos en las que mi pelo flotara como una nube en el vaivén submarino.

Las emociones trascendentales que había experimentado quedaron pronto sofocadas por una diversión mucho más terrenal. Nos turnamos para «sirenear», como él lo había llamado, y me chocó que se lo pasara tan bien como yo haciendo el tonto bajo el agua. Parecía tan formal en la oficina, que estaba segura de que no disfrutaba del juego como cuando éramos pequeños.

—Lo ataré a ese saliente con la goma de la máscara y nos hacemos una los dos. Quedará bien —dijo antes de sumergirse como si tratara de convencerme, aunque yo no me había resistido en absoluto a la idea. Me escocían los ojos y empezaba a tener frío, pero si le decía de volver a la playa, aunque solo fuera para calentarnos un rato, se rompería la magia. Sacó la cabeza del agua y gritó—: ¡Diez segundos! ¡Diez segundos!

En medio de la frivolidad de una foto completamente fallida ocurrió algo. No sé si fue él o fui yo, o ambos al mismo tiempo en una especie de coincidencia cósmica. Nos cogimos de la mano y no hubo vuelta atrás.

Antes de llegar a la superficie nuestros labios fríos y salados se rozaron. Me apartó el pelo de la cara y nos miramos un momento antes de entregarnos al deseo. Quizás fuera porque en el fondo estábamos medio desnudos o porque nos envolvía un agua en constante movimiento o porque nos conocíamos desde siempre, pero no hubo ninguna timidez en aquel primer contacto.

Al instante descubrimos que besarse y nadar son actividades incompatibles, así que antes de hundirnos por tercera vez decidimos volver.

El mar nos empujó con el oleaje, como si comprendiera el apremio. Con la espuma aún sacudiéndonos los pies, nos dejamos llevar por un beso, esta vez sí, delicado, tierno, que pronto se convirtió en un remolino de piel contra piel. No deseaba nada más que estar allí, de puntillas, pegada a él, conectados hasta el fin de los días.

XXIII. LUCAS

—No quiero irme —susurró sin abrir los ojos. Me acarició la nuca, el mentón, el hombro.

Respondí sin palabras. Era tan suave. Ojalá hubiera podido explorar cada milímetro de su piel allí mismo.

No tenía ni idea de qué hora era, ni me acordaba de que aquello era una excursión de la empresa ni de ningún detalle de mi vida o de la de nadie, hasta que la pregunta apareció en mi cabeza como salida de la nada.

—Espera —dije y me separé un poco para poder mirarla sin ver doble—. ¿Todavía estás con ese tío?

—¿Quién? —Primero frunció el ceño con incompreensión y luego entendió que me refería al de la boda—. Ah, no. Qué va. —Se mordió el labio—. En realidad, nunca volvimos juntos. La situación era incómoda y lo dije por decir.

Estaba preciosa, tumbada en la toalla, con las mejillas sonrosadas por el sol. Me incliné sobre ella y la besé de nuevo, feliz. Feliz durante diez segundos, cuando recordé que le había dicho que Eli y yo solo éramos amigos o ni siquiera eso. ¿Qué le había dicho exactamente? ¿Que era la hija del jefe? ¿Una conocida? ¿Una chica que pasaba por ahí? ¿Era el momento para contarle que ninguna de esas afirmaciones era cierta? Ella se había sincerado, así que tal vez yo debía hacer lo mismo. Noté que las palabras me hervían en la boca sin llegar a formarse del todo. Ella tomó la palabra antes de que pudiera acabar de decidirme y no supe reconectar con la idea.

—Hace tiempo que no sé nada de él, ni ganas —se disculpó como si mi distracción se debiera a lo que me acababa de decir—. Está más que olvidado.

—No es eso, tranquila. Además, fue culpa mía; no tendría que haber preguntado aquel día en el ascensor. Fue raro.

El teléfono interrumpió la conversación. Lo desenterró a toda prisa, puesto que lo habíamos escondido envuelto bajo la arena, junto con el dinero.

—¡Son las tres! —Se tapó la boca y me miró con los ojos desorbitados. Descolgó y me hizo un gesto para que me mantuviera en silencio—. ¿Cómo estás? Genial, me tenías preocupada. Es Maca —vocalizó señalando el aparato. Me gustó que empezara a acariciarme rítmicamente—. Nada, dando una vuelta. Claro que hemos comido, tía, si es tardísimo. Jajaja, sí, con los supervivientes. Bien, muy bien. Que sí, que sí, todo estupendo. ¿A qué hora? Ah, no sé, es tan bonito esto que igual me quedo un poquito más. —Me miró buscando confirmación y yo asentí con vigor—. Pues con Luc y... unas chicas de Recursos Humanos. No sé si las conoces. Eeeh... Sonia y Matilde. Súper majas.

Mientras Astrid convencía a Maca de que volviera a Barcelona sin ella, saqué el móvil de la carcasa submarina y vi que tenía un mensaje de Álvaro preguntándome dónde estaba. «Todo ok —contesté—. Volveré en tren». Al cabo de unos segundos respondió: «Ok».

Quizás fuera la sugestión de saber que eran las tres, pero mi estómago protestó.

—Soy lo peor —me dijo nada más colgar—. Solo le he enviado un *whats* en todo el día y cuando me he ido estaba fatal. ¡Menuda amiga estoy hecha! Y encima estoy famélica.

—Yo también. Lo más raro es que no me he dado cuenta hasta ahora del hambre que tenía.

—Nos han dejado el equipaje en la consigna del hotel. —Se le escapó un suspiro—. No sé qué ha pasado con la mañana.

—¿No lo sabes?

Se dejó caer en la toalla y me sonrió.

A las cuatro nos fuimos a buscar un bar. Aunque llevábamos horas enroscados el uno en el otro y nos habíamos acariciado el 90% de la superficie del cuerpo, sentí una extraña intimidad al darle la mano. Solo nos soltamos para devolver el equipo de *snorkel* y para comer con desespero un par de bocadillos.

—Oye, ¿por qué le has dicho a Maca que estábamos con esas de Recursos Humanos? —Me esforcé en decirlo como si se me acabara de ocurrir, pero le había dado vueltas desde que nos había adjudicado dos acompañantes ficticias.

—Ay, es que me habría tenido al teléfono tres horas y yo quería mimos y el bocata de tortilla más grande del mundo. Se lo contaré con tranquilidad en casa.

—Pero no es porque le caiga mal, ¿no?

—¡Qué va! Si está empeñada en que estás loco por mí. Me lo dice tres veces al día.

—¿Porque así lo indica el prospecto?

Ella se rio y se detuvo.

—Le gustará mucho tener razón. —Ladeó la cabeza y me lanzó un guiño.

La atraje hacia mí en medio del paseo marítimo.

—Ojalá hubiera vuelto antes a Barcelona —murmuré.

—Ojalá nunca hubieras tenido que marcharte.

No la besé enseguida, aunque lo deseaba. Solo apoyé la frente en su cabeza y cerré los ojos. Nos dimos toques con la punta de la nariz. Cuando la estrujé contra mi pecho y se recostó sobre el hombro, sentí que el vínculo no se rompería nunca.

No sabía cómo plantearlo. Lo que yo quería, pero mucho, muchísimo, era pasar la noche allí los dos solos. Incluso salir el lunes por la mañana con el tiempo justo para llegar a la reunión. Más todavía, de hecho, aunque sabía que rozaba lo ingenuo: dejarlo todo y establecernos allí. Con mi abuelo en una casa vecina, esa sería la única condición; lo demás me daba igual.

—¿Cómo crees que deberíamos enfocar esto en la oficina? —Interrumpió mi discurso mental y me costó un segundo reaccionar. Todo lo que a mí se me había pasado por la cabeza tenía que ver con estar desnudos, así que me pilló despistado.

Nos detuvimos en una heladería: para mí un cucurucho con tres bolas de chocolate, para ella una terrina de nata y fresa.

—Supongo que deberíamos ser discretos por ahora —dije tras darle un lametón a mi helado.

—¿Así que no podré pellizcarte el culo cuando pases por mi lado?

—Si sientes una necesidad irrefrenable, puedes venir a mi oficina, cerrar la puerta y pellizcarme el culo tanto como te apetezca. Mis nalgas están a tu disposición.

Ella se rio y a pesar de que había tratado de mostrarse jovial, igual que yo, percibí inseguridad en su forma de dirigir la mirada al suelo y luego al horizonte.

—¿Estamos... juntos? —murmuró y enseguida quiso rectificar—. Déjalo, se me ha ido la pinza, es súper pronto. Lo siento. —Removió su helado, que había empezado a deshacerse—. Disfrutemos del paseo.

—No te disculpes. Yo no tengo nada que pensarme: estamos juntos. Si tú quieres, claro.

Me salió con un vigor inesperado y como si también me arrepintiera un poco, la abracé con fuerza y hundí la cara en su pelo sin darme cuenta de que se me había derramado la mitad del cucurucho. Me apretujó en respuesta, con una sonrisa enorme y un beso larguísimo al que sucedió un «juntos, entonces» pronunciado con una timidez encantadora.

No sabía cuándo salía el último tren y no pensaba averiguarlo. Ella tampoco había dicho nada al respecto, cosa que me convenció de que también deseaba quedarse.

Me insuflé valor durante un par de minutos y finalmente lo solté de corrido: —¿Te gustaría quedarte?

Eché un vistazo a su alrededor: —¿En una de estas terrazas?

—No, decía en general. Hoy. Esta noche. No tiene por qué pasar nada —me apresuré a aclarar—. Es que se está tan bien aquí que...

—Así que quieres desnudarme.

—¡No!

—¿No?

—B-b-bueno —tartamudeé.

Ella se carcajeó a mi costa.

XXIV. ASTRID

La piel tiene memoria.

Todavía sentía las caricias, el roce de la lengua, el aliento cálido, el peso de su cuerpo sobre el mío, los escalofríos, el placer. También nos oía jadear y su risa y la mía y el chasquido de los besos me silbaba por todas partes.

Era extraño no estar juntos. Hacía tres días no quería compartir el viaje en coche con él y de repente lo añoraba tanto que hasta se me humedecieron los ojos. Y eso que no habían pasado ni diez minutos desde que se había bajado en su parada. La vuelta a la rutina iba a ser un infierno. Todo me era extraño, ajeno: el metro, la gente, los edificios, el mismo pavimento que tanto gustaba a los turistas. ¿Dónde estaba el mar? Apenas lo veía en mi día a día. Quería chiringuitos de playa y no quitarme las chanclas jamás.

El pitido del cierre de puertas me sacó de la ensoñación por un segundo y vi que me había pasado tres paradas. Enseguida volví a navegar por el fin de semana y las sensaciones parecían no acabarse nunca, iban y venían en oleadas.

Lo primero que de veras me devolvió al presente fue ver a Álvaro saliendo de mi edificio. Él no me vio, pero comprendí que Maca había estado más ocupada de lo que me había dicho. Su recibimiento, sin embargo, fue un festival dramático:

—«Me quedo. Todo genial. Ya te contaré» —me citó mirando el teléfono— y cinco emoticonos de besitos llenos de culpa. A una amiga que ha estado a las puertas de la muerte no se la tiene en ascuas de esta manera.

Se cruzó de brazos y exageró tanto el gesto que solo pude plantarme con los puños en la cintura y con el mismo tono, le recriminé: —Y tú ¿qué? No te hagas la ofendida. Dime ahora mismo por qué he visto a Álvaro abandonando este edificio veinticuatro horas después de haberte dejado en casa. —Dejé el bolso en el perchero. Maca tenía un brillo en la mirada que no dejaba lugar a dudas. Nos abrazamos en medio de un grito digno de la adolescente que llevábamos dentro—. A cambio te contaré el mejor fin de semana de mi vida.

—Vale, pero dime una cosa: ¿Lucas?

—Sí.

—¡Lo sabía!

—¿Y con quién pensabas que estaba?

—Álvaro decía que con el monitor cachas. Ya se veía navegando por la cara en vacaciones.

Fui a la cocina y vi un cazo con arroz hervido nada apetecible. Necesitaba darme un festín de cosas deliciosas. Examiné la nevera.

—No hay nada —me lamenté—. Me voy a desmayar.

—Hay una pizza en el congelador. Pero venga, no te me distraigas: quiero saberlo todo.

El relato del reencuentro y el bautismo submarino mantuvo a Maca de exclamación en exclamación. La campanita del horno apenas cortó el discurso. Había tuneado la pizza con más queso, alcaparras y champiñones y tenía una pinta exquisita. Mientras la cortaba seguí con el *snorkel* en la cala solitaria y, cuando nos acomodamos en el salón, el beso.

—¿Sabes como a veces, aunque un tío te guste mucho, necesitas una especie de rodaje para que los besos sean buenos de verdad? Con él fue todo perfecto desde el principio. Una

sincronización de otro planeta. No voy a entrar en detalles, pero es que fue pornográfico y tierno a la vez. ¿Sabes lo que te digo? —Maca asintió—. Y tengo una cosa aquí —dije señalándome el estómago—, que no sé. Estaba súper hambrienta y con dos mordiscos de nada, no puedo más. Tía, creo que estoy enamorada —concluí—. Y mucho, además.

—Ya se nota, ya. Estás como resplandeciente.

—Eso es que me ha dado mucho el sol —bromeé y le di un tercer mordisco a la pizza. Pero lo cierto era que, a la sensación de vivir en una nube de algodón de azúcar, la siguió el temor a perderla. ¿Se sentiría él igual? ¿Era pronto para escribirle un mensaje? ¿Para decirle que lo echaba de menos?—. Bueno, te toca —pedí para evitar pensamientos funestos.

Se notaba que Maca estaba deseando contármelo con pelos y señales, porque pronto cogió carrerilla. Conseguí terminar el tercer pedazo de pizza mientras hablaba, pero abandoné el resto para otro momento. Tal vez al día siguiente para desayunar, incluso un táper para mediodía.

—A ver, cuando te fuiste creo que solo vomité una vez más, pero entonces empezó la diarrea. —Levantó el índice y el corazón en un signo de la victoria—. El caso es que Álvaro vino a nuestra habitación. Por mucho que hubiera ventilado, no quería que entrara, pero le dieron arcadas y no tuve más remedio. Imagínate el corte que pasé. Exacto —confirmó ante la expresión de mi cara que comunicaba con claridad meridiana lo bochornoso de la situación—. Pero al cabo de un rato nos estábamos riendo del tema. A fin de cuentas, estaba todo el mundo igual, ¿no? Excepto vosotros dos y cuatro más —dijo con fingida amargura—. No te voy a contar los chistes de cañerías que llegamos a hacer. Es de esas cosas que tienes que estar para pillarlo, ¿sabes?

Se rio recordando alguna ocurrencia especialmente graciosa, hasta el punto que me contagió la flojera y acabamos llorando de la risa; yo sin saber por qué.

—Se tumbó en tu cama y nos pusimos a hablar —continuó cuando nos serenamos—. Siempre está de cachondeo y a veces parece que no le importe nada, pero es mucho más blandito de lo que imaginaba.

—Desde luego dudo que alguien pudiera describirlo como blandito. Luc dice que cualquier día acabará en la cárcel si no deja de repartir esas palmadas «amistosas».

—Pues fue una charla muy intensa. Me contó que su padre tiene un montón de amantes y que lo odia por engañar a su madre. Se ve que lo ha pillado un par de veces con otras mujeres.

—Menudo ejemplo. ¿Y se lo ha contado a ella?

—Qué va. Aunque tiene que saberlo, el hombre no es muy discreto que digamos. Por eso empezó a boxear, para desahogarse.

—Bueno, ahora tiene unos cañones de infarto, así que al menos ha tenido una consecuencia positiva.

Se hacía tarde, pero seguimos de cháchara hasta pasada la medianoche.

—No fue tan peliculero como una puesta de sol en la playa, pero...

—¿Hablas de Luc y de mí? Fue a mediodía, hacía un solazo espectacular —puntalicé.

—Así es como yo lo imagino, déjame. —Sacudió la mano para desestimar cualquier corrección y retomó la historia—. Pues fue en una gasolinera en la que paramos a medio camino. Nos habían preparado arroz blanco en el hotel y como se había quedado dentro, nos arriesgamos con una Coca-Cola. Déjame decirte que no fue una buena idea.

—Venga, no te enrolles con más historias escatológicas. Al tema.

—Solo te advertía por si alguna vez te encuentras en la misma situación. En fin, a lo que iba. Estaba él echando gasolina y se volvió hacia mí. Estaba tan guapo a contraluz, con una especie de halo y el viento que le hacía bailar la camisa. Aunque para ser justos es guapo, así que, haga lo que haga, sigue siéndolo.

—Que sí, que parece un modelo de Armani. Continúa.

—Pues no me pude contener, tía, me acerqué a él y le planté un beso en los morros.

—Arriesgado. Doy por supuesto que salió bien.

—Sí, sí, al principio se quedó quieto y luego cerró la puertecita esa de la gasolina, dejó la manguera en su sitio. Todo esto sin dejar de mirarme. Y yo con una cara de imbécil que flipas, muerta de vergüenza. Entonces me agarró de la cintura y me devolvió el beso. A partir de ahí ya...

—Intenso.

—Sí.

XXV. LUCAS

Las siguientes dos semanas pasaron sin que me diera cuenta. Las reuniones del departamento o las de Compras o las de Contabilidad se confundían en mi mente y eran largas, mortales.

—Tienes que centrarte, macho. A las once y media, no a la una —dijo Álvaro señalando repetidamente una nota en la agenda—. Suerte que pongo a Sam en copia. Sino no llegarías a tiempo a ningún sitio.

—Lo siento. Es que no sé qué me pasa. Se me olvida todo. Esta mañana he salido sin calcetines. Mira —y me levanté la pernera para mostrárselo.

—Nada que ver con cierta probadora de productos.

—Bah, calla.

—Venga, hombre, si babeas todo el día. Puedo adivinar hasta cuándo piensas en Astrid. Fíjate, ahí está. Ahí está, señores: esa mirada perdida —se burló. Le tiré un taco de notas, pero lo esquivó y siguió bromeando con una postura como de poeta recitando una gran obra y una voz pegajosa—, las chiribitas en los ojos, la sonrisa boba. Ay —suspiró—, el amor.

—¿Y tú qué? —Lo señalé sin poder mantener el semblante serio.

—¿Yo qué? Nunca he salido de casa sin calcetines. —Me dio un manotazo de los suyos—. Que no pasa nada por estar enamorado, tío, pero en el curro estate a lo que estás. Los de arriba no paran de pedir explicaciones de un montón de chorradas, que en septiembre vienen los jefazos de Nueva York y no puede haber ni un solo percance.

—¿Y qué pasa si alguien se resbala y se rompe la pierna?

—Nada —negó con la cabeza—, que se va a traspapelar el marrón hasta que se hayan largado. Por cierto, ¿del Núñez del Oso no has vuelto a saber nada?

—La verdad es que no. Tampoco tengo fecha de juicio. Y ha pasado más de un mes desde que se presentó aquí aquel día.

—Bueno, mejor, oye. Igual lo ha atropellado un camión y el mundo se ha librado de ese mierda. En fin, lo dicho —concluyó con la mano en el picaporte—, nos vemos a la una.

—Vale.

—Era una trampa y has caído: es a las once y media. ¡Sam! —gritó. Mi asistente y su tupé entraron en el despacho—. A las once y media lo sacas en dirección a mi despacho. Mejor a y cuarto. —Sam asintió y se apartó a tiempo para librarse del manotazo de Álvaro.

Lo calculé y habían pasado casi dos meses desde que había tenido noticias de Borjadzilla. No había vuelto a presentarse por sorpresa y aunque estuve tenso y atento las primeras semanas, desde que había vuelto de la playa no había pensado en él más que fugazmente. Me dio miedo que hubiera encontrado a Eli y sentí una leve oleada de culpa por no haberme preocupado. ¿Debía llamar a Romero para informarme? Tal como había acabado nuestra última charla no me apetecía. Era feliz, no quería estropearlo con desvelos que a fin de cuentas no eran míos. Ahí estaban de nuevo los remordimientos, como un hormigueo molesto donde antes de la conversación con Álvaro solo había bienestar.

Un aviso de mensaje en el teléfono me distrajo.

«Hijo, voy a comprar, pero no andando, por el internet», decía mi abuelo.

«¿Y eso?»

«Marc me está enseñando a hacer el internet. No parece tan difícil, tendría que haber empezado antes. Aunque no sé si me acordaré de todo si tengo que hacerlo solo», respondió tras cinco minutos *escribiendo*.

«Yo también te podría ayudar.»

«Sí, claro. ¿Como cuando me enseñaste a usar el WhatsApp?»

«Eso no volverá a repetirse, te lo prometo.»

«¿Bueno, quieres que te compre algo? El ordenador dice que tengo seis minutos para pagar, pero todavía puedo volver atrás y añadir lo que necesites.»

«Creo que no. Pero gracias. Ya me contarás cómo ha ido.»

Tras media hora de silencio, se manifestó de nuevo: «Qué cosas. He comprado todo lo necesario para el cocido y más sin moverme de casa. Ya verás cuando llegues.»

«¿Cocido con el calor que hace?»

«Siempre es buen momento para un cocido, niño. Podrías invitar a Astrid, quiero conocerla antes de morirme.»

«Anda, ya está el exagerado. No te vas a morir.»

Me sentía a gusto con cómo estaban las cosas con ella, pero habíamos arrancado tan rápido, que quería tomarme los siguientes pasos con calma. Por supuesto, mi abuelo no lo entendía y de vez en cuando me soltaba su frase estrella: «Le prometí a tu santa abuela que esperaría hasta que estuvieras colocado, Lucas». Y desde que salía con Astrid, había añadido: «Y ya está, la has encontrado. Lo veo claro. Así que mi Cinta podría reclamarme en cualquier momento. No le harás ese feo a tu anciano abuelo, ¿verdad?».

Dejé el teléfono sobre la mesa con el golpeteo de la puerta. Acto seguido se asomó la cabeza flotante de Sam por el resquicio.

—Once y cuarto: reunión —dijo escueto y desapareció. Me gustaba su economía verbal.

—Gracias, ahora voy.

Me despedí de mi abuelo, que seguía ampliando la lista de motivos por los que era urgente que llevara a Astrid a casa: «Tengo una reunión. Luego hablamos».

Cogí el portátil y me dispuse a salir cuando ella llamó y se coló sin esperar respuesta.

—Sam dice que tienes que irte.

El roce, aunque fuera a través de la ropa, seguía provocándome escalofríos y una necesidad arrolladora de estar desnudo. Dejé el ordenador en una silla y me acerqué a ella, que se había apoyado en la puerta.

—Sigues oliendo a playa —murmuré entre besos.

—Porque soy una sirena —sonrió seductora—. O puede que sea el protector solar. No desvelaré mis secretos.

Incluso cuando bromeaba seguía siendo cautivadora.

Un nuevo repiqueteo de Sam me obligó a regresar a la realidad. Estaba en la oficina, tenía una reunión y le había prometido a Álvaro que llegaría a tiempo.

—¿Quieres venir a casa esta tarde? —me preguntó mientras recuperábamos el temple.

—Sí, pero no puedo quedarme a dormir. Mi abuelo hará cocido y le sabrá mal si no estoy.

—¿Un cocido con este calor?

Asentí mostrando mi acuerdo. Al mirarla dudé; tal vez le propondría que viniera. ¿Por qué no? En realidad, el abuelo tenía razón: la había encontrado.

XXVI. ASTRID

El sol me atravesaba en todas direcciones, incluso estando a cubierto.

En mis otras relaciones había habido culpas y fingimientos que ahora me parecían ridículos. Es cierto que cada vez que me separaba de Luc me atenazaba un temor espantoso a perderlo, a que le pasara algo, a que me pasara algo. Pero la mayor parte del tiempo era la mejor versión de mí misma, sin ningún esfuerzo extra. La vida era maravillosa. Con todas las letras. En mayúsculas. M-A-R-A-V-I-L-L-O-S-A.

—Os dije que la tableta *dorayaki* sería el producto del año —presumió Juanjo con su habitual tono repelente. Él restaba *maravillosidad* a la vida, tenía que reconocerlo, pero nada que ver con hacía unas semanas; hasta disfrutaba de las discusiones.

—Hombre, no sé, han decidido sacarla rellena de chocolate en lugar de *anko* —lo corté—. Ya me dirás tú en qué se parece ahora al bollo japonés.

—A la gente le da igual eso, solo quieren probar lo que come Doraemon.

—Pero Doraemon come *anko*, no chocolate —lo cortó Marta, Clara o Leidy, la única de las becarias que de vez en cuando abría la boca.

—También comerá chocolate, digo yo.

—Bueno, basta —intervino Luc. Qué voz, qué serenidad, qué presencia—. Lo importante es que el producto guste y se venda bien.

Trató de no mirarme directamente porque ese era el pacto que teníamos en la oficina, pero dirigió una chispa en mi dirección. Nadie lo vio, porque para el mundo exterior fueron milésimas de segundo o menos que eso. ¿Nanosegundos? En fin, la unidad mínima de tiempo. Sin embargo, se me secó la boca y sentí el rubor extendiéndose por todo el cuerpo como un río de lava. Cuando noté que la compañera que tenía sentada enfrente me observaba, simulé un breve ataque de tos y bebí un poco de agua para apaciguarme.

—No vuelvas a mirarme en las reuniones que me entran calores —me quejé en un susurro abanicándome en cuanto nos quedamos solos. Me había retrasado a propósito tirando un boli al suelo repetidas veces.

—Tú me miras constantemente —me acusó.

—Porque eres el jefe y quedaría raro si cada vez que abres la boca yo me quedo con la vista fija en la pared.

—Pues me pones nervioso. —Y sin ningún aviso, cerró la puerta de la sala de reuniones 4 y me besó con desespero. El abrazo era tan estrecho que habría podido contar los botones de su camisa. Labios. Lengua. Aliento. Más y más. Sentí que me palpitaba el ardor desde las puntas de los dedos y se detenía con insistencia entre las piernas. Él estaba tan excitado como yo.

—Espera —jadeó. Se separó de mí y se frotó los ojos—. Aquí no.

—¿Tu despacho?

—En diez minutos.

Salí yo primero. Por suerte, la sala quedaba en un rincón de la planta y el pasillo estaba vacío. Al volver la esquina me colé en los servicios para hacer tiempo. Sonreía. Y no podía dejar de hacerlo.

El pitido de un correo electrónico me distrajo. Acabé de lavarme las manos y consulté el

teléfono. Era Roberto. Le di la vuelta al aparato nada más ver el remitente. Como estaba sola, busqué en mi reflejo algún tipo de apoyo. La sonrisa se había desvanecido y en su lugar solo veía mis ojos muy abiertos.

Entrecerré los párpados y eliminé el mensaje de la zona de notificaciones tratando de no leerlo. Solo me dio tiempo a ver un «Holaaa, ¿cómo estás?», pero me repugnó. No quería saber nada de él. No me gustaba la Astrid desesperada y llorosa de Roberto, me gustaba la Astrid del presente, la feliz y sonriente y positiva.

Llamé a Maca, pero no lo cogió. Por la hora, seguro que estaba *reunida* con Álvaro. Así que marqué el número de Gen.

—Allô.

—Tía.

—¿Quoi, qué pasa?

—Roberto. Me ha enviado un *mail*. No pensé en bloquear su dirección de correo.

—Elimínalo enseguida —me ordenó severa—. Con lo bien que estás con Lucas, ahora viene ese maldito a estropearlo. ¡No!

—No va a estropear nada, pero no sé qué hacer. ¿Le contesto, aunque sea para decirle que me deje en paz?

Noté que se lo pensaba con la boquita formando una u: —Tendrás que saber qué dice primero, ¿no? Reenvíamelo.

—No puedo. Lo leería sin querer, Gen, y no me apetece. No quiero este goteo de mensajes que siempre me pillan por sorpresa.

—Pues ignóralo. Pídele a Maca que se deshaga de él que yo hoy no puedo quedar. Tengo una cita.

—¿Pero no era el viernes?

—Esta es otra. Mi abuela ha adelantado el viaje y necesito un novio para cuando venga o se morirá del disgusto. Vendrá en julio, me lo dijo ayer y casi me da un *infagto*.

—Estoy segura de que cualquier tío que conozcas estará dispuesto.

—Pero tiene que gustarme a mí también, ¿no? Estoy harta de que me obliguen a tener novio. ¡No quiero novio! ¡A la *miegda* todo!

—Le puedo pedir a Luc que te acompañe. Es súper educado, a tu abuela le encantaría.

—Me lo pensaré. Te dejo que tengo una presentación, pero haz el favor de pedirle a Maca que te borre ese correo. ¡Y bloquéalo del todo!

Nada más colgar entró *ella* y en cuestión de minutos lo demás dejó de tener importancia.

Apenas me la había figurado cuando la mencionó en el barco, pero era mucho más exuberante de lo esperable para una chica que solo era la hija del jefe. Por mucho que no le hubiera puesto cara, estaba segura de que no tendría que tener esos labios carnosos ni una sonrisa hipnótica.

—Hola —me sonrió. Parecía muy animada mientras se lavaba las manos.

Aturdida como sentía —en ese momento por el correo de Roberto— solo respondí con un cabeceo.

—Oye, por un casual no sabrás donde está el despacho de Lucas Perego, ¿verdad? Esto es laberíntico.

—Claro. —Le indiqué la dirección que debía tomar y tal vez motivada por una inseguridad

creciente, pregunté lo primero que se me ocurrió para obtener más información—. ¿Vienes para la entrevista?

—Qué va. —No me gustó el ademán con el que acompañó la afirmación, como si fuera una locura trabajar allí. Sacó el pintalabios más rosa que había visto en la vida y que por desgracia le sentaba genial y se lo restregó por los labios con maestría y un pulso admirable.

—Entonces, ¿sois amigos?

Torció la cabeza, extrañada por una pregunta tan directa que sobrepasaba lo cortés.

—Bueno —sonrió de nuevo y se miró en el espejo—, ya sabes... Algo más que eso. —Me dirigió un guiño a través del reflejo al tiempo que se retocaba el pintalabios.

Traté de mantener la calma. ¿Qué quería decir con «algo más que eso»? Todo en ella, desde la coronilla hasta las plantas de los pies, era voluptuosidad. Pues claro que sabía lo que significaba «algo más que eso».

—Me llamo Eli, igual te ha hablado de mí. Antes trabajaba para mi padre en Zaragoza.

Tenía la boca seca y solo pude asentir.

Eli suspiró, como conmovida de una forma algo teatral.

—Este hombre es tremendo —y dejó escapar una risita—. Estoy deseando mudarme aquí. La tercera puerta por el primer pasillo, ¿verdad?

Conseguí comprender que buscaba la confirmación de mis indicaciones anteriores para despedirse y asentí de nuevo sin ser consciente del todo de lo que estaba haciendo.

—Bueno, encantada.

Y se fue.

Se fue a ver a Luc.

A mudarse con él.

A vivir con él.

A estar desnudos en la misma cama. Una cama que yo no conocía.

«Estoy deseando mudarme aquí».

¿Por eso no me había invitado a su casa en esas semanas que llevábamos juntos?

¿Existía el abuelo o era una excusa para mantenerme separada de su vida con ella, con la otra? ¿O era yo la otra?

Me quedé sin aire. No había espacio para meter la cabeza bajo el grifo, pero me remojé la cara hasta que fui capaz de reaccionar.

Puse rumbo a su despacho para aclarar lo que sin duda era una imposibilidad cuántica.

Luc.

No, Lucas.

No, no, Luc.

Todavía era Luc.

Yo no era la otra. Otra vez no.

Luc y yo teníamos algo especial, bonito. No había lugar para aquella clase de corrupción entre nosotros. Él no era Roberto y yo tampoco era la misma que hacía seis meses.

Un malentendido, sin duda, no podía ser otra cosa.

Alrededor de medio segundo: esto fue lo que necesité para que una enorme nube espesa y oscura contaminara mi mundo. La ligereza, la luz que había llenado cada rincón de mí... todo fuera. Lo vi: se abrazaron y se besaron. Vi los brazos de mi Lucas en su cintura y a ella de puntillas. Un beso en los labios. Los mismos labios en los que me había permitido ser vulnerable de nuevo.

Y la puerta se cerró.

XXVII. LUCAS

La esperaba a ella, no a *ella*. Me quedé tieso de la impresión. Ni cuando se me echó encima supe reaccionar. Solo el terror de que Astrid entrara justo en ese instante me hizo despertar. Me separé de Eli, pero seguía boquiabierto. Eché un vistazo en dirección a la puerta cerrada y me froté la boca para eliminar cualquier rastro de pintalabios.

—Sorprendido, eh —sonrió inclinando la cabeza a un lado. Ese gesto solía volverme loco al principio de salir juntos.

—¿Qué haces aquí? —consegui articular.

—Te echaba de menos.

—¿Pero, y Borjadz... Jose? —Aunque Astrid y yo apenas hablamos de Borjadzilla al margen de aquel día en el barco, me había acostumbrado a pensar en él con ese nombre. Era cómico y preciso al mismo tiempo y de una forma extraña conseguía quitarle gravedad a la situación.

—¿No lo sabes? —Eso sí que no lo echaba de menos. Tenía la costumbre de hablar como si fuera omnisciente y alucinara con que tú no hubieras oído hablar de no sé qué moda de hacía cinco minutos—. Está en un centro de rehabilitación para evitar la cárcel. Hace como un mes y pico. Pegó a mi padre un día. Le rompió el pómulo.

—¿En serio? ¿Y nadie pensaba decírmelo?

—Estoy aquí, ¿no? Yo también he tenido que esconderme de él.

—Ya, pero lo elegiste tú, no yo.

—¿Elegí enamorarme de un hombre que resultó ser un celoso obsesivo y controlador? Te aseguro que no era así cuando lo conocí.

Estuve a punto de decirle que sí, que la culpa era suya, aunque en el fondo sabía que era más complicado que eso. En cualquier caso, me habría gustado que se disculpara, al menos por haberme tenido más de un mes en la oscuridad.

Dirigí la mirada hacia la puerta. Tenía que marcharse antes de que Astrid entrara y debía de estar a punto; habían pasado los diez minutos acordados. Si la encontraba allí tendría que dar un millón de explicaciones sobre por qué no le conté que salimos durante tres años. Y conocía bien a Eli, era una fuente infinita de problemas cuando quería.

—Venga, estaba segura de que lo sabías. Pensé que mi padre te lo habría dicho.

—No acabamos en muy buenos términos. —Consulté la hora—. Oye, tengo una reunión. Quedamos más tarde para hablar tranquilos, ¿vale?

—Que se esperen. Dime que dejamos el pasado atrás.

Se acercó seductora. Seguía siendo preciosa, pero no me causaba el mismo efecto, era solo un dato más en la descripción de Eli: veintisiete años, uno setenta, lista, risueña y preciosa.

—Cómo voy a dejarlo atrás si me acabo de enterar —me indigné—. Una llamada habría estado bien. ¿Sabes que atacó a mi abuelo?

—Ay, no, Justo —se lamentó—. ¿Pero está bien?

—Fue más el susto que otra cosa.

—Buf, me alegro. Me habría sentido aún peor si le hubiera hecho daño.

—En serio, tengo que irme.

—En estos meses —dijo reflexiva, como si no me hubiera oído— me he dado cuenta de algo. Te echo de menos. He pensado mucho en ti y ahora sé que nunca tendría que haberte dejado.

Podría mudarme aquí y empezar de nuevo.

Alargó una mano y me acarició el pecho, como hacía cuando metía la pata y quería hacerse perdonar. Se la aparté con delicadeza y eché otra ojeada rápida hacia la puerta. ¿Dónde estaba Astrid?

—Eli, lo nuestro se había acabado para mí también —expuse con amabilidad—. Simplemente te adelantaste. Ahora estás agobiada por todo lo que ha pasado, pero dentro de nada verás que esto no tiene sentido.

Clavó la vista en el suelo y se cruzó de brazos.

—¿Hay alguien? —preguntó distante.

—Pues sí. Pero no se trata de eso, aunque estuviera soltero...

—¿Es serio? —me interrumpió.

—Sí.

—¿Cuánto lleváis juntos? No puede ser tanto, te mudaste aquí hace poco.

—Eso da igual. La quiero.

—¿Trabaja aquí?

—¿Por qué lo preguntas?

La miré ceñudo. ¿Una suposición afortunada?

—¿Le has hablado de mí?

—¿Por qué lo preguntas?

—Creo que la he conocido en el baño. Morena, ojos negros, muy normalita. No parece demasiado despierta, la verdad, pero supongo que tendrá otras virtudes.

—Sus ojos son azul oscuro.

—Bueno, pues igual no era ella, aunque cuando le he preguntado dónde estaba tu despacho, se ha quedado pálida. Me ha estado interrogando como quién no quiere la cosa. Quería saber de qué te conocía. Me ha preguntado si éramos amigos.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Pues la verdad. La he encontrado algo impertinente, si quieres que te sea sincera.

—Eli —gruñí en tono de advertencia.

—¿Es que le has ocultado lo nuestro? ¿Por qué? ¿Es que todavía sientes algo? Venga, es obvio que no has podido olvidarme.

Ahí estaba la otra Eli, la que se escondía detrás de la dulzura, la que menos me gustaba: la maliciosa y vengativa.

—Vete.

—Tranquilo, apenas le he dicho nada. ¿No tenías una reunión?

—Vete.

XXVIII. ASTRID

Aturdida.

Caminé Rambla Catalunya abajo como si tratara de ganar una marcha atlética. No había pasado por mi mesa al huir. Ni siquiera había esperado a que el ascensor se detuviera en mi planta. Me ahogaba allí dentro. Así que bajé por las escaleras, corriendo siete pisos. Crucé el vestíbulo y no interrumpí la carrera cuando el arco de la entrada pitó al no detectar ninguna identificación.

Pasada la calle Aragón me di cuenta de que seguía con los informes de la reunión apretados contra el pecho y el móvil en el bolsillo. Ni DNI ni dinero, solo la tarjeta de metro en la carcasa del teléfono.

Robé un servilletero en una terraza de Rambla Catalunya para sonarme la nariz, pero eran servilletas de papel sulfito, de ese que no absorbe nada. Aun así no tenía otra cosa y me lo quedé. Un enjambre de turistas me frenó en el cruce con Diputación. Hasta ese momento solo había escapado de la escena del crimen, pero no podía circular sin rumbo para siempre. Necesitaba un lugar tranquilo donde pensar y recuperar el aliento.

Torcí en dirección a Balmes y bajé hasta la Gran Vía para buscar refugio en los jardines de la Universidad de Barcelona. A esas alturas del curso apenas quedaban estudiantes pululando, pero el edificio permanecía abierto.

XXIX. LUCAS

Recorrí la planta, el edificio, hasta salí a la calle. Había desaparecido. La llamé una vez y otra y otra.

Quizás estaba escondida en el baño de la cuarta planta. Me había contado que nunca entraba nadie. Pero tampoco estaba allí.

¡Maca! Claro, tenía que estar con ella. Me acerqué a su despacho, pero fue Álvaro quién me abrió la puerta.

—Qué pasa, tío. Hostia, parece que hayas visto un fantasma.

Las palabras se me atascaron en la garganta.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Maca acercándose maternal. Me ofreció asiento.

—¿Le ha pasado algo a tu abuelo?

—Astrid —dije atropelladamente—. ¿La has visto?

—Bueno, hemos venido juntas esta mañana, como siempre. —Maca se encogió de hombros y me miró expectante. Sacó el teléfono del bolso—. Vaya, me ha llamado. Lo he puesto en silencio para la reunión y se me ha olvidado. Pero, ¿qué pasa? ¿Os habéis peleado?

Me llevé las manos a la cabeza y noté las lágrimas en los ojos, acumulándose hasta convertir el entorno en un montón de borrones indefinidos.

—La he cagado.

XXX. ASTRID

Lloré alentada por el gorgoteo de las fuentes.

Lucas no había parado de llamarme prácticamente desde que había salido del edificio. Ni siquiera podía ver su nombre, así que en cuanto las lágrimas me dejaron leer la pantalla activé el modo avión y me guardé el teléfono en el bolsillo. Solo lo desactivé unos segundos para escribirle a Maca: «¿Podrás pasarte por mi mesa y recogerme el bolso? Te veo en casa». Pero no quería irme a casa. Él podía encontrarme allí y solo de pensar en verlo...

Me soné como Dios manda en los servicios de la universidad, me lavé la cara y bebí agua, aunque sabía a demonios en vinagre, pero no tenía dinero para comprar un botellín, un mini ventilador y unas gafas de sol, que era lo que necesitaba. Con toda la cara abotargada me daba reparo utilizar el bus o el metro, así que emprendí la subida hasta el museo a pie para buscar un abrazo de mi padre.

Me sentía rara bajo techo, así que me quedé fuera. Dejé el informe junto a la barrera del aparcamiento, con el servilletero encima para hacer de pisapapeles. Encendí el teléfono y le envié un mensaje a mi padre. «Dame cinco minutos y bajo a buscarte», respondió.

Tenía siete llamadas de Lucas y otras tantas de Maca y también varios mensajes que no leí en ese momento.

—Cariño —dijo mi padre nada más verme. Abrió los brazos en abanico y me lancé a llorar contra su pecho—, que no es nada. Puedes estar tranquila.

Estaba segura de que me había perdido algo, pero durante un minuto solo temblé bajo sus mimos sosegados.

—Ya, ya, hija. —Me besó en la frente—. Tu madre exagera, te lo prometo. ¿O te has enterado por Duni?

—¿Qué? —pregunté con una voz tan nasal que no me pertenecía.

—Lo del melanoma. ¿No estás aquí por eso?

—¿Tienes un melanoma? —pregunté entre hipidos.

—Sí, pero no es grave. Está en una etapa muy temprana. Mañana me lo extirpan y en principio ya está. La dermatóloga me ha dicho que había tenido mucha suerte. ¡Ja! Suerte, dice. No, no. Lo que tengo es información privilegiada. —Hizo una pausa para tomar aire y dijo dudoso—: Pero no lo entiendo, ¿no lo sabías?

Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué este disgusto?

Me escondí de nuevo en su abrazo, con la tristeza acumulada a la que ahora se sumaba nada menos que un cáncer.

—¿Te han despedido?

—No —susurré, aunque sonó más «do» que «no».

—¿Maca está bien?

Asentí.

—¿Ha muerto alguien?

Di un suspiro y negué otra vez.

—Bueno, sea lo que sea, tiene arreglo, cariño —y me estrujó—. Sabes qué, siempre me voy tarde, así que voy a coger mis cosas y nos vamos. Me apetece un helado, ¿a ti no? Anda, fíjate —señaló el suelo—, alguien ha dejado un servilletero en el suelo. Hay que ver cómo es la gente.

XXXI. LUCAS

—Al menos tendría que dejar que me explicara.

Mi estado de ánimo había mutado a lo largo del día. Iba y venía entre la frustración y la pena como un péndulo.

—¿Pero hay algo con la otra chica? —preguntó Ventu, que le había cambiado las pilas al audífono, pero seguía sin enterarse demasiado.

—No lo entiendo, hijo, ¿qué tiene de malo que estuvierais de novios con Eli? —preguntó prudente mi abuelo, que llevaba veinte minutos más que sus compañeros de butifarra navegando por mis cambios de humor.

—¡Nada! Pero no quería que pensara cosas raras y ¡yo qué sé! De repente le solté que era como una conocida y no hubo vuelta atrás.

—Pídele perdón con un buen ramo de flores y si se pone muy mal la cosa, una joya nunca falla —afirmó categórico Isidoro sacando la baraja para dar por concluida la charla.

Iba a responder con menos amabilidad de la debida, pero Marciano se me adelantó.

—Pero qué ridiculez, Isi. Eres un anticuado. Si mi yerno le regala a mi hija una joya para hacerse perdonar una indiscreción, pide el divorcio. Ahora se va a terapia.

—Me da igual. Señores, tenemos un torneo en seis semanas —dijo agitando la baraja en el aire otra vez.

—No ha habido ninguna indiscreción, que quede claro. Solo una mentira estúpida y una reacción desmesurada.

—Eso de la reacción desmesurada no se lo digas a ella —me aconsejó mi abuelo.

—Voy a llamar a Maca.

«¿Al final son tres?», oí que Ventu preguntaba mientras yo cerraba la puerta de mi dormitorio.

Les había contado a Maca y a Álvaro lo sucedido y comprendieron enseguida que se trataba de una tontería de malentendido. Sí, había metido la pata eludiendo la verdad de mi relación pasada con Eli, pero «pasada» era la palabra clave. Hacía siglos de lo nuestro y jamás deseé volver con ella tras la ruptura. Y ya me había atormentado bastante el energúmeno de Borjadzilla; solo de pensar en ella me daba urticaria.

En los momentos de tristeza y culpa que sucedían a los de indignación me reconcomía lo que le habría dicho a Astrid en el baño. Eli podía ser una manipuladora y estaba seguro de que le había pintado a mi Astrid el peor panorama posible. Y ahora estaría vagando por ahí sola y herida.

El timbre del teléfono me sobresaltó y se me resbaló de los dedos.

—¿Sabes algo? ¿Dónde está?

—Calma, calma —me alentó Maca—. No sé dónde está. Pero no va a venir a casa esta noche y mañana se ha pedido el día, así que tampoco la verás en la oficina.

—Pero, ¿cómo está? ¿Está bien? ¿Le has contado que no es tan grave? ¿Se lo has dicho? ¿Se lo has dicho?

—Espera, déjame hablar. Dice que te has enrollado con esa tía en el despacho, que lo ha visto. ¿Es eso cierto? —Su tono acusatorio era peor que el de un fiscal de la tele.

—¡No! —Le volví a explicar toda la escena y, aunque comprendía que el saludo de Eli podía

haberse malinterpretado, en ningún caso «nos habíamos enrollado».

—Pues está muy dolida y casi me manda a mí a la mierda por defenderte —dijo con cierta frialdad.

—Te lo juro por mi vida, Maca. Jamás le haría eso a Astrid.

—Bueno, no sé por qué, pero te creo. De todas formas, la cosa está peor de lo que piensas. He llamado a Gen y cree que podría haber quedado con Roberto, su ex. Se ve que justo hoy le ha enviado un correo.

—¿El de la boda? —me encolericé.

—Dudo mucho que tenga ganas de más emociones con el imbécil de Roberto. Estoy segura de que mientras hablábamos he oído a su hermano de fondo.

—Dame la dirección de sus padres.

XXXII. ASTRID

—Pero qué sorpresa, mi vida —me saludó mi madre con un abrazo—. No llores, tonta, si se lo han cogido a tiempo. —Entendió más rápido que mi padre que el problema tenía más dimensiones, aunque la palabra cáncer había multiplicado la angustia—. Ay, no. Ay, no, que esta vez me ha tocado a mí. ¿Has vuelto a soñar con tu tía? ¿Es tu hermano? Sea lo que sea, no nos pillaré el toro. Cuéntamelo con pelos y señales. Jamás me oirás decir una mala palabra. Una bendición, eso es lo que son tus sueños. Si es que podrías salir en la tele, hija mía.

—Carla, no —la interrumpió mi padre—. Que la cosa se ha torcido con el niño de párvulos.

Aunque estaba pegado a la consola, a Martín se le escapó la risa y mi madre se acercó para darle una colleja mientras exclamaba:

—¿Con Lucas? Pero si es un crío encantador.

Confirmé con un asentimiento y un sinfín de lágrimas. Estaba a cuatro ataques de llorera de quedarme seca como una momia. Seguía dándole vueltas a lo que me había dicho Maca, pero todas sus explicaciones se confundían en mi cabeza. Al margen de lo que me hubiera dicho esa tiparraca, había visto lo que había visto: ella de puntillas, él con las manos en su cintura y un beso. Un beso de puro dolor.

—Pues se ve que tiene a otra. —Mi padre quiso decirlo moviendo solo los labios, pero no pudo evitar murmurar y como se había sentado a mi lado para consolarme, oí perfectamente como le resonaba la voz en la caja torácica.

—¡No! ¿Y tan pronto? Será sinvergüenza —se indignó mi madre chasqueando la lengua. Se unió entonces al abrazo y me sentí como una niña pequeña, aplastada por los mimos de ambos. Lejos de molestarme, el exceso de contacto me tranquilizó—. Deberíamos llamar para anularlo —susurró por encima de mi cabeza.

—¿Anular el qué? —pregunté con mi nueva voz extra nasal.

—Nada —respondió mi padre—, íbamos a cenar al italiano para celebrar lo del melanoma.

—No, por favor, tenéis que ir.

—Sí, venga, pero cómo vamos a dejarte sola en este estado. Ni hablar, mi vida. Has salvado a tu padre, tendremos tiempo de sobra para ir.

—Eh, que no está sola —intervino Martín, desviando la vista de la pantalla por un segundo.

—Yo tengo mucho sueño, me iré a dormir pronto. En serio, mamá, id a celebrarlo. Me siento mejor, de verdad que sí.

—¿Seguiremos pidiendo una pizza si os quedáis?

—¿Esto es lo único que te importa? Tu padre con un melanoma. Tu hermana va sin rumbo por la vida, de desengaño en desengaño y ¿tú pensando en pizzas? Suelta eso ahora mismo —gruñó mi madre refiriéndose al mando de la consola— y ven aquí a animarla.

—Tanto como sin rumbo, no, ¿eh? —protesté—, que tengo buenas amigas y un trabajo que está bien y...

Me quedé estática pensando en el trabajo. Nada me apetecía menos que volver a la oficina, aunque para ser justos tendría que ser él quien se marchara, puesto que había sido él el villano. Todavía me costaba creerlo, una artimaña así parecía impropia del niño que conocí en el colegio y del hombre que reencontré en la playa. Quizás por eso me había dolido tanto. Después de Roberto, me quedé rota, deshecha en millones de pedacitos imposibles de volver a juntar, y

apenas había empezado reconstruirme cuando Lucas entró en escena. Me lancé demasiado rápido, a ciegas, con la confianza de una adolescente sin experiencia, segura de que él nunca me haría daño. Visto desde fuera debía de parecer una loca, una exagerada. Pero había sido un golpe más duro de lo imaginable.

—Se ha estropeado —se rio Martín. Ondeó las manos frente a mí como para sacarme de un trance y a continuación sonó el chasquido de la colleja que le soltó mi madre.

—Ve a descansar, cariño. —Mi padre me besó en la frente—. Mañana lo verás todo de otra manera.

—Pero id a cenar, ¿vale?

—Muy bien, iremos a cenar.

—Y pasadlo bien.

—Nos olvidaremos de todo en cuanto salgamos por la puerta y solo lo recordaremos al volver.

—Vale.

Me dieron otro achuchón y antes de cerrar la puerta de mi antigua habitación oí que mi madre le decía a Martín: «Asegúrate de que come algo».

No tardaron en marcharse y pronto la casa se llenó de silencios interrumpidos por las exclamaciones de Martín, que seguía jugando.

—Ya ha llegado la comida —me despertó un tiempo después.

Tal vez habían pasado solo unos minutos o tal vez años, pero mi sensación era que acababa de cerrar los ojos. Murmuré una negativa quejumbrosa y me di la vuelta, pero no me volví a dormir.

—Coge lo que quieras —me dijo Martín con la boca llena en cuanto me vio aparecer—. He pedido tres familiares, pan de ajo y helado. —Llamaron al telefonillo y antes de que pudiera preguntar quién sería o siquiera reaccionar ante tal despliegue culinario, saltó del sofá gritando —: ¡Los espaguetis! ¿Puedes ir tú que estoy en medio de una misión?

—¿Quieres ver *Parque Jurásico*? —le pregunté mientras esperaba a que subiera el repartidor.

Martín me sonrió, solíamos verla mucho cuando él era pequeño, hasta representábamos algunas escenas y por supuesto nos sabíamos los diálogos de principio a fin—: Cuando acabe la partida, ¿vale?

Tenía más hambre de la que pensaba. Los espaguetis no eran para chuparse los dedos, pero me resarcí con dos porciones de cuatro quesos y una de barbacoa. Luego me arrellané en el sofá, a punto de reventar.

—Corre, que viene la escena de la gelatina —lo llamé.

—¡Pon pausa! —Sacó la cabeza por el pasillo con la cara embadurnada de crema para granos. Para otras cosas era un desastre, pero las rutinas antiacné las llevaba a rajatabla. Antes de reanudar la película, me miró—: ¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

—Ese tío es un gilipollas.

—Vaya vocabulario. Como te oigan los papas, verás.

—¿Helado? Eso es lo que coméis las chicas, ¿no?

—Tienes tanto que aprender —bufé. Con los ojos entornados le di un codazo—. Trae la cuchara.

Poco después de los créditos, cogí el teléfono en un acto automático. Vi que no tenía nuevos mensajes ni llamadas. No caí en que aún tenía el modo avión activado, así que entré en la

aplicación del correo y leí lo que me había enviado Roberto:

Holaaaa, ¿qué tal?

Espero que todo vaya bien. He visto que mis mensajes no te llegan. ¿Me has bloqueado? Supongo que lo entiendo, aunque me sabe mal, porque no creo que me lo merezca. Es cierto que este último año hemos cometido errores y te pido perdón por la parte que me toca.

Como te decía en mis otros mensajes, solo quiero saber que estás bien. Me gustaría que continuáramos siendo amigos. Aunque lo nuestro no haya funcionado como pareja, congeniamos mucho y no es fácil encontrar este tipo de conexión. No quiero perderte, As.

Sé que es pronto para ti, pero en cuanto estés lista, aquí estaré. Ojalá este correo sí te llegue.

Un abrazo enorme,

Rober.

XXXIII. LUCAS

¿Que nos habíamos liado? Si había sido un pico de nada y ni siquiera lo di yo, solo lo recibí. Vale, no la había rechazado de un empujón, pero es que esperaba verla a ella, Astrid, y que de la nada apareciera ella, Eli, pues me dejó catatónico, sí. Y tardé en reaccionar. ¡Culpable! Pero habría preferido mil veces que hubiera entrado en mi despacho hecha una furia y hubiera montado un pollo, antes que aquel silencio.

Mientras escalaba por la cuesta más empinada de la ciudad de camino a casa de sus padres solo hacía que temer un desenlace fatal. Me revoloteaba la idea, la imaginaba diciéndome que no quería volver a verme, a sus padres lanzándome ollas de aceite hirviendo y a su hermano haciendo puntería con tomates podridos. Al mismo tiempo, también me representaba escenas en las que nada más verme, se lanzaba a mis brazos y nos pedíamos perdón el uno al otro y su familia y los vecinos nos vitoreaban.

Desde que coincidimos en el probador o más aún, si es posible, desde párvulos, sabía que la quería. Y habría puesto la mano en el fuego por que estábamos en el mismo punto exacto hasta que desapareció sin más; hasta que, dando vueltas en la cama aquella noche, comprendí lo fácil que había sido para ella volverme la espalda. Esto era lo que me torturaba de veras.

Y no eludía mi responsabilidad, porque no tendría que haberle mentido sobre Eli. En las últimas semanas, me había acordado varias veces de que tenía pendiente decirle la verdad y nunca me pareció el momento ideal. Así que habían pasado los días y me había explotado en la cara. Por torpe, por tonto y por tardón.

Me detuve un minuto a media subida. Eran las ocho de la mañana y tenía la camiseta pegada al cuerpo por el sudor. Ojalá no le hubiera hecho caso a Maca; tendría que haberme presentado allí la noche anterior. «Mañana estará más dispuesta a escucharte». «Deja que duerma el disgusto». Tonterías.

Agité la camiseta para refrescarme. Tendría que haber cogido el bus, pero Google Maps decía que eran diez minutos desde el metro. ¡Y un cuerno! ¿Tan difícil era añadir las cuestas?

Presentarme en casa de sus padres con esas pintas y sin invitación no era el comienzo ideal con los suegros, pero estaba seguro de que tendría tiempo para resarcirme en el futuro. Aquello solo era un bache estúpido, una anécdota que luego contaríamos entre risas. Bueno, puede que no entre risas, pero sí como ejemplo de malentendido, eso seguro.

Esperé en la acera de enfrente a que al menos desapareciera un poco el sudor. Con la taquicardia no tenía ninguna esperanza.

Vi salir a varios vecinos, se notaba que era hora de ir a trabajar. Me pregunté si alguno de ellos sería su padre. O tal vez la señora con las gafas de sol que acababa de abrir la puerta fuera su madre. Por supuesto, yo iba a llegar tarde a la oficina, pero el martes era el día menos interesante de la semana, así que tanto daba. Desde que estaba con Astrid, el trabajo me importaba mucho menos. Seguía rindiendo tanto como me era posible, pero la presión por el éxito o el fracaso se había aligerado. «En unos minutos, puede que solo te queden las alegrías del trabajo», me dije. Luego pensé en mi abuelo, en Álvaro y en que Borjadzilla estaba encerrado en alguna granja y me sentí mal porque nada de eso me bastara.

Aproveché la marcha de otro vecino para colarme en el edificio. Subí a toda prisa por las escaleras y, antes de tocar el timbre, me detuve para recuperar el aliento.

—Hola, tú debes de ser Martín. —Un adolescente larguirucho me devolvió primero una mirada de confusión, luego debió de adivinar quién era y se cruzó de brazos con gesto malhumorado.

—No está —expuso muy seco.

—Por favor. Ha sido una metedura de pata inocente, necesito verla y explicárselo.

—Mala suerte, tío.

—No me iré de aquí —dije plantando el pie entre la puerta y el marco para que no pudiera cerrarla.

—Te digo que no está. Ha quedado con su ex, Rober. —Me dio un empujón—. También es un capullo, pero está claro que mi hermana no sabe elegir.

XXXIV. ASTRID

Me sentía mucho más liviana. Después de llamar a Recursos Humanos para tomarme uno de los días de libre disposición y bajo una ducha que me estaba sentando de lujo, era capaz de pensar. Todavía me latía la tristeza en el corazón y me sentía propensa al llanto, pero me notaba más inclinada que el día anterior a hablar con él. Quizás lo que le había contado a Maca fuera verdad.

Oí un portazo mientras me enrollaba la toalla en el pelo. Me asomé maldiciendo la poca delicadeza de mi hermano y solté un grito al verlo aparecer por el pasillo.

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí —contestó con chulería.

—No, idiota. Pensaba que te habías ido. ¿A qué ha venido el portazo?

—Era tu novio. —Me quedé paralizada—. De nada por quitártelo de encima —dijo al ver que no respondía y se fue hacia la cocina.

Lo seguí. Estaba preparándose un ColaCao tan tranquilo.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Quería hablar contigo, pero tranqui que le he dicho que habías quedado con Rober.

—¿Por qué? —gruñí indignada. Me desenrollé la toalla del pelo y la tiré sobre el respaldo de una silla. Fui hacia mi cuarto a toda prisa.

—Yo qué sé... Pues para que se fuera. Además —oí que gritaba a través del pasillo—, tampoco es mentira, ayer me dijiste que quedarías con él.

Me asomé por la puerta para responder.

—Para decirle que me deje en paz. No para quedar-quedar, ¡anormal!

Abrí mi armario de adolescente en el que solo quedaban algunas prendas que olían a rancio. En mi huida, no había pensado en minucias como coger ropa.

—¡Anormal, tú! Encima que intento protegerte.

Olisqueé la camiseta sudada y llena de lágrimas del día anterior y me la puse sin pensarlo mucho, me enfundé también los tejanos y salí dando saltitos al calzarme las sandalias.

—Vale, lo siento —me disculpé con Martín. Quise abrazarlo antes de salir corriendo, pero se zafó con una ristra de quejas inaudibles.

—¿Y ahora vas a ir a buscarlo? Estás loca. Luego no vuelvas llorando.

No tenía tiempo de rebatírselo. Me estaba dejando llevar por un impulso, pero necesitaba aclararlo, ver cómo me sentía teniéndolo cara a cara. Y tampoco quería que pensara que a la mínima me iba con Roberto.

Salté los últimos escalones de dos en dos, preparada para una buena carrera y tuve que frenar de golpe al verlo sentado en el bordillo de enfrente, con la cabeza entre las manos.

Se iluminó al encontrarse con mi mirada y se levantó de un bote. Mantuvimos los ojos en el otro sin apenas pestañear, con la calzada entre nosotros. Echó un vistazo rápido a ambos lados antes de cruzar. En cuatro zancadas largas lo tenía justo delante.

Entonces recordé la escena: ella de puntillas, él con la mano en su cintura. Noté como la casi sonrisa que había tensado mis mejillas de forma automática se desvanecía y no pude sostener el contacto visual.

—¿Acabas de llegar? —preguntó suspicaz y eso me enfadó.

—No he ido a ninguna parte. —Me crucé de brazos para frenar su avance—. Mi hermano te lo ha dicho para que te fueras.

—Astrid —dijo inclinándose para mirarme de frente. Y encima con esa voz tan dulce que me hacía temblar de hambre—, por favor. No hay nada entre Eli y yo. Te lo juro por mi vida; que me coma un tiburón la próxima vez que vayamos a bucear si miento.

—Te vi besarla.

—No, no, no. La viste besándome, que es muy diferente.

—Tampoco la apartaste. —Mi voz salió insegura, llorosa, aunque todavía no había lágrimas, solo el brillo que las anunciaba.

—No reaccioné a tiempo. Me quedé pasmado al verla ahí y ni siquiera me di cuenta. Fue tan rápido. No sé... Pero no hay nada. Nada de nada.

—Ya... Y tampoco saliste con ella, ¿no?

—Fue una mentira estúpida, como cuando tú me dijiste que habías vuelto con el de la boda. —Antes de que pudiera replicar enfurecida, siguió—: Eli y yo estuvimos juntos hace tiempo, pero te aseguro que no tengo ningún interés en ella desde hace siglos. Siglos, de verdad. —Juntó las manos suplicante—. No sé por qué lo dije. Supongo que no me pareció muy buena idea hablarte de una ex cuando lo único que quería era estar contigo y luego era difícil de arreglar sin que pareciera sospechoso. Tampoco imaginaba que pudiera suceder algo así; estaba seguro de que no volvería a verla.

Se acercó a mí y me acarició los labios con los suyos. «Por favor, Astrid —murmuró—. Por favor». Lo deseaba. Ansiaba sus caricias, las manos yendo y viniendo, despacio. Quería mordisquearle el cuello y succionarle los lóbulos de las orejas, tan sedosos, tan apetecibles. Y, sin embargo, lo rechazé.

—Ella dijo que estabais juntos, que se iba a mudar. ¿Por qué iba a decir algo así, si no era cierto? No me conocía de nada.

—Le gusta provocar. Debió de percibir tu interés o vete a saber. No sé cómo lo supo. —Me cogió la mano, la besó y la apoyó sobre su pecho. Esta vez no me retiré—. Te quiero. Te quiero desde que jugábamos a pilla-pilla en párvulos, desde que me defendiste de Chema Portas. Si hasta te pedí que te casaras conmigo en el recreo. Iba en serio desde los siete años.

—En realidad no llegué a tiempo con lo de Chema Portas.

—Pero le habrías dado una lección.

—Eso sí. —Pasó un autobús turístico que llenó la calle de un ruido insufrible. Aguardamos en silencio a que se alejara. Nunca antes había agradecido la presencia de esos trastos, pero necesitaba unos segundos para pensar—. Luc, no me mientas nunca más.

—Y tú tienes que prometerme que si algo que diga o haga te molesta, me lo dirás en lugar de salir huyendo.

Asentí y me acerqué a él—: Yo también te quiero.

Esa vez no lo aparté de mí, sino que fue él quien se retiró.

—¿Por qué te escribe el de la boda?

—Bah, lo hace de vez en cuando.

Segundo intento fallido de besarlo.

—¿Y vais a quedar?

—No sé, ya veré. —Li miré de soslayo, con una sonrisa provocadora.

Tercer intento.

—Pero si os veis, ¿me lo dirás?

Cuarta tentativa.

—No tengo ningún interés en él. Y ahora estate quieto.

Por fin. La charla no me había serenado del todo, pero volvía a desear su proximidad, que me abrazara a pesar del calor, que me susurrara tonterías que me daban escalofríos y besos, sobre todo necesitaba sus labios por todo el cuerpo. Cuando me rozó con la lengua, se me olvidó que estábamos en medio de la calle y le metí las manos bajo la camiseta.

—Iros a un hotel —gritó Martín al marcharse hacia el intensivo de informática que estaba haciendo durante el verano. Solo respondí con un gesto, sin volverme siquiera.

—El piso se ha quedado vacío. ¿Quieres subir?

—No debería. Llego tarde a la oficina —dijo abrazándome con más fuerza.

—Vamos.

XXXV

Hola, Roberto:

¿Querías saber si estoy bien? Gracias por tu preocupación, estoy mejor que bien. Y lo digo en serio, sin retintín ni nada raro. Soy feliz.

Por eso me gustaría que esto fuera una despedida definitiva.

Te deseo lo mejor.

Adiós,

Astrid.

XXXVI. LUCAS

—¿Los sacarán en volandas si ganan? —me preguntó Astrid.

—¿Cómo que *si ganan*? Tu tía te dijo que iban a ganar.

—Mi padre y tú os animáis con las interpretaciones que da gusto, oye. Te recuerdo que, en el sueño, estábamos pescando y la tía Dunia sacaba una bota del agua.

—¿Y qué había en la bota?

—Una baraja —dijo con los ojos en blanco.

—Ahí lo tienes.

—Yo lo veo clarísimo, hija —le dijo el padre de Astrid.

Isidoro se volvió hacia nosotros y nos chistó para que calláramos. Marciano y mi abuelo habían llegado a la final del torneo de butifarra. El premio era una comida gratis en el restaurante del centro cívico para los ganadores y dos acompañantes. No era una recompensa tentadora, pero pasara lo que pasara, lo celebraríamos.

Mi abuelo había decidido que era el día perfecto para conocer a la familia de Astrid. Había insistido en invitar también a Maca y a Álvaro, por si acaso mi abuela lo reclamaba, no fuera que tuviera que marcharse sin conocer a la mujer definitiva de Álvaro, al que conocía desde el instituto. A ellos se iban a sumar Marciano y el resto de la *troupe* de butifarra con sus respectivas familias. En total, una comida de veinte personas.

—Esto parece una boda —gruñó Isidoro.

EPÍLOGO

—¿Estás segura? —decía Justo.

—Quédate todo lo que necesites, mi amor. Nuestro nieto todavía te necesita y tú a él.

—Pero, Cinta, quedamos así y yo soy un hombre de palabra. —Se golpeó el pecho y luego la tomó de la mano y la besó.

—Lo sé, pero estaré aquí. No me voy a ninguna parte. Además, acabas de estrenar la rodilla nueva, tienes que amortizarla un poco.

—Te echo tanto de menos. —Los ojos se les llenaron de lágrimas a los dos, pero no llegaron a derramarlas.

—Yo también te echo de menos, pero unos añitos más no cambiarán nada entre nosotros.

Dunia tenía que despertarla entonces u olvidaría el sueño. No le encantó la idea, pero tenía que actuar rápido: un empujón escaleras abajo era lo que necesitaba. No requería de varitas mágicas ni hechizos para crear la escena, con su imaginación bastaba.

Cinta y Justo abrazados en medio de una buhardilla llena de flores. Exacto, montones de camelias por todas partes y la luz del atardecer.

Astrid, escondida en un armario, enternecida por las palabras de los abuelos de Lucas. Pero, ah, no había visto que no era un armario cualquiera, sino solo una simple puerta en lo alto de una escalera infinita.

—Déjame guardar el abrigo —dijo Justo sin venir a cuento y se acercó al armario que no era tal. Ella dio un paso atrás, no quería que la encontrara espiando una conversación tan íntima. Quiso recular y perdió pie. Antes de tropezar con el segundo escalón estaba despierta.

Astrid no agradeció el sobresalto, pero comprendió enseguida la misión. Sacudió el hombro de Luc.

—¿Qué pasa?

—Tengo que hablar con tu abuelo. Ve a despertarlo.

Desde hacía unos meses, Astrid dormía en casa de Luc un par de veces por semana.

—Cariño, son las tres de la madrugada.

—Bueno, pues voy yo. Tengo un mensaje de tu abuela.

Luc se volvió hacia ella. De repente se había despejado. La tomó de la mano y cruzaron el pasillo. Unos toques en la puerta bastaron para recibir respuesta.

—Justo —dijo Astrid, pero él no la dejó terminar.

—Ya lo sé, hija —sonrió—. Ya lo sé.

FIN.

UNA ANÉCDOTA

El bochorno en Barcelona es una cosa terrible (si quieres visitar la ciudad te recomiendo que evites el verano). El año pasado por estas fechas mi pareja y yo tomamos la costumbre de salir a tomar algo a última hora de la tarde, precisamente para evitar el calor en su máxima expresión aniquiladora de toda vida.

Uno de esos días entramos en una tienda. Siempre que vamos de compras, si tenemos que probarnos algo, nos metemos juntos en el probador, hasta cuando es minúsculo.

Otra cosa que nos hace mucha gracia es interpretar diálogos de romances rancios a más no poder y poner voces. Me explico, porque sé que hace falta una explicación. Si nos chocamos, yo le digo con una voz aguda y pegajosa: «Uy, caballero, perdone, es que soy tan torpe» y él contesta en un tono igual de impostado y poco creíble, pero en la versión de *cowboy* misterioso de pasado oscuro. Son diálogos con tan poca gracia y tan inverosímiles que valen la pena solo por eso.

Y estarás pensando, ¿y esto qué leches tiene que ver con la novela? Espera, que ya llego.

Así que ese día nos metimos en el probador y empezamos a bromear con nuestros diálogos tontos y —para nosotros— la mar de divertidos y él me dijo: «Podría ser una escena para una comedia romántica. Dos desconocidos que coinciden accidentalmente en un probador». Y saltó la chispa.

Como es evidente, de la anécdota a la historia final hubo mucho trabajo, pero en un par de días ya tenía el capítulo inicial. El resto de la novela tardó unos meses más en arrancar, pero sin ese germen inicial, ni Astrid ni Lucas ni ninguno de los personajes que ahora me son tan queridos estarían llenos de palabras.

Mi conclusión es que jugar y hacer el tonto es algo fundamental, tengas la edad que tengas.

Agradecimientos

Escribir una novela, del tipo que sea, de la extensión que sea, es siempre un esfuerzo titánico. Por suerte, aunque la rutina del escritor sea solitaria, son quienes nos rodean los que a menudo sostienen el hilo de la cordura.

Siempre estaré agradecida a mi familia, en especial a mi madre, que es el motivo por el que he podido explorar mi creatividad en varios frentes.

Por supuesto, a mi pareja, D, que ha sido un apoyo incondicional en este camino. Espero que de viejecitos seamos como Justo y Cinta. *For all eternity ;)*

En esta novela he tenido el honor de contar con beta lectoras y amigas, algunas nuevas y otras ya conocidas: Marta (que además me ha prestado su experiencia como submarinista), Clàudia, Mireia, Mary, Neus. Gracias infinitas por señalarme cosas que sospecho, pero no he acabado de dilucidar del todo y que hacen que la trama se desmorone como un castillo de naipes. Gracias también por las que me golpean por sorpresa como una merluza en plena cara. Gracias a vuestra lectura y vuestras notas, no solo el libro es mejor, sino que me llevo este aprendizaje a la siguiente historia.

También quiero agradecer la presencia en mi vida de Ulla, Laia, Dani, Judith y Pau, porque me permiten conectar de formas muy distintas con la vida y los amigos tienen un valor incalculable.

Si has disfrutado esta novela creo que te gustará *Todo lo que ocurre cuando te metes donde no te llaman*, donde se mezclan la comedia romántica y el misterio.

Si quieres saber más, puedes encontrarme en mi web minnagin.com o en Instagram: @minnagin.

Puedes ayudarme compartiendo tu experiencia en Amazon, en Goodreads, en Twitter... donde te dé la gana, vamos. Me encantará leer tu comentario.

Y, sobre todo, recomiéndale el libro a todo quisqui ;D

¡MUCHAS GRACIAS POR LEERME!

Libros de este autor

Todo lo que ocurre cuando te metes donde no te llaman

Una comedia romántica con un toque de misterio que te hará desconectar.

Mica es profesora de manualidades, tiene un blog de éxito y es feliz.

Más o menos...

Cuando conoce a Míster Flechazo está segura de que por fin ha encontrado a ese alguien especial. Lástima que él no esté tan dispuesto a comprometerse como ella. Y como las dificultades nunca llegan solas, algo inesperado pondrá su vida patas arriba: un desconocido se presenta en una de sus clases y le dice que han intentado matar a una de sus alumnas.

Detective Sierra 01: misterio, humor y drama

Sierra es una detective que pasa por una mala racha.

Mientras lucha por mantener la agencia a flote con un nuevo caso de infidelidad, tiene que sobrellevar la muerte violenta de su ayudante y lidiar con la demencia precoz de su padre. Todo se complica aún más cuando Héctor, lo más parecido que tiene a una relación, regresa inesperadamente de Los Ángeles.